

*Selección de
los Mejores Cuentos
y Poesías*

Homenaje al Amor 2015

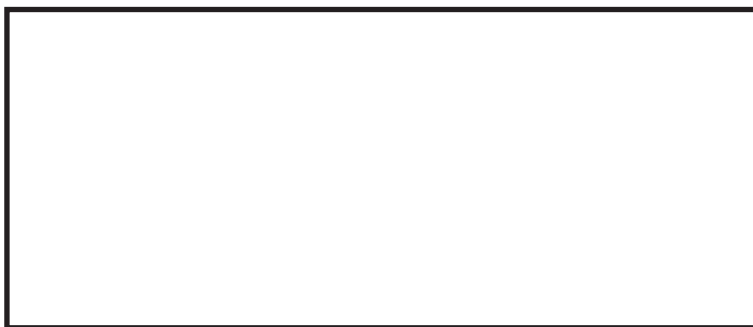
*Basado en obras presentadas en el
18º Certamen Internacional de Poesía y Cuentos*

Editorial

Grupo de Escritores Argentinos

© 2015 - Derechos Exclusivos de la Edición en Castellano reservados para todo el mundo por Francisco Checchi

Cada uno de los textos incluidos en esta Antología es propiedad de sus respectivos autores pudiendo los mismos utilizarlos cuando consideren conveniente - prohibida la reproducción sin autorización expresa del autor de cada obra



Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial Grupo de Escritores Argentinos - Alsina 1170 - 9º 910 - Ciudad de Buenos Aires el 30 de octubre de 2015.-

Queda Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina.-

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos de esta edición reservados por Francisco Checchi, Buenos Aires, Argentina.

Indice

Poesías

Algarte, Graciela del Carmen	13
Andreñuk, Damián Jerónimo	14
Anganuzzi, María Agustina	15
Ayestarán, Daniel Omar	16
Bajder, Perla Beatriz	18
Batista Q., Marissa L.	18
Benegas, Adriana Verónica	20
BERNARDO, SILVIA	21
Brandolin, Eduardo Angel	22
Brun, Hilda Haydee	24
Carla Conti	25
Castillo Álvez, Jorge Beltrán	27
Castillo González, Venancio Ramón	28
Clausen, María Isabel	30
Cortés, Adela María	31
Cuartas de Restrepo, Georgina	32
Chaio, Teresa Eva	34
Dassori, Oscar	34
Dante Tenet	36
De Miguel, Marta Viviana	37
Dennin, María Rosa	39
Donatiello, Tomás Darío	40
Encinas, Guillermo Horacio	41
Escardó, Susana Raquel	42
Fabro, Ezequiel	43
Facundo, Daniel	46
Fernández, Raúl Alberto	47
Gagliano, Patricia Sonia	48
Gorriarán, Carlos Gustavo	49
Grimoldi, María Inés	49
Iacometti, María Inés	51
Iguñiz, Judith Dagmar	52

Poesía

Jaunarena, María Cecilia	53
Jouvardás, Víctor Alberto	54
Lopardo, Silvia Noemi	56
Lugo, Marta	57
Luján, Luisa	59
Magnaghi, Marcela	60
Manuele, Nazareno Ángel	62
Mazzocchi, Víctor Hugo	63
Moreno, María Teresa	65
Munar, César Augusto	66
Nardi Romina Inés	67
Nessi, Analía Clara	69
Nuñez Videla, Manuel	70
Núñez, Alejandro	71
Ombroñi, Héctor Mario	72
Osztoics, Peter	73
Palacios, María Irene	75
Peña, Gladys Emilse	77
Pereyra Herraiz, Victoria María	78
Pérez, Mirian Liberata	79
Ramírez, María de Las Nieves	81
Reyes, María del Carmen	83
Robledo Martínez, Juan Esteban	84
Rodríguez, Alejandro Javier	85
Rossignol, Julia Marta	86
Sánchez Liranzo, Enrique Antonio	87
Santillán, Miriam Gabriela	88
Simionato, Sergio	90
Somer, Antonio Enrique	91
Stern Comas, Erick Albert	93
Tobar, Ezequiel Nicolás	94
Trimarchi, Hernán	95
Tuffo, Adriana	96
Valentín Farfán	97
Vivas de Fabro, Mabel Nélica	99
Vranjican, Beatriz Mercedes	100
Wenzel, María Teresa	101

Cuentos

Acuña, Clara Noemí	105
Alanis, Roberto Ignacio	106
Almada, Guillermo	108
Alvez, Jorge Alfredo	109
Amarilla, José Angel	110
Arinoviche Schenker, Marta	111
Asemborn, Ricardo Fabián	112
Beltrame, Camila	113
Benítez, Jorge Heriberto	114
Bottero, Juan Manuel	115
Caprile, Stella Maris	116
Cardenas Florentin, Rosa	117
Cinquepalmi, Hilda Silvia	119
Ciocia, Julián Alejandro	120
Cocó Gastaldi	122
Chedufau, Pablo Ignacio	123
Danielli, Mario Hugo	124
Del Valle Mizzau, Héctor Carlos	126
Diaz Cantera, Jorge	127
Fernández, Silvano	128
Fernández Blanco, Héctor	129
Gouiran, Marcelo	131
Halac, Clara Rut	132
Jorgensen, Osvaldo	134
Kendy	135
Kraser, Graciela	137
Levy, Carlos	137
Librante, Evelyn Giselle	139
Lopez, Sandra Susana	140
Marianetti, Pablo Rolando	142
Maurencig, Nélica Luisa	143

Mola, Jorge Oscar	145
Mombrú, María Teresita Esther	147
Moreno Azua, Marian Chantal	147
Munilla Aguilar, Julia Elena	148
Najenson, José Luis	150
Páez, Susana del Milagro	151
Paladino, Jorge	152
Pensa, Ruben	154
Pérez Sambucety, Selecto Enrique	156
Petelski, Tania Maricel	157
Rivera, Silvia Susana	158
Rosso de Baigorri, Raquel	159
Téllez, María de la Soledad	160
Tomassi, Nilda Mabel	161
Vadell, Eduardo Miguel	162
Vidal, José Luis	164
Villarreal Granata, Rodrigo	165

***Jurados del XVIII Certamen Internacional
de Poesía y Cuento***

María Cristina Drese
Escritora Multipremiada - Sade

Carlos Capporali
Prof UBA - Coordinador Talleres Literarios Sade

Francisco Checchi
Director Grupo de Escritores Argentinos

Evento Final y Entrega de Premios
Sábado 31 de Octubre de 2015
en Sociedad Argentina de Escritores



Poesía



Algarte, Graciela

Tu Secreto

*Qué secreto convierte a tus dedos
en invisibles y dúctiles mariposas,
atravesando cada capa de mi piel
cuando en la sombra tú me rozas.*

*Mi cerebro se detiene para sentir
el loco reloj que late en mis sienes,
es mi alma que bulle como volcán
en el arrebató que cada poro tiene.*

*Ellos garabatean signos y palabras
cuando las caricias son atavíos,
somos átomo de luna que alumbra
con el cariz de rizomas de mil bríos.*

*Lo que tus labios intiman delinear
tus manos lo enuncian con candor,
me gusta consentirte en ese silencio
que matiza con entrega a mi amor.*

*Buscamos en las vetas de lo cóncavo
centenares de ondulaciones nuevas,
cincelando definiciones de lo íntimo
con llama que urge, incita y renueva.*

*Probemos a tientas esta sed de abrazos
tu deseo y mi deseo ya se implantan,
porque somos dos, fundidos en uno
con cuerpos que se instan y reclaman.*

Andreñuk, Damián Jerónimo

Prisión de seda

*Arropada en inocencia,
tu vida será larga
y su acorde se romperá
muy lejos.*

*Y deberás cuidarte del amor
y de su brillo de lágrimas y espadas
y su prisión de seda.
Y deberás inmolarte en el amor
porque es el único fantasma de esta tierra
capaz de derribar la muerte
con un grito.*

*No se trata del éxito
ni de la competencia;
se trata de vencer o de morir
en lo que sientas desde dentro.*

*Y existe también la rendición
y vivir a expensas de la animalidad;
pero entonces no te saciarás
ni en medio de los sueños.*

Máscara rosada

*El árbol de su corazón
abunda en frutos.
Es tan auténtica
que inyecta un estremecimiento.*

*La bonita máscara rosada
que le nace a veces del pudor
es otra forma de poesía;
y a veces, cuando se suelta el pelo,
resuenan las campanas de la nieve,*

*se oye una música de vals
y salen a bailar las golondrinas
y los emperadores.
A veces, con su diadema de miel,
anda en su carro azul
tirado por los caballitos del bosque
y una mariposa.
A veces cuando ríe
perfuma todo el aire
de duraznos.*

*Ella se sabe consagrada
por la mágica belleza
de los cisnes.*

Anganuzzi, Agostina

Poesía Angelical

*Una Pluma se despliega
Una corazonada llega
Un Alma despierta
Al elevar su conciencia.*

*Una voz se escucha
Una voz que calma
Una voz que vive
Muy dentro de tu alma.*

*Una mano te da siempre
Que la precisas, solo
Basta que creas y se
Despertará tu inocencia.*

*Cierra los ojos, siente su presencia
Es un soplo suave que se expresa
Un amor que viene desde las estrellas.*

*Luces luminosas verás, pues tus
Guías están acá.
La magia aparecerá y tu vida iluminará
El amor expresarás en cada paso que das.*

Solo

*Solo sintiendo el amor de tu corazón
Encontrarás a tu guía interior.*

Solo estando en quietud verás tu luz

Solo las alas abrirás y la magia descubrirás

*Solo soltando el dolor se despertará tu
Intuición.*

*Solo perdonando con amor se elevará
Tu vibración.*

*Solo mirando con el corazón encontrarás
Puertas que te eleven a otra dimensión.*

*Solo persigue tus sueños y verás como
Tus guías te asistirán.*

*Solo el camino del corazón conduce
A la fuente de Dios.*

Ayestarán, Daniel Omar

Quisiera

*Quisiera poder un momento quitarte de mi mente
para darme cuenta de que existe algo más en el universo,
para sentir al viento en mi rostro o el calor del sol sobre mi
espalda,*

el correr del tiempo en mi reloj o las arrugas en mi cara.

*Quisiera percibir los colores, pero mis ojos
solo el verde de los tuyos captan.*

*Quisiera que mis manos sintieran otra textura que la de tu
piel aterciopelada,
poder vibrar con otro cuerpo, disfrutar de la espuma en las
tibias aguas.*

*Pero todo esto es imposible, porque si no estás no puedo nada:
no puedo sentir al viento, ni al sol, ni al tiempo, ni a la
mañana.*

*Porque si no estás no hay otra piel ni otro cuerpo
que puedan amarme como tú me amas.*

Porque si no estás, mi amor, no tengo nada.

Mi Ángel

*Sentado estaba en la ventana de mi triste corazón,
cuando vi llegar a un ángel trayéndome una ilusión.
Tenía las alas quebradas por culpa de un tropezón,
que le costó la alegría y que la sonrisa borró.*

*Pero al entrar a mi vida, de risa se contagió,
volvió a volar por los aires como el Señor le ordenó.
Pero lo más estupendo, fue que mis sueños cambió,
los llenó con la luz verde que de sus ojos brotó.*

*Y casi sin haberlo propuesto, fue que su misión
cumplió:
sembrando amor en mi alma, dándole nuevo fulgor,
encendiendo así la llama que el tiempo, cruel, apagó,
poniendo en marcha el misterio sublime de una
pasión.*

Bajder, Perla

QUE NO ME QUITÉ LAS GANAS

*Padre nuestro Arte que estás en los lienzos
no permitas que la vida me borre
la sonrisa
ni me quite las ganas de un pellizco
una mordida una caricia
de la vida...*

*No me abandones y
líbrame de la posible mediocridad
que acecha
AMÉ*

Julio 1992

Batista, Marissa

Poema 1

*Cuando el sentir de los recuerdos
llega a mi corazón,
Cuando el palpitar de mis labios
ansiendo tus besos,
Cuando al ver tras la ventana del ayer
divisando la felicidad
que siempre juntos gozamos,
ahonda en mí la tristeza
al pensar todas esas cosas.
Porque te has ido,
y yo he quedado sola,
muy sola sin ti.
Tal vez cuando quizás algún día
pueda pensar en olvidarme de ti,
cuando quizás al verte
sienta que he dejado de amarte, y entonces,
y solo entonces podré intentar amar otra vez.
A alguien que me dé esa felicidad
que tú y yo disfrutamos,*

*que vea en él todo lo que tú fuiste
para este corazón mío,
que con todo su dolor aun no entiende,
por qué, si nos quisimos tanto,
te fuiste y me dejaste
tan sola sin ti, y el
por qué ahora decides regresar
y decirme que no me has olvidado...
Si sabes que ya nunca podré
quererte como antes yo te quería.
Me dejaste tan sola sin ti...*

Poema 4

*Dentro de estas paredes
Cerradas están mis penas,
Esas que han visto tantos amaneceres
A través de aquellas ventanas.
Sentada sobre mi cama
Escribo estas palabras
Que salen de mi alma
Que calan mis entrañas
¡Oh! Paredes mías
Solo ustedes saben mis ansias
Y el dolor de mi agonía
Por saber perdidas mis esperanzas.
Al recordar las veces
Que estas ventanas
Alegraban mis noches
Al ver que llegabas
¡Oh! Tristeza mía
No tengo ya amor
No tengo ya nada
Será ya imposible que me ames
como me amaste un día.
Podré evitar que nuestro amor se apague del todo,
No, sé que no, ya nada es posible entre nosotros dos
Me has dicho que ya no me amas,
Me has dicho que me olvidaste,
Me olvidaste, si ya me olvidaste, y
qué voy hacer yo ahora sin ti.*

*Será que solo mi muerte,
podrá hacer que yo te olvide,
Aun así, mi amor, por ti,
Cruzaría el umbral entre el cielo y la tierra.*

Marissa nos envía sus obras desde la bella Panamá

Benegas, Adriana Verónica

*Llueve,
el cielo refleja mis ojos
en una presencia única.*

*Llueve,
me desgarró en emociones
marchitas de ilusión.*

*Llueve,
estrecho un cuerpo caído
cansado de andar.*

*Llueve,
penetro tu mirada cansada
de soles lejanos.*

*Llueve,
te toco sin tocarte
y te beso sin besarte.*

*Llueve,
busco la caricia infernal
que colme esta tristeza.*

*Llueve,
solamente eso,
llueve.*

*Te espero desnuda
sospechada ternura de amor
sin pausa,*

*besos despojados de pudor.
La arena de tu cama
revela en mí los signos de tu cuerpo,
y tu lanza indolente
penetra mi suerte femenina.
Afuera, a la tarde la devora
uncallado cielo.
Purifico en vos las fibras
de un cuerpo manchado.*

Bernardo, Silvia

Bajo la luna

*Bajo esta enorme luna
me quedaré sentada.
Su brillo atesora,
los besos que te he dado.
La miraré mil veces,
buscando aquellos labios,
que una noche de enero,
subyugaron mis labios.
Bajo esta luna llena,
ahogaré mi silencio
y amarraré mi corazón
a sus rayos de plata.
Bajo esta luna llena,
que me embriaga y me abraza,
desplegaré mis alas
en busca de ese amor
que el destino implacable,
un día me quitó.*

Brandolín, Eduardo

El chico de la calle

Buenos Aires, ciudad maravillosa

Infinidad de contradicciones

*Fue el chico de la calle el que me ayudó a conocerte
Me sorprendió tu emoción, el ver correr las lagrimas por tu
rostro*

*Descubrí allí la mujer que realmente eres
Sensible, sentimental, tierna, emotiva, compasiva, piadosa.*

*Atrás quedó la mujer de andar imperturbable, la que se
lleva todo por delante.*

*La que lo puede todo, la que esta mas allá de todo.
Buenos Aires, ciudad maravillosa, llena de contradicciones
El señorial hotel, el lujoso comedor, la cálida habitación,
el sexo interminable, maravilloso, la sensación de placer
inconmensurable.*

*El chico de la calle, de ojitos tristes, pelo sucio, renegrido
Pidiendo una moneda, que casi con seguridad no será para
él.*

*Alguien, perdido entre la multitud seguro lo vigila, lo
controla no para cuidarlo
simplemente por las monedas que logre recaudar.*

*Buenos aires, ciudad maravillosa, miles de contradicciones
Comida caliente, riquísima, lugar cálido, alegre, lleno de
fantasías.*

*Afuera, la calle triste, fría, el chico de la calle, rogando por
una moneda.*

*¿Pensará en su futuro?, ¿lo tendrá? ¿Qué pensamientos
pasarán por su cabecita?*

*Y nosotros, volver al hotel, distintos, aprendiendo a
conocernos.*

*Mujer sensible, sentimental, tierna, emotiva, compasiva,
piadosa.*

*Y una noche de placer interminable, inconmensurable.
Buenos Aires, ciudad maravillosa, contradictoria
Como vos, mujer hermosa.*

Olvido

Juntos hicimos nuestro pequeño mundo

Vos, yo, la ilusión.

Compartimos años con mucha pasión

La lucha por vivir mejor

fue mi obsesión.

Emprendí el camino de ser

Vos a mi lado, siendo el sostén.

El tiempo pasó

Crecimos los dos

Hoy el paso de los años

nos hace chocar con la realidad

Equivoqué el camino

Creí que dando todo

te daba la felicidad

Y me olvidé de amar.

Dura realidad

que nos aleja

Sabor amargo, dolor y queja

Hecho trizas nuestro pequeño mundo

Sin vos, sin ilusión

Roto el corazón

La soledad se apodera de mí.

Pensamiento, reflexión

Como naufrago en el mar

me olvidé de amar.

Brun Hilda

A La Abuela María

*Posadas sus manos
sobre el vientre quieto
perdida su mirada
quien sabe en qué
Con grises y azules
mezclados armónicos
el cuadro reposa
en el cuarto aquel.*

*Los años pintaron
de añejo su marco
antiguo el motivo
y el broche también
pero su sonrisa
nos brinda presencia
y cada mañana
yo la quiero ver.*

*Así de pequeña
conocí a mi abuela
presente en el cuadro
y ausente también
del ámbito vivo
de presencia humana
porque ya era etera
cuando yo nací.*

*Murió mucho antes
de que yo naciera
se fue a una nube
en un carrusel
pero su sonrisa
animó mi vida
yo la siento viva
desde el cuadro aquel.*

Buenos Aires, 9 - 4 - 1984

Carla Conti

Creo que tú

*Creo escuchar tu voz,
como atrapada en el caracol,
que solo deja oír
el secreto susurro de sus palabras.*

*Creo ver tu presencia,
la de antes, por la casa,
gritando pisadas inquietas.*

*Creo sentir tu fragancia,
de presencias generosas,
que regalan al pasar,
sin agradecerlas.*

*Creo sentir en mis manos,
tus guardadas caricias
de pulso firme y trémulo.*

*Creo que veo un tren,
aquel que tomaste,
en ninguna estación,
sin dejarme dirección.*

*Solo corro por la vía,
que brilla amenazante,
que me guía a encontrarte de nuevo.*

*Creo si algún día vendrá,
y por si no te estoy esperando...*

*Sólo llámame,
que voy a estar.
con un solo boleto de ida, papá.*

Primeros pasos

Baldosa...

*baldosa vieja que he pisado,
que gastaron mis pequeños pies,
y borrarón los años.*

*Hoy recorro tu dibujo indefinido,
tus grietas y el descolorido amarillo que has guardado.*

Al marcharme,

*con mis pasos urgentes, aunque inseguros,
sentí tu quejido débil y áspero.*

Mi corazón sintió el golpe de tu dolor.

Entonces volví,

*como aquella que te dibujaba eternas rayuelas,
la misma que te azotaba en los saltos de soga.*

Te miré una vez más,

*entonces mis manos volvieron a tocar tu cara,
arrugada y deslucida,
pero era vos, baldosa vieja.*

No dudé.

No pensé.

*Te oculté en la oscuridad de mi cartera,
como una travesura de ambas,
aunque adultas y viejas.*

¡Estamos juntas nuevamente, por fin!

Castillo Álvez, Jorge Beltrán

El tiempo que quieras tú

*Que despertaba en tus brazos
Cuantas veces lo soñé
Y acariciando tus labios
En mis sueños me quedé
No volveré a partir
Me quedaré junto a ti
Si no me mienten tus ojos
Tú esperabas por mí.*

*Dejemos para el pasado
Lo que pasado será
Y vayamos por la vida
Amándonos, nada más
Olvidar, cómo olvidar
Lo que me amaste
Y te amé
Que volvería por ti
Aquel día lo juré*

*Bésame y me quedaré
El tiempo que quieras tú
Sea mucho o poco tiempo
Todo el tiempo te amaré
Y si has de juzgarme...
Mujer
No sientas por mi piedad
Condéname...
Condéname a tus brazos
Por toda la eternidad.*

Estoy en tus sentimientos

*Que estoy...
En tus sentimientos
Jamás lo podrás negar
Y aunque tus labios...*

Poesía

*Lo callen... Tú a mí
No me podrás olvidar
Dime si alguien te dijo
Con total sinceridad
Te amo...
Te amo y te amaré
Por toda la eternidad*

*Que estoy
En tus sentimientos
Jamás lo podrás negar
Tus ojos...
Que son hermosos... ya
No lo pueden ocultar
No temas... me callaré
No te voy a delatar
No dejaré que tus ojos
Comiencen a llorar*

*Pero que estoy...
En tus sentimientos
Tu a mí... no...
No me lo vas a negar.*

Castillo González, Venancio

Un Nuevo Diccionario

*Dejé mis sueños volar y sin haberlo pensado
En perfecta sucesión, desglosé el abecedario
Y hoy inventé para ti, este nuevo diccionario*

*Amor: Lo que yo siento por ti y no sé como explicarlo
Belleza: Cuando el viento juguetea, con tu pelo alborotado
Candor: Después de robarte un beso, ver tu rostro sonrojado*

*Delirio: Cuando despierto de noche y no te siento a mi lado
Embriaguez: Desde el día que libé, el elixir de tus labios*

Fragancia: Razón de mi cautiverio, tu secreto bien guardado

*Gozo: Cuando clavas en mi pecho, tus pezones esponjados
Hechizo: Pues despiertas la pasión, sin ni siquiera tocarnos
Imagen: Tu Mirada y tu sonrisa, que a mi ser han cautivado*

*Jamás: Te dejaré de adorar, de hinojos puedo jurarlo
Karma: Con tu presencia no existen, los fantasmas del pasado*

Lujuria: Por ser nuestro amor tan puro, está libre de pecado

Misterio: Excitarme como un niño, sin haberte acariciado

Natural: Tu manera de reír y tu andar acompasado

*Ñisca: Lo poco que yo te doy, por lo mucho que me has dado
Optimismo: Que me das a manos llenas, cuando sabes que he llorado*

Primavera: Tu bello y mágico encanto, que a mi otoño ha desterrado

Querer: Tan solo sabes amar, no está en tu vocabulario

Remedio: La Divina Panacea, que a mis males ha curado

Sensibilidad: En ti siempre a flor de piel, como un río desbordado

Tabla: Para mí de salvación, el más hermoso milagro

Ufano: Lo repito hasta el cansancio, ¿Habrá forma de no estarlo?

Vida: Para vivirlos contigo, quisiera vivir mil años

W: La única letra que no uso, pues no está en el castellano

Xenofobia: En tu corazón no existe, pues todos son tus hermanos

Yo: Tan solo por poseerte, el ser más afortunado

Zar: A tu lado así me siento, a pesar de ser tu esclavo.

Venancio nos escribe desde el hermano país de Venezuela

Clausen, María Isabel

YO...

*A pesar de mis años, que son muchos,
YO...YO NO QUIERO VIVIR MURIENDO.
No sería justo para DIOS, para la vida,
para los que esperan algo de mí, ni para mí.
Decido seguir amando, ¡hay tantas cosas para amar!,
desde los recuerdos que demuestran que hemos vivido:
lo malo para saber qué era lo bueno y elegirlo,
el llanto para disfrutar la risa,
la angustia para abrazar la esperanza,
el dolor para encontrar la fuerza,
la inquietud para buscar la calma,
lo feo para admirar lo bello,
lo amargo para saborear lo dulce,
la pasión para soportar la soledad,
lo triste para gozar la alegría.
No quiero sentarme detrás
de una ventana a ver pasar la vida,
ni que me regalen días de agonía en una cama.
Quiero amar hasta el último suspiro,
seres y cosas, escribir mi última poesía,
dejar como testigo de mi paso por la tierra
un último libro y seguir tranquilamente
la curva final de mi camino porque,
YO... YO QUIERO MORIR VIVIENDO.*

PERO AÚN VIVO

*“Porque los pájaros que aman el vuelo, aun heridos,
despliegan sus alas.”*

*Con el corazón a medio vestir por el amor,
la risa a medio calzar por el dolor,
la mirada a medio brillar por la nostalgia,
y los sueños a mitad del cumplimiento,
aun así:
mi sangre es río de vida en mis arterias,
mis suspiros son brisa acunando los inviernos,
mi voz, mi voz que no se calla ni doblega,
grita rebeldías rompiendo los silencios
de alguna hipocresía o injusticia en desventaja.
Soy como el viento que viaja sin cadenas,
similar a la lluvia secándose en el tiempo,
cual la pasión con final y con principio.
Me golpeo como la hoja que cae en el otoño
y muto plena en cada primavera.
Vivo mirando a la distancia,
delirando alcanzar el horizonte,
y poner de prendedor en mi solapa,
una incipiente alborada de misterios.*

Cortes, Adela María

La visita

*Se quebró la tarde y llegó la noche,
Las doce marcaba el reloj de la vida.
La Dama de blanco cruzó al fin la puerta,
Y se adentró en la casa que creía vacía.
Revisó las cosas que allí se encontraban,
husmeó algunos libros, leyó poesías,
de amores vencidos, de vidas secretas...
e intuyó de golpe lo que era estar viva.*

*Abrió los cajones su mano huesuda,
Y hurgó entre la ropa que allí había,
Sintió tu perfume impregnado en sus pliegues
E intuyó al instante lo que jamás sentiría.
Ante el espejo vacío de ausente reflejo,
Buscaba su imagen, nuestra Parca amiga,
La sorprendió una lágrima cayendo del rostro
Y entendió de pronto que el amor la vencía.
Desapareció en silencio rozando la puerta,
Que hace solo un instante decidida abría
Pero olvidó llevarse lo que de allí buscaba...
En su cama mi amor, dormido seguía.*

Cuartas de Restrepo, Georgina

¿QUIÉN SOY?

*Soy la poesía.
Canturreo en las tinieblas,
en la lluvia soy nostalgia,
remanso de alegría,
oasis, devoción;*

*soy cántaro de armonía,
ilusión y ensoñación;
convierto mi existencia
en arrullo, en oración.*

*Soy barco sin velero,
soy navío de luceros,
navego a la deriva
aferrando al tiempo;*

soy fuerza de la vida,

*mensajero de toda algarabía;
me encuentro en el espacio,
despierto, noche y día.*

*Aún en el ocaso
seré un paradigma;
en todo está mi canto,
soy el rey sin codicia
y llego sorpresivo
como una dulce albricia;
mago silencioso,
la más tierna caricia:
SOY EL AMOR.*

AMOR

*Para poder amarte con terneza
me llené de una dicha diamantina...
y en mi fuente de vida peregrina
navega la pasión de tu fiereza.*

*El amor nos llegó con tal belleza
que se metió en la sangre cantarina
y a través de la sed que se adivina
tomó color de vino de cereza.*

*Mi sentimiento se volvió embeleso.
y es tan corto el abrazo con un beso
que parece un jardín de girasoles.*

*Los dos somos así: ternura loca,
que al beber de las mieles de la boca
se sintieron amar los arreboles.*

Chaio, Teresa Eva

BESOS

*Y si tus besos no fueran necesarios
no habría despertares ni caricias,
no habría ni recuerdos, ni silencios.
Que si tus besos no fueran necesarios
Yo sé que nada habría sin tus besos.*

ESTA NOCHE

*No vengas a buscarme en esta noche
porque estaré dormida entre mis sueños
y hoy prefiero soñarte dulcemente
antes que ver la realidad desnuda
Cuando cierro los ojos y te encuentro
tu mirada me acaricia el alma
tus manos se convierten en los mares
que mojan mi piel y la protegen.
¿Las palabras? qué importan las palabras
Si al fin estoy dormida y tú no vienes*

Dassori, Oscar

TODO ES PRESENTE

*La tierra, los hombres y su historia caminan hacia delante
no existe otra posibilidad ningún instante
todo es presente, sea fracaso o gloria.*

*El pasado ha sido vida, hoy recuerdo congelado
el futuro lo imagino, mi mente construye castillos animados,
caminar me han mandado. Caminar penitente*

cada paso es un camino, cada día mi destino.

Es verdad, no hay pasado ni futuro, todo es móvil y presente.

*Creí en un momento ser de mi futuro el alfarero
libertad en cada paso y de lo que hube aprehendido.*

Hoy advierto, no todo es permitido

*solo gozo las pequeñas enmiendas de lo que ha estado
siempre decidido.*

*Al pasado lo miro, esfuerzo y amor ha sido
para mi desgracia hoy no es presente, esta fenecido.*

¿Dónde quedó la felicidad prometida?

En este caminar sin cese, hombre de este mundo imaginario

*la felicidad es tu vida, mientras camines no la sentirás
perdida*

y podrás seguir imaginando que el amor está a tu alcance.

*No olvides, tu vida no es tan sufrida, respondes a un
mandato no visible*

No tienes chance.

*Nos han impuesto caminar. Es el presente,
es gloria mientras caminamos, amor si lo sentimos*

cuando amengüen las fuerzas, o no la tengamos

habrá perecido el amor..., solo será muerte.

Dante Tenet
Ilusión de Atardecer

Las Olas.

Vienen y van como la vida

Las miro irse, en el horizonte brumoso.

Tu silueta se dibuja, para desaparecer al instante.

Regresan a mí y te traen cabalgándolas

Pero es corta la ilusión.

Pues sé que te irás con la siguiente.

Solo es una ilusión de atardecer frente al mar.

A veces no sé si existís.

O solo sos un invento de mi soledad.

Más cuando estoy aprendiendo a olvidarte.

Apareces de la nada.

Para irte de nuevo.

Como las Olas.

Melancolía

Llueve

Las gotas contra el cristal de mi ventana juegan carreras locas.

Claras y transparentes, me hacen creer que no vienen ni irán a ninguna parte.

Una pareja corre tomada de la mano, a guarecerse debajo de un árbol.

Tu no estas.

Llueve

Una melodía de recuerdos acude a mi mente.

Tú sigues sin llegar y yo no quiero creer que nunca estuviste.

Los momentos compartidos se distorsionan en mis pensam-

ientos.

Tu no estas.

Llueve

*Las luces de la ciudad, comienzan lentamente a presentarse
en el crepúsculo.*

Se acerca la noche y una vez más iluminarán mi soledad.

La pareja del árbol se ha marchado.

Tu no estas.

Llueve.

Como tantas veces ha sucedido y tú continúas sin llegar.

Quizás nunca llegaste.

Quizás mi mundo solo sea lluvia y soledad.

Tu no estas.

De Miguel, Marta Viviana

Poema Tangible__

*Poema tangible que en mi vida
hizo posible el milagro de tu risa.
Te pareces al capullo que en la aurora,
abrió sus alas al estío en ciernes .*

*Tus manitas bailarinas del espacio,
blandas se acercan a la caricia tierna,
y el canto de sol de tu garganta,
abrió tu boca de leche en un poema .*

*La paz de tu sueño me cerciora
del horizonte pleno de fe
que nos inunda ...*

Y es cada día que pasa una esperanza,

Y es cada gesto, una alegría nueva ...

*Tu llanto y tu perfume me acorralan
entre rejas de amor que tú creaste ...
Y bendigo esta prisión, por ser de nube ,
Y bendigo este milagro de vivirte !!!*

ENTREGA

*Entrega gratuita mi cesto de frutas,
de seda, de mieles, gritonas de sol*

*Mis manos confiadas, en gesto de dádiva,
acercan el cántaro a tu manantial ...
y beben tus ojos, mis ojos sedientos
y encienden el fuego, preludio de paz*

*Tu piel de durazno ya goza del beso ,
que añicos de lágrimas, un día ,
hace tiempo, en mi cofre guardé
... y sacia tu hambre mi cesto de frutas
naciendo en el alba un grito de fe .*

*No reclamo nada, ni pido favores
al ver que mi cesto sin frutos quedó ...*

*Al viento mi cobre y mi perla mejilla
que añoran tus manos, tus cálidas manos
que saben a sal!*

*Si transmuta la noche opaca de esperas
en el día dorado que grite tu amor
ese día esperado , filigrana preciosa
guardaré en mi seno*

*... y entonces , mi cesto repleto
de frutas gritonas de sol ,
llenarán tu alforja vacía de inviernos ,
esperando del árbol , ese fruto
conjunto de tu amor y mi amor .*

Dennin, María Rosa

Intensidad

*La luna breve y desnuda
se ovilló en tu pelo
y cobijó suspiros
más allá del viento
hasta sucumbir
en el lago azul de tus ojos mansos,
de tus ojos buenos.
Y desplazó su halo
hasta el ventisquero
donde nacen, mueren, amor y deseo.
Bebiendo neblinas
en las amapolas de esos labios
que me han cautivado,
poción de su alma
trasmutando sueños,
elixir de estrellas
ardiente de auroras
tarde de azucenas
preludiando besos.
Gemido de alondras
susurros del cierzo
y el cielo nocturno
se enciende de gala
con la núbil luna
cabalgando lluvias
colgando ilusiones
aventando inviernos,
desbocado caballo
tu cuerpo en mi cuerpo.*

Grafía de amor

*¿Puedes quizás seguir la partitura
con tus dedos hambrientos en mi piel,
conjuro de placer y travesura
resbalando en mi espalda su aguamiel?*

*Brillo de azules soles la obertura,
deslizante rocío, urgente miel
en la erupción de lava con premura
esculpe en mis entrañas, rubí niel.*

*En desencadenada sinfonía
los gemidos se enlazan en el talle
de la espléndida llama y su agonía.*

*Entonces seré lirio de tu valle
penúltimo latido en su porfía
navegando en mi fuente, que no acalle.*

Donatiello, Tomás Darío

Ilusión

*Te veo, te veo y te quiero.
Quiero hablarte y no puedo,
Quiero tenerte y no puedo.*

*Sos inalcanzable, y siempre lo vas a ser.
Sos una ilusión,
Creada por alguien más creativo que yo.*

*Estás encerrada en un libro,
en un dibujo,
y siempre lo vas a estar.
Relación entre los dos,
en la cual no sabés que participás
(y nunca lo sabrás).*

*Todos te ven pasar
pero nadie lo quiere confesar.
Todos te quisieron
pero nunca lo admitieron.
Y cuando crecieron se burlaron
de los que lo contaron,
pero todos hemos sufrido ese martirio,
ese infantil delirio.*

*No soporto no poder tener tu cuerpo,
vestido a la moda del modelista del momento.
Al tocarte solo siento papel, plomo o plástico
pero si desgarró esas imágenes te desgarró.*

*Entre el mundo real y la fantasía
hay una línea, una limitación,
y al otro lado de esa línea estás vos.*

Encinas, Guillermo Horacio

Noche de Amor

*Acaricias mi cabello pensando en lo más bello,
tus manos forman capullos de seda envolviendo mi
corazón...*

*Me besas, me miras con ternura y emoción.
Haces que mi hombría se vuelva frágil como un niño
que ve la vida con los ojos de la ternura que hay por ti.
Me vuelves a besar, con caricias y abrazos y todo lo demás...
Me haces el AMOR más y más
dejando tu paso por mis sentidos con tantos deseos y pasión
de verdad.*

*Entregas tu cuerpo en mi cuerpo,
tus ojos en mis ojos, tus besos en mis besos,
tu fluido junto al mío se impregnan de amor...
Y me tocas con toda tu sensualidad,
me haces sentir y sientes que soy tu hombre de verdad...
y detrás de esta noche mágica de hadas y sueños,
despierto viendo que en mi lecho vacío...
TÚ YA NO ESTÁS...*

*El duende mágico del amor vendrá
a secar mis lágrimas derramadas de mi amor por tu amor...
de esta bella noche donde la pasión, la emoción,
los besos y el amor se hicieron presentes*

*en TU CORAZÓN Y MI CORAZÓN...
Y ASÍ SE QUEDARON PARA VIVIR POR SIEMPRE
EN TU SER Y MI SER,
JUNTO A LOS DOS...*

Escardó, Susana Raquel

Delirios

*Delirio avasallante, juventud, poesía.
Quimeras de los años, ardientes del amor.
¡Qué efímeros pasaron!
Dejaron una huella Imperceptible, tibia.
Recuerdos de un adiós.
Delirios compartidos por dos almas gemelas.
Momentos olvidados, sin odios ni rencor.
Evoco esos años, escrutando el pasado.
Vivo solo el presente, imagino el amor.
Y hay delirio en mis sueños.
Eterna poesía aferrada a mi mente.
Nostálgicos recuerdos.
Solamente Tú y Yo.*

Ardiente Juventud

*Ardiente juventud pasan los años.
Recuerdos en las mentes nos invaden.
Más si el amor existe no se evaden.
Perdura más allá del pensamiento.*

*¿Es amor o pasión nos preguntamos?
Mas la pasión puede ser padecimiento.
Es el deseo que te hace esclavo,
muchas veces de tus locos sentimientos.*

*El amor nunca muere si es sincero.
Y puede perdonar sin resquemores.*

Aun en los más tristes momentos.

*Renace a una vida de esperanza,
aunque pueda dejarnos sin aliento.
Dos almas, pulsiones el encuentro.*

*La razón nos libera del presente.
Trascender en otro ser es importante,
tan solo tú podrías ser el tiempo.*

Fabro, Ezequiel

Sesenta y cinco versos bajo el signo del amor

*Miraban dos miradas
pero eran una sola
solo ellos entendían
sus cosas del amor...*

*Sus tiempos, sus silencios,
sus palabras tranquilas,
sus celos, sus misterios
su alma y su pasión.*

*Él le escribió los versos
que brotaban ansiosos,
sesenta y cinco versos
bajo el signo del amor...*

*Y bebió cada gota de luz
allí, a su lado,
dos años y diez meses
de intensa relación.*

*Él volvió a su silencio
y a su vieja guitarra
a sus ciencias exactas*

Poesía

a su mundo interior.

*Él lleno con palabras
una página blanca
quizás la última página
que a ella le dedicó.*

*Y se sentó mirando
la madera de cedro
del living solitario
al calor del hogar...*

*Tan solo se escuchaba
el reloj en la noche,
...sus ojos se nublaron
sin quererse nublar.*

*Y miró aquel oscuro
azul de terciopelo,
del cielo en medianoche
por detrás del cristal...*

*Y apagó las luces
y se durmió en silencio
llevando en su recuerdo
sus ojos al mirar.*

*Y se durmió soñando
con esa primavera
que la vio una mañana
temprano al despertar...*

*Y en su sueño era el dueño
de su amada princesa
del amor de su vida
que jamás volverá...*

Mirad los lirios del campo

*Quiero volver algún día a ser feliz nuevamente,
felicidad diferente, felicidad cristalina...
respirar aquella brisa de las tardes de tormenta
cuando no había en mí conciencia:
de horarios ni de avaricia.*

*Donde toda mi alegría
era correr por los campos
hacer figuras con barro o perseguir mariposas,
pasar tranquilo las horas pescando en los arroyitos,
y ver con ojos de niño el Mundo desde otro lado.*

*La inocencia va pasando, crece el Hombre y todo altera
y todo es una carrera, un vértigo acelerado.
donde el tiempo no es tirano...tiranos somos los Hombres
que perdemos los mejores años de esta libre vida
encarcelando en rutinas y horarios los corazones.*

*Llenando de odio los amores
de cromo el agua que pasa,
robando al otro esperanzas por tener más para sí,
tratando de dividir porque quién divide reina...
y así se va, al fin de cuentas, nuestro tiempo de existir.*

*Por eso quiero vivir aunque sea un solo instante,
aquellos tiempos de antes cuando era un niño feliz,
y alegría era sentir el perfume de la brisa,
y contagiarnos de risa correteando por ahí...*

*Dónde no había qué decir...porque no había palabras,
Guerra, muerte, droga y armas no existían para mí...
el arte de percibir con nuestros cinco sentidos
era nuevo y era lindo, todo había por descubrir.*

*Después se vuelve más gris...
el arte de la palabra,
cuando "adultas" ya las almas sólo quieren subsistir...
distorsionan el vivir, y fomentan incoherencias,*

*destruyen sanas conciencias sin consecuencias medir.
Por eso déjenme salir aunque sea sólo un instante,
y ser el niño de antes que miraba las estrellas
el sol, la lluvia y la arena, el crepúsculo en las tardes
que amaba los animales y correteaba sin tiempo...
y soñaba en un velero navegar los 7 mares...*

*Deberían las sociedades volver un poco a ser niños
aún no todo está perdido, aún hay luz en nuestro cielo
hay veranos y hay inviernos, otoños y primaveras...
y noches de luna llena que alumbra nuestros silencios.*

*No equivoquemos el vuelo, no equivoquemos el rumbo,
éste es nuestro frágil Mundo y es todo lo que tenemos,
pasa el tiempo y no podremos volverlo nunca hacia atrás,
para que desperdiciar horas en hipocresía...
vamos a vivir la Vida en armonía y en Paz...*

Facundo, Daniel

Entre el infierno y el cielo

*Hoy pude besar tus labios y ya se lo que pretendo...
Pero estoy en el camino, entre el infierno y el cielo.
Porque tengo compromisos y porque sé que te quiero,
y sé que tú estás muy sola, y nunca tuviste dueño.*

*Y eso incita mis sentidos y acrecienta mis deseos,
cuando en la calle te veo o te acaricio en mis sueños.
Tú me conoces muy bien. Sabes, soy un tipo bueno,
y mi peor pecado ha sido enamorarme de ti. ¡En serio!*

*Ya nada me importa, vida, porque yo sé lo que siento.
Hoy quiero morirme amándote aunque nunca llegue al cielo.
Pero vamos, continuemos, quemémonos en el fuego...
Sácame de este camino entre el cielo y el infierno.*

*Deja que mi savia fluya y dame la sal que quiero...
La que desprenden tus poros de tu piel color moreno.*

*Deja que mis manos corran en tu pelo espeso y negro,
y acaricien suavemente tu vientre puro y tus senos.*

*Y entrégame tu sonrisa, tus caricias y tus besos...
Tan solo hoy tu boca puede hacerme soñar despierto.
Por eso, mi vida, quiero, que pongas todo tu empeño,
y que me ames hasta el fondo, dejándome sin aliento.*

*Sin que nada más importe, hasta que se acabe el tiempo...
Y me muera entre tus brazos, ahogado, ya sin remedio.
En el mar de tu sonrisa o en el río del deseo,
con el sol y con la luna , las estrellas y los luceros...*

*Coronando tu figura en el infinito inmenso.
Y me hagas sentir la gloria... Y me quites el tormento,
de encontrarme aquí varado, gozando mi sufrimiento.
En el medio de la nada...Entre el infierno y el cielo.*

Fernández, Raúl Alberto

Recuerdo

*Recuerdo veredas de cuadros rojos y amarillas
Donde de niño
Viví mi mundo de bolsillos
De adolescente
Fuego de paciones cruzó mi mete
Y allí de hombre
Malgaste una noche, anemia de diluidos broches...*

Metáfora

*He pedido a tu corazón amarrás
Y mi barco no ha llegado...
Casi llorando triture la idea
De mi mástil y mi bandera
Al desdoblar velamen
En mis desencuentros
Me fui navegando sin estar muy lejos...*

Gagliano, Patricia Sonia

Esencia De Amor

*Te Contemplo,
En El Ir Y Venir De Mis Desvelos
Quieta Mi Mirada
Sobre Tu Rostro Risueño...
Y Preguntas En El Aire
Y Temblor En Mi Cuerpo
No Me Daba Cuenta,
Ibas Forjando Un Espacio De Encuentros
Y El Verano Yacia Por Aquellos Tiempos...
De Pronto La Sorpresa
La Ilusión, Los Miedos
Que Me Estaba Pasando ??
Que Es Esto Nuevo Que Siento !!
Cuanto Más Me Lo Negaba
Por Esa Frescura
De Tus Jovenes Años
El Amor Me Calaba,
Me Encendia Como Brasa Al Viento.
Pronto La Razón De Propios Y Ajenos
Nos Señalaba...
Instalando El Sufrimiento
Mientras El Corazón Se Revelaba
Una Y Otra Vez
Proclamando Nuestro Amor Verdadero...
Y Me Sostenia Con Las Fuerzas
Que Aún Conservo
Que Me Eleva ... Que Me Impulsa
Que Me Guia Siempre A Vos
A Quien Quiera Escucharlo,
O Para Llevarlo En Silencio.*

Gorriarán, Gustavo

El Sendero Del Deseo

*Miradas Que Encienden
Llamas En Mi Cuerpo
La Sangre Golpea
Latiendo En El Pecho*

*Trazás Con Tu Rouge
Líneas En Mi Espalda
Y Rodamos Al Piso
Cubiertos De Agua*

*Mordiendo Mi Boca
Revientan Los Besos
Y Alcanzo El Umbral
Donde Estalla El Cielo*

*Tierra Prometida
Que Habita El Deseo
Como Un Legionario
Camino El Sendero*

Grimoldi, María Inés

Cuerpos sutiles

*Extranjero, extraño, foráneo
NO
El otro, distinto
¿Distinto?
Hermano, fraterno, amigo
SI*

*El barro
Una lámina de barro, un folio de barro, una cáscara de
barro
¿Seco? ¿Húmedo? ¿Fecundo? ¿Estéril?
El barro cuna*

Poesía

*El barro madre
El barro origen*

*La estrella
Camino, camino, camino
Recorro el mundo
Y no me canso
Me encuentro, me fundo
Me toco, me impregno
Bailo y bailo y bailo
Me alejo, ya no estoy
Pero sigo
Y camino, camino, camino
Recorro el mundo*

*Gracias vida
Gracias madre
Gracias barro
Gracias estrella.*

Cuerpos sutiles II

The starchild

*Las moléculas del niño estrella
El cuerpo sutil del niño estrella
Mi cuerpo sutil*

*Huesos
Duros como marfil
Brillantes como esmalte
Moléculas de huesos
Cabezas, rostros triangulares
Ojos
Cuencos de ojos
Humano y divino
Divino y Humano*

Humos que dibujan rostros de niños estrella

*Humos rosas, fucsias,
Celestes, turquesas,
Amarillos, dorados.*

*Y yo, ¿quién soy?
Yo soy también la niña estrella
Mi padre es un extraterrestre divino
Y mi madre una terráquea terrena.*

The starchild

Iacometti, María Inés

INTENTO DE LUZ

*Tu amor me cambia los sentidos
y me pierdo.
No sé siquiera si pueda algún abrazo.
Lo sueño, lo transito y me despierto
con la efímera esperanza del milagro.*

*Me pueblan tus ausencias y no entiendo
cómo es que intento abrirte las miradas.
Tus ojos fijos me dejan sin la chance
y no convencen las palabras emanadas.*

*Es más sencillo caminar la luna
que pretenderte en mi presencia, estable.
Sos el más claro ejemplo de la tarde
que a veces brilla y otras es descarne.*

*No logro comprenderte y hace tiempo
me he preguntado qué empeño me entretiene
tratando siempre de verte con sonrisas,
modificando hasta el sonido que te sueña.*

*Si yo no puedo más que algún instante
de esas eternas horas solitarias
en las que el ruido suele acompañarnos
pero el silencio asalta las entrañas.*

*No sé hasta cuándo me habites con tu amor
tan inestable, tan fugaz que no se alcanza.
No tiene forma de amistad ni de pasión
y sin embargo intenta la mañana.*

Iguiñiz, Judith Dagmar

El Amor

*El amor tiene el peso del aire...
Y, al igual que los pétalos de una flor,
esparce su fragancia en mi almohada...
Con la complicidad del silencio, tan solo para vos... dibujaré
caricias,
Susurraré poesías...
una eterna plegaria al cielo.*

*Y en un tropel
de palabras sueltas, con cada suspiro
de mi tiempo
te diré: te quiero y te querré.*

*Amor-Despertar de los sentidos
Es así como el pimpollo de una rosa,
abriendo sus pétalos,
y envolviendo
con su fragancia,
es el despertar de los sentidos.*

*Tiene el efecto de una enredadera
queteje raíces de colores
para cubrirte en un abrazo,
como una ráfaga de fuego,*

que dormita en tu piel.

*No hay espacio para la razón.
Es una fórmula química
que transforma la realidad
y se encienden a solas...miles de luces
en un tiempo...
sin tiempo.*

Jaunarena, María Cecilia

Niña a Madre

*Más de una vez
fui sangre en tus heridas,
paz en tus miradas,
río en tus entrañas.*

*Cuánta carne desgarré en tu nombre,
y hoy la tomo entre mis manos,
y otra vez sí,
es parte mía.*

*Podría reconocerte entre cien,
y nombrar cada una de tus partes,
sin quedarme en tus ojos
más que por un instante.*

*Y hoy no es un canto de tristeza.
No, porque ya no amanecí
temblando al despertarme,
ni mojé las sábanas,
ni intenté buscarte.*

*Hoy te vi, refugio de cobardes.
Te miré con ojos asesinos,
te olvidé con llanto silencioso.*

*Tus manos fueron como las cunas,
de mis mejillas tibias,
ajenas.*

*Tu barco el parto de mi locura,
y tu existir, mi cordura.*

*Sueño con tu regreso,
sueño a veces con mi partida.
Sueño que no te sueño.
Mi dolor, mi rencor, tu vida.*

Jouvardás, Víctor Alberto

*Deja en paz mi soledad
Mi soledad vive en mí,
como los recuerdos,
de mi propia existencia.
Donde amar es sentimiento.*

*Mi otro ser en espíritu y alma.
Mi soledad es mi caja fuerte,
del amor y de las vivencias
humanas, de este viaje.*

*Donde en el infinito universo,
de la vida, siempre atesora
la necesidad del amor como vínculo,
de la intimidad y abrazar la vida.*

*Como capricho del alma quisiera,
estar en el espíritu del amor.*

*Mi soledad es paz en la guerra
y luz en la oscuridad y en el terror.*

*Para que mi espíritu sea guerrero
y candil en la más remota oscuridad,
que no existe en ser alguno.
Mi soledad es mi nido íntimo que ama.*

*De pasiones y amor. Mi soledad es paz
y te pido no permitas que sea perturbada,
pues en ella guardo todos mis recuerdos
y ella en mi ausencia será tu compañía.*

*Mi soledad es igual a la tuya, solo que yo la encontré
y ella quizás te ayude a encontrar la tuya.
Por favor, deja en paz mi soledad, porque en ella,
mis vivencias intactas están y, aunque el tiempo pase,
siempre perdurarán. Por favor, deja en paz mi soledad.*

Seremos otra vez dos.

*Vida... Vida... Luz del alma,
que abrasas el corazón.
Humilde cuando de ti reclama
una caricia, una eterna canción.*

*Tus ojos, tu boca, tus manos,
nido que en mi corazón atesoras.
Tu voz, susurros y mimos apasionados.
Tus brazos lecho que desposas.*

*Mi corazón palpita lleno de amor,
tú eres universo en mi pequeño mundo,
tú eres mi propia vida y mi amor
y en mi soledad almaceno los recuerdos, todos.*

*Los tiempos pasan y los espacios se recorren.
Las personas vamos y venimos en recuerdos,
que el tiempo añora en lágrimas y desdén,
de saberse presente en el amor y en el adiós.*

*Somos solo uno en esta vida de amor y luces.
De la mano y juntos frente al desafío de estar.
Alguna vez será y vendrá aunque tú no estés,
porfiada la vida es, quizás sea yo el que no deba estar.*

*Mi corazón palpita lleno de amor a tu lado.
Solo sé que te amo y ya el tiempo es demasiado corto.
Toma mi mano y jamás la sueltes, porque en ella estaré.
Toma mi mano y vuela que pronto seremos otra vez dos.*

Lopardo, Silvia Noemí

Catarata

*Fluye en mí
como una catarata
de agua espumosa
el deseo por ti
en la mañana brumosa
o la noche clamorosa*

*Salpicada por gotas de deseo
de la cascada blanca
de agua dulce
que enmarca tu mirada franca*

*Sordo sonido arrollador
del agua al caer
se asemeja al sonido de mi corazón
cuando sabe que te va a ver.*

Celeste y Verde

*El celeste del cielo
Y el verde del mar
Son los colores que
te enseñan como amar*

*seguro y sereno como
el cielo protector
rabioso e imponente
como el poderoso mar
la libertad es celeste
el viento también lo es
el verde te tiñe de esperanza
y te llena de paz
de verde los paisajes cubiertos están
el celeste enmarca, refleja felicidad.*

Lugo, Marta Isabel

La fuente de los deseos

*En la fuente de los deseos
lancé la última moneda,
y pedí por tu perdón.*

*Imploré
por una ráfaga
de tu mirada.*

*Me exilié
en el silencio
de tus recuerdos.*

*Caminé ciega
en telarañas
de esperanzas.*

*Y, exhausta
por tu ausencia,
Regresé...
¡a dejar mi corazón!*

Por amor a la vida

*Buscaré
en el placar
de ilusiones
un vestido
acorde al día
gris, de sol,
da igual,
hoy mi ánimo
está de buen humor.*

*Peinaré
las ganas para salir
sin enredos.*

*Dejaré reposando
en la almohada
los sentimientos
confusos.*

*Me pondré
el collar de fortaleza,
maquillaré las sombras
de las asperezas.*

*Extenderé
el mantel cotidiano
de esperanzas.*

*Sonreiré
ante el espejo
de las dudas,
abriré la puerta
de los sentimientos*

*... y saldré
a bailar este vals
de la vida.*

Luján, Luisa

Nostalgia

*En la vieja casa
quedaron los sueños truncos
de una amante solitaria.*

*En la vieja casa
había un jardín secreto
donde los encuentros furtivos
se anhelaban como los suspiros
la complicidad, la risa.*

*En la vieja casa había lugar
para el idilio,
entre una mariposa y su hechicero.*

*En la vieja casa
dos corazones solitarios
se sentaban a tomar café
para hablar de lo cotidiano
la música, los placeres, los hijos.*

*En la vieja casa
se atesoraban los recuerdos,
se compartía el sinsabor
de los fracasos y el olvido.*

*En la vieja casa
la noche cobijaba la luna
y las constelaciones de estrellas
eran abrigo en el silencio.*

*En la vieja casa quedaron
las promesas incumplidas
sostenidas en las paredes
como un almanaque viejo.*

Tan cerca y tan lejos

*Tan cerca y tan lejos... nació la magia
que se convirtió en sueño,
por casualidad nos descubrimos
en un mundo virtual, impensado.*

Tan cerca y tan lejos...

*construimos maravillosos escenarios
en cada encuentro,
cenas y paseos, abrazos y besos
deteniéndote en mis llanuras
descansando yo en tus desiertos.*

*Tan cerca y tan lejos...
yo te regalaba mis amaneceres y mis ocasos
Tú, tu galantería y tus rosas
tan cerca y tan lejos...
me embriagaba tu ternura
lejos te lloraba en silencio,
fuiste mi príncipe del Sahara
y yo tu mariposa.*

*Tan cerca y tan lejos...
tan cerca, sentí tu caricia en mi alma
tan lejos, presentí que te marchabas.
Ya no hay lugar para un viaje idílico
entre el caballero musulmán y su rosa.*

*Tan cerca y tan lejos...
tan cerca, presiento los retazos del olvido
tan lejos, adivino el amor
que por imposible
fue cierto...*

Magnaghi, Marcela

Cafa

*Te sueño sin conocerte.
Vendrás a buscar la flor guardada,
que ansía ser tomada.*

*Te esperé por años,
te he amado, y por tanto amarte,
se eterniza la espera blanca y silenciosa.*

*Y cuando llegues,
tu mirada entera y pura,*

*descubrirá el velo que guarda
el tesoro escondido.
En exquisita armonía
verás, en mi frente y en mi alma,
un mundo de deseo.
Descorrerás el paño que cubre mis contornos
y acariciarás mis formas
como acaricias con la mirada
la línea pura y delicada del horizonte.*

*Al fin, construiremos
la fiesta interior,
secreta.*

Me ama

*Escucha mi súplica,
mira mis heridas,
conoce mi necesidad.*

*Sale a mi encuentro,
toma su pincel y una decisión:
hacerme de nuevo.
Restaura los trazos originales de su creación.
En mi pequeñez,
en la desesperanza,
me recrea,
me reconstruye,
me repara.*

*Suspendido en el tiempo,
su pincel me dibuja.
Elige los colores de la vida,
según me pensó
desde siempre, desde la nada.*

*Mi vida vuelve a cobrar vida.
Se suspenden los tiempos hasta que culmine su obra.
Tras la oscuridad,
irrumpe un destello de luz
que otorga claridad al instante de la creación.
En medio de mi angustia,
me hace de nuevo.*

Manuele, Nazareno

No necesito intermediario

*No hay necesidad de un intermediario
No necesito uno para estar en contacto
Mi luz interior es el camino más corto
Siempre ahí para saciar mis necesidades
Para sentir el calor interior
Para sentir a Dios a mi lado*

*No hay necesidad de un intermediario
No importa cómo ni donde estoy
Esta conmigo todo el tiempo
De mí y de cada uno
Puedo sentir su presencia
De la forma que debe ser*

*No hay necesidad de un intermediario
Dentro de mí para sentirlo
Es de la forma que debe ser
No hay necesidad de una capa dorada
Ni de un palacio majestuoso
Es igual para cada uno*

*No hay necesidad de un intermediario
Todo lo que necesito está en mí
Para alcanzar lo que anhelo
Para ayudarme a vivir en Paz
Todo lo que necesito para llenar mi vida*

Dado gratis el día inicial

*No hay necesidad de un intermediario
Para expresar lo que quiero decir
Para sentir lo que recibo en retorno
Para darme cuenta que mi vida es mía
Para sentir el calor interior
Para sentir a Dios a mi lado*

Mazzochi, Víctor Hugo

POR AMOR A LA DANZA

*En una velada de ensueño
Bailó Julio Bocca
Por última vez.
Fantasmas de ninfas poblaron
Las almas de los bailarines.
Aladas las ondas sonoras
Surcaron silencios
Jamás alcanzados.
El aire impregnaba perfumes
De extrañas esencias
Jamás disfrutadas...
En una velada de ensueño
Bailó Julio Bocca
Por última vez.-*

*Tenía el adiós proyectado
Y en cada figura
Cedía la ley
De la gravedad...
En todos sus giros
Caía la inercia
Vencida a sus pies.
Su danza quedó con nosotros
Plasmada en la imagen
Que muchos tuvimos*

*El privilegio de ver.
En una velada de ensueño
Bailó Julio Bocca
Por última vez.-*

CORRIENTE ABAJO

*Apenas fue un segundo
Rocé tu piel y me quedé a tu lado...
Tus labios ni mis labios
Palabra alguna pronunciaron.
Mi ojos ni los tuyos...
Mirada alguna intercambiaron...
A tu cuerpo y el mío...el mismo río
Las arrastró corriente abajo.-*

*Camino del destino
Imaginé el refugio
Que encontraste en mis brazos.*

*Apenas fue un segundo
Rocé tu piel y me quedé a tu lado...*

*Tu fuerza espiritual
Magnetizó la mía...
Igual que si un oscuro
Enigma fuera descifrado.
Y conocerte fuera al mismo tiempo
Un mensaje divino del pasado.-*

*Allí donde las almas
Sus nombres olvidaron
Apenas fue un segundo...
Me pareció que juntos
A tu cuerpo y al mío...el mismo río
Nos arrastró corriente abajo.-*

Moreno, María Teresa

Plieque

*Miré, sin saber
que al pasar inerte
por la esquina,
corrías el plieque final
que cerraba el escenario,
en el que habíamos
desovillado
un hilo sin nudos
que aún me ciñe.*

*Aunque una estocada
haya cegado
tantas candelas.*

Aquelviento

*Era la edad
de las paredes blancas.
Ningún aire
había abierto
las puertas ni ventanas.
No había vidrios rotos
en la casa.
Adentro estaba
como un cristal intacto,
como una ola inmóvil,
dibujando en los ojos
tu figura.
Te esperaban
mis manos, mi boca, mi cintura.
Te descubrí
a través de una vidriera.*

*Con los lentes y tu altura,
me miraste desde arriba.*

*Un viento ansioso,
nos arrastró
y quebramos los dos,
las puertas, las ventanas y los vidrios.
de la encerrada soledad.*

Munar, César Augusto

Quiero vivir dando amor

*Mi amor que ha de estar en este lugar, queriendo estar en ese
altar que de tanto andar suben sin poder hablar.*

*Las estrellas salen dando vueltas para brillar,
Las hojas verdes que al andar corren, vienen y se van.*

*La introducción de este nuevo amor no tiene precio al
estar, pero de este lugar no me he de olvidar. Amor en este
lugar, en estos mares intentaré nadar buscando peces para
poder jugar.*

*Me abrazó esta vez el amor dando vida, miré esa estrella
que navega, grité al mundo, el destino buscaré para no irme
jamás.*

*El nudo de este nuevo amor no tiene precio, las montañas le-
janas nevando están, el viento ha de correr, una brisa de aire
caliente asoma, esta son copos congelados que vienen, corren
y se van.*

*El amor es mi andar, el dolor no sentir, caliente la pasión de
este verano que cubre la canción que he metido en un lugar.
Quisiera poderte decir, quisiera decirte que faltan caricias,
no he de reprimir, pero te contaré, que necesito un tiempo que*

pare, para que puedas mostrar.

Quisiera navegar, gritar y buscar, quisiera correr, saltar y jugar, pero más quisiera el desenlace contar.

Mi querido hijo

*Los vientos fuertes que al pensar solo abruman mis ojos,
Mis ojos con colores refulgentes se enciman allá en ese verde
árbol que al caer las hojas llorando estoy, con su cima alta
como el cielo azul, que lástima que el viento azota mi lindo
andar.*

*Tu sabes reír como llorar y cantar hacia la vida, canta
tu, hermosa será, canto yo, los vientos se irán, mis ojos de
abruman igual, solo podremos nadar así los vientos aullarán.*

*Deberé de escuchar el grito sagrado de mi hijo que saldrá,
y ahí ya casi, ya sabes mi querido hijo vendrá, con el rizo
rasará mi suave y ya querido andar que tu bella madre te
sabrás educar, cariño seguro tendrás y amor no faltará.*

*Cambiando direccionalmente ya esos vientos, y si eres
preciosa como tu madre o lindo como tu padre, pero al saber
que viene mi hijo o hija preciosa o precioso qué más puedo
redactar si todo ya es bienestar.*

Nardi, Romina Inés

Ahora

*Me intriga verte en tus espacios
en esos que no compartimos,
en tu trabajo,
en el colectivo,
en tus vidas pasadas.*

*Me inquieta saber quién fuiste
antes de estar conmigo,
qué hiciste,
quién te soñó,*

*quién cuidó tus sueños.
No sé cómo fue la vida
antes de conocernos,
de despertarnos juntos,
del beso de buenas noches.
Me duele no haber estado cerca
en tus peores momentos,
en los más terribles,
en los del silencio.
Disfruto ahora tenerte cerca,
en el abrazo y el consuelo,
a los gritos y en silencio.
Quiero ahora no perderte de vista,
protegerte, cuidarte,
velar tus noches y mirarte.
Me gusta saber que te cuento
en las buenas y en las malas,
en las risas y en los llantos,
en los negros y en los blancos.*

Uno/Oda a la Pachamama

*Nuestros ojos honran la vida, la pacha.
Azules los míos, como la profundidad de los mares.
Tuyos los marrones, como la fertilidad de las tierras.*

*Nuestras miradas honran el universo generoso.
Se despiertan al amanecer a disfrutar la salida del sol,
con el viento del mar agitado.
Exhaustas, más tarde, lo ven ponerse en las montañas,
sublimes, majestuosas, eternas.*

*Somos prisioneros del momento,
que nos invade, nos inunda.
Lo honramos perdiendo el rumbo,
desconociendo la hora y el cielo.*

*Como en un nirvana, nuestras mentes se aquietan, se callan.
Se anestesian el pensar, la decisión y la voluntad.*

*Nuestros cuerpos se enredan en danzas tribales, poseídos.
El deseo nos envuelve y nos atrapa.*

*No se distinguen las manos del abrazo, ni las piernas del
fuego.*

*Somos uno en el contacto, en la furia y en el grito.
Somos uno en el aliento, en el silencio y el compás.
Somos uno en el enredo, en la cintura y el estallido.*

Nessi, Anaía Clara

A un viejo amor

*Ya no estás conmigo.
Emerges en mi recuerdo, y mi alma te busca,
Llevando un río encendido que susurra tu nombre.*

*El sueño viene a mí,
Y grita desde lejos, como un ser destrozado:
“¡Quiero tu estampa, tu rostro extraño,
Quiero tu pelo, y deshojarlo con mis manos!”...*

*Te fuiste con la peor compañía.
Y si iba a perderte, hubiese preferido que fuera otra mujer,
O alguien que te hiciera feliz.*

¡Pero la insensible Parka te arrancó de mi lado!

Mi vida se detuvo cuando cerraste tus ojos,

*De mirar solitario, vivo... y nostálgico.
Yo sigo soñando...
Soñar tu estampa, tu rostro inmutable,
Soñar tu pelo, deshojado por mis manos...
Un sueño que es imposible es como un ideal marchito.
La vida entera se rompe y lleva el lodo por amigo.
Todo es maleza y cizaña. Todo es zarzal, vil oficio.
Y allá en la cumbre más alta
Está tu altar y está el mito.*

Núñez Videla, Manuel

Silenciando

*Tu silencio tiene aires de nobleza
y matices de alabastro enrojecido.*

*Tu silencio tiene vetas de tu nombre
y al nombrarlo me deshago en un suspiro.
Es que he hallado en tu silencio esplendoroso
la fragancia de las luces del ahora,
la corona de tulipas más buscada,
la caricia más paciente que demora.*

*Me sentencio a tu silencio más viscoso
y en él nado almidonado hasta tu ciencia,
que no es otra sino anclarme enamorado
y aguardando de tu voz la panacea.*

*Es un bálsamo de infiernos tu silencio,
es la lámina de plata del espejo;
es el dije del pendiente al cual envidia
por desear ya ser oído al susurrarte
un diluvio de palabras que te harían
olvidar que sos vos la que silencia
y, exigiéndome a los gritos mi presencia,
nos veríamos trenzados silenciando.*

Núñez, Alejandro

Háblame

*Escondido, incierto amor de mi vida;
no se quien eres y aún así siento que
te amo; y aquí estoy hoy, pensando en ti,
sin siquiera haberte encontrado.*

*Tan lejano, ¡pero únicamente mío!
Amor de mi vida, ¿eres tú? Puedo
Sentirte... tu sonrisa se dibuja en mis
labios; ¿cuánto habré de esperar ?
Pequeño amor de mi vida; tal vez ya
pasaste por mi lado, tal vez contigo he
caminado, tal vez de lejos me miras, o
tan solo te imagino, ¡háblame, amor de
mi vida!*

*Despiértame de este sueño; ¿qué puedo
hacer yo con este amor ? Qué puedo
hacer, sino dártelo. ¡Qué puedo hacer,
más que amarte! Aquí estoy,
esperándote, para abrazarte y ser uno
contigo; no estás, aún nada tengo y ya
eres todo para mí; simplemente te
busco... amor de mi vida.*

SUEÑOS

*Aquí estoy. Lejana vida, umbral de niebla, libre vuelo,
ánima mía. En aire puro que acaricia, estremece... busca
en velos tu mirada y aún recorre, entre dos mundos, paisajes
muertos del mañana. Resplandecen y me acechan figuras
vivas que ya no existen; ¡buscan verme en esta vida!
Ocultos tiempos en tonos grises. Me hablan, caminan, se
ríen... y en tormentos, furias y gritos; te llevan, te mezclas,
¡te pierdes! Paisaje quieto..., de oscuro tinte. Llantos que*

pintan en lágrimas cielos color esmeralda; risa de niños que fuimos, dulce amor, viva esperanza. Vuelves a estar en mis brazos, me confundes, te disuelves; vacíos sacos, pesadas piedras, penas que oprimen el alma. En vientos de arena blanca; transparencias de mi mente, sonrías y besas mis labios, sin tu cuerpo estás presente. Olvido de mis pasiones, tiranos recuerdos del tiempo..., caricias que bañan en agua, a mi vida llegas siempre. Puedo amarte en este mundo, aunque a lo lejos despierte; tomarte de la mano, volar entre las nubes, nacer en tu latido... Corazón pleno de amor... de dolor adormecido. En esta tierra, lejana y extraña, de profundas emociones, ¡me encuentro de nuevo contigo! Me devuelves los sentidos; mujer amor, no te he perdido. ¡Llenas de magia mis noches! Rincón de los sueños vivos.

Ombroni, Héctor Mario

RETORNO DE UN COMBATIENTE

*Quizás hoy me muestre como un hombre puro
como una piedra salvaje de hirientes aristas.*

*Quizás de un manotazo avente tus ilusiones
y llegues a comprender mi humano salvajismo,
una fiera con la que convivo.*

*Quizás hoy conozcas los universos que me pueblan
con mundos sublimes de esperanza
y horrorosos infiernos de espanto.*

Quizás hoy me muestre tal cual soy

*descubriendo mis secretos más guardados
arriesgando tu rechazo
Porque no puedo ocultarlos
Sin confesar que te amo.*

General Pico, 9 de noviembre de 1990.

Osztoics, Peter **Recuerdos**

*Cálida corriente de recuerdos fluye
dentro de mí, abrume mis sentidos,*

*Trae a mis ojos
la linda sonrisa de tus ojos,
la suave caída de tu cabello,
el brillo de tus labios.*

*Trae brisa a mi cara,
cuando las alas de mi planeador
se elevan sobre el Mar Negro.*

*Trae fragancias de mujer,
de flores tropicales,
olores de Navidades
y de la lluvia al atardecer.*

*Trae a mis oídos
el sonido del clarín de un barco
en el Mediterráneo.*

*A mi corazón trae la ebria emoción
de conocer el mundo,
lo diferente, lo desconocido.*

Trae el crepúsculo de verano,

*en mi traje favorito
camino hacia la playa, donde
tanto anhelo verte a Vos.*

*Trae la soledad feliz, que acaricia
mi mente, mi alma y mientras
espero en un camino solitario,
ellos, como pájaros, despegan.*

*Trae mil abrazos de mis amigos,
trae lágrimas de despedidas
en mis ojos por un momento.*

*Trae tu mano en mi mano,
qué más puedo pedir...
tengo todo para ser el Rey,
el Rey de mis recuerdos.*

Si campana suena

*Me gustan mis amigos del alma,
todas las muchachas de mi cuadra...
y cuando al despertar en una mañana
tocan la puerta, traen una carta.*

*La lluvia temprana en la madrugada,
el sol de primavera en la tardecita,
el trigo y la soja ante la cosecha
haciendo olas, casi infinitas.*

*Me gusta el silencio, la calma,
mi calle nevada, no escuchar nada,
sólo quizás Alman, un pastor alemán,
ladra sin cansar en la lejanía.*

*Me gusta ser niño entre ángeles,
susurros, la Navidad en casa,
cuando nos llama mi Madre querida,
sentir el aroma del pino y de la vela.
Me gustan los sábados,*

*si llegan señores a casa,
juegan la carta, cuentan anécdotas
a las carcajadas.*

*El humo del tabaco, perfume,
y el ritmo de un calipso,
que escapan lento desde el otro cuarto,
mis padres bailan en Año Nuevo.*

*Si campana suena en la escuela,
alegre la hora, vamos a la casa,
corremos para no perder nada,
jugamos hasta que ya basta.*

*Me gusta tanto-tanto ver el Danubio,
desde lo alto de un cerezo,
entre árboles, jardines, techos,
si fuera un río muy, pero muy lejos.*

*Me gusta en las noches,
oír tus pasos y las llaves,
saber que ya llegas,
que me abracés...*

*El olor de la ropa recién lavada,
poner mi pijama y soñar en la cama.*

Palacios, María Irene

Ser tu ser

*Maravillosamente te encontré reposado entre sonidos
acuosos*

Que desbordaban sobre salobres y rosáceas mejillas

Mientras el tiempo se aletargaba como un cúmulo de nubes

Que ennegrece un día invernal.

*Y así, entre el vaivén del viento, aun jugando, te reconocí,
Suave como el capullo de algodón que se mece en tu barbilla,
Como aquel robusto hombre, con alma de tibio niño
Cuan dulzura embriaga mis besos,
Y me calma, calma silenciosa de tempestuosas tormentas,*

*Acaeciendo lentamente entre una marejada de aguas
dormidas*

Que me abrazan inundando todo mi ser...

Pequeño, palidecido...pero aún vivo...

Tus delgados ojos se van desvaneciendo,

*Y tu voz, intangible, se retira angulosa y seca, casia agria...
tal vez,*

*Tal vez es el acaecer que se ha posado sobre las cuencas
milenas de mis ojos*

*¿Acaso el apelmazado hálito invernal se ha recostado a
vuestro lado?*

*Aun cuando rancios vacíos como torrentes se yerguen sobre
la piel...*

Amedrentada de besos agrietados y empolvados de vejez.

Ya no llueve entre mis ojos, tan solo titilan incesantes,

*Queriendo ahogarte en ellos, cuan último trino de apócopes
vencidos*

*Mientras me hundo, frágil, dejando posar aquellos montes
nevados*

Y el vespertino torso ante aquel maduro roble, aun niño...

Peña, Gladys Emilse

Por la tarde

*Sobrevuelo el silencio.
El último sol de la tarde
arroja brasas a la mirada
y yo, vida mía...
me aquieto para respirar este aire
que me pertenece tramo a tramo.
Inhalo... soy lago y velero
buscando puerto firme.
Soy bahía y muelle
buscando sendero. Y llego:
Esta es mi casa, abiertas las ventanas,
cerrados los cajones
donde se guardan penas,
tendida la mesa
donde se sirve vino,
y atentos los oídos
donde se abraza con la palabra.
Hay un jardín, hay pasto fresco,
hay frutales como palmas,
y, por los costados, en puertas y cercos,
perfumadas maderas y lavandas.
Me acerco, vida mía,
te observo con deseos de tocarte,
quiero deslizar mis dedos por la piel
de tanto cielo,
quiero beber el torrente de tu suelo
y me detengo.
Me envuelve este tibio aire de retama.
Me embriaga esta dulce quietud: mi casa.
Soy parte de este arte
y doy gracias.*

Vertiginoso

*Borracha de estrellas y mareada de luna,
te sueño perdido en este manto de tierra.
Se estiran mis piernas, crecidas mis vértebras,
se extienden como víboras
mis espinales tientos.
Me deslizo, te busco,
me desplazo entre la hierba
y te huelo:
perfumado de cielo te presiento.
Devoro tu cuerpo... trozo a trozo.
Me recorre por dentro tu lluvia fresca
y en remolino lento
me elevo, te transporto...
Somos viento.*

Pereyra Herraiz, Victoria María

Ritos

*Cuando nuestra franqueza,
no sea más que un manojo de aire,
unos flecos a la salida de un sueño,
una gota de chaparrón sin dueño,
y la luna, un farol desgarrado y en aprietos.*

*Cuando se canse de mí la espera
y se plante en la esquina el deseo
soltaré la mirada al cielo,
cerraré los puños, por si acaso.
Cruzaré mis brazos, repasaré esta historia,
levantaré mis hombros y no dirán nada.*

*Pero antes de guardar mis manos y mi verdad,
antes de cruzar mis piernas,
antes de cambiar de boca y de lunar,*

*sabrás que este bobo corazón de muchacha
también tiene sus ritos y sus ñañas.*

Impredecible
Ese brote de esperanza

*la calidez de tu sonrisa
las pecas de mis mañas
una mueca en tu mirada
la promesa inevitable
las uvas de un te quiero
la necesidad de colarnos
la virtud del destino
el furgón del pensamiento
el cielo, las estrellas
el pan y el vino,
la noche plasmada.*

*La claridad que asoma
la plaza,
una palabra de rocío,
el miedo es un duende entre las plantas,
el sol y sus ofrendas
la nube y el agua
la mariposa como un volado
levanta la mañana
mi historia quieta,
una hoja sin brisa
una semilla sin prisa
y el amor
ese milagro impredecible.*

Pérez, Miriam Liberata

*Despertar
Hoy al despertar
vi tu rostro apoyado
en la almohada.
Como un niño dibujando
una sonrisa.
Siento tus brazos en mis hombros,
como si el tiempo no hubiera transcurrido.
Han pasado los años, treinta, cuarenta años.*

*Aun estamos aquí
con dulces recuerdos del pasado
de una vida larga, de lágrimas
y sonrisas, de acontecimientos felices...
Al ver nacer a nuestros hijos y nietos
que transformaron nuestros días,
que nos hicieron sólidos
y día a día luchamos
por un mañana mejor.
Todo el pasaje de esta vida
es maravilloso.
Hoy, vivo en plenitud
hoy, puedo entender la vida.
Solo una cosa es segura
gracias a ti, amor, por estar presente,
por tenerte a mi lado,
tú me arrastras a juventudes pasadas*

¡Amor! En mi recuerdo.

*Te recuerdo a cada instante
Silenciosamente contemplaba el río,
mi mente divagaba al recordarte.
¡No puedo olvidarte! Mi amor.
Sigues ahí en un recóndito
rincón de mi alma.
Pasan horas... días y estoy aquí
esperando.
Siento el melancólico silbido
de un pájaro, que me acompaña
percibiendo mi dolor.
Parecía comprender lo que me estaba pasando
el fuego me quema el pecho,
Mis lágrimas como un torrente
se escurren en la arena;
Mi cuerpo tiembla, mi corazón se estremece
de dolor... y el silencio sigue...
Estoy, como perdido en el mundo,
Contemplo las estrellas y anhelo encontrarte,*

*creo enloquecer por un instante
Al ver tu imagen en mi mente,
recobro la razón y miro al cielo
Y veo las estrellas titilantes y la luna
itan radiante! Como acercándose
A mí, por un instante...
Como un reflejo de plata
alumbrando la noche.
Y sigo ahí...siempre esperando...
Anhelo tu llegada, te veo en todas partes
siento tu perfume flotando en el aire,
alucino al pronunciar tu nombre
y enloquezco de pasión a cada instante. ¡Amor!*

Ramírez, María de las Nieves

Ven, bésame

*Ven, acércate,
no tengas miedo,
dame ese beso que tanto deseo,
quiero que seas tú
el que me lo de primero.*

*Busca mis labios,
siente mi cuerpo,
mi corazón te llama,
mi voz te aclama,
y ahora que te veo,
impaciente por verme,
si te tengo a mi lado
no pienso detenerte.*

*Escucha la melodía,
que suena despacio, y
a cupido invoco para el flechazo,*

*siento que es el día
de los enamorados,
aquí estuve siempre esperando.*

*Hoy tu presencia me ha marcado,
dame ese beso que tanto he soñado,
Bésame fuerte, bésame despacio.*

*El fantasma y un vals
Mirando hacia el horizonte,
con mi copa de champagne, veo
una luz aproximarse a mi lugar.*

*Sentada estoy, con mi soledad
en mis espaldas,
escuchando unos vals,
vales vieneses de Straus.*

*Una brisa suave y fría
siento pasar,
luego me encuentro bailando,
ya no estoy sola en este lugar.*

*Bailando varias piezas,
trato de divisar,
luego esa luz se aleja
y yo otra vez sentada,
sola con mi soledad.*

*Miro por la ventana,
ya está amaneciendo
me pregunto si volverá,
por otra noche y
otro vals.*

Reyes, María del Carmen
Paraíso Perdido

*Tu danza ingrávida es un fiel delirio
en el recinto acuoso de mi vientre.
Déjame que te invente y que concentre
en ti, la pura candidez del lirio.*

*Pero es tu ausencia impávido martirio,
no concibo que tu alma no me encentre,
ni logro que tu lumbre se me adentre.
Se apaga mi esperanza como un cirio...*

*Mi anhelo, flor nocturna inexistente,
en este nuevo día se destruye.
Mi quimera sucumbe mansamente.*

*Ya la ilusión el desencanto intuye.
y se inmola mi sueño, que, silente,
en un hilo de sangre se diluye.*

Plenitud

*Me enciendes la mirada, mi pálido destino,
con nuevas ilusiones, avivas cada día.
Mis sueños desvaídos recobran fantasía
y danzan en mi mente con giros de molino.*

*Me acostumbé a tu sombra fundiéndose en la mía.
Mi sangre se alborota, fiel colmena encendida,
crepitando, fogosa, de pasión contenida
guardando el momento de libar tu ambrosía.*

*Y en la callada tregua que impone la alborada,
se apagan los rubores y se adormece el alma.
Trasnochados deseos se esfuman en la calma
y mis sábanas huelen a fruta sazónada.*

Robledo Martínez , Juan Esteban

Amor discreto

Es aquel en que el anónimo es su gran fortaleza para que no sea mancillado.

Es aquel en que el saber de su presencia nos da el deseo para seguir viviendo con placidez.

Es aquel que con el mirar nos dice que hay un sentimiento verdaderamente de lealtad.

Es aquel que se siente mutuamente sin deletrear una palabra de cuatro letras que se descifra con su palpitar.
Es aquel en que no olvidamos la última frase de despedida, para seguir alimentado por el entendimiento.

Es aquel en que el confidente es el mismo yo, para que sea como una ecuación incógnita.

Es aquel que perdura para siempre porque tiene el lenguaje de la discreción.

Pecas

Naciste, como todos los humanos del género animal, mamífera por naturaleza divina.

Tu condición felina se ensañaba en respetar tu territorio de morada, ante tus homónimos félicos.

En las noches de juerga sabática fuiste la recepción de mi llegar embriagado con tu sobajar saludo.

Fuiste el centro de las tertulias sin musitar una palabra, tu único lenguaje fue la presencia sociable y discreta.

En tus partos buscabas el acompañamiento del humano, por que fuiste un ser de un intelecto de sentimientos.

Naciste bajo el signo cáncer sin pensar que un cáncer acabaría con el brillo tierno y tímido de tus ojos.

*Juan Esteban comparte sus bellas obras desde COLOMBIA
– Gracias*

Rodríguez, Alejandro Javier

Pulmones llenos

*Que otros canten las bondades de tu edad
yo le canto a la pasión de tus manos
la sabiduría metafísica de tus labios
y ese femenino ritmo de conversar.
Como una reina de porcelana
eres a la vez fuerte, madre y soberana
pero dulce y delicada cuando
sólo vos lo deseáis mostrar.
Antes que señora sos una mujer
y mientras tus pulmones tengan aire
puedo llenarlos de gemidos.
Callemos ahora y dejémonos ser.
Más de una vez el sol nos despertará tarde
para sentirnos nuevamente amanecidos.*

Noblesse

*Susurra, soberana de mis sueños
Susurra en mi oído nuestra canción
La tarde ha caído por la ventana
Y sobre ella un ángel nos retrató.
Te ha pintado sin cetro ni corona
Tan sólo puso en tu pelo una flor
Que resiste al placer de nuestros cuerpos
Jugando a los amantes, y al amor.
Brilla en tus ojos nobleza sincera
Y tu rostro tiñe suave color
Si mi boca besa, busca y encuentra
Las palabras que necesitas hoy,
Porque no sabemos sobre el mañana
Y del ayer nos queda su belleza.
Dueños totales de nuestros destinos,
Y ojalá pueda darte más respuestas,
Pues así crearemos juntos un reino
Que en nuestras almas no desaparezca.
Solo quiero despertar a tu lado
Y decirte "buenos días, princesa".*

Rossignol, Julia Marta

Pasa el tiempo

*Cuando llega la noche
y te encuentras lejos,
cuando llega la noche
y tu amor no siento
recorro a ese cofre
infinito, inmenso,
que tiene encerrados
amados recuerdos.*

*Cuando llega la noche
y te encuentras lejos
y sé de tu esfuerzo
por todo lo nuestro,
recorro a ese cofre
bendito y eterno
que tiene guardados
tan dulces recuerdos.*

*Revivo las horas
que ayer fueron nuestras,
la playa, las olas,
los chicos, la arena.
Te veo con ellos
jugando y corriendo
y siento tus manos
y siento tus besos.*

*Son tantos los años,
infinito el tiempo
que vivimos juntos
amando y creciendo,
que no habrá distancia
que el amor silencie
quedarán las huellas
vivirá el recuerdo.*

Llegaron ellos

Otro niño ha llegado a mis brazos
Los hijos de los hijos han llegado
Y el amor que conmueve y paraliza
El amor que emociona
Y que me impulsa
El amor que pretende que mis fuerzas
Vuelvan a tener aquella fuerza
Y, sí... puedo... puedo reír y cantar
Puedo saltar y jugar
Puedo crecer y subir y bajar
Puedo... ¡y, sí, otra vez puedo!!
Porque llegaron ellos
Y han renovado el fuego de la vida
La sangre perpetuada en la semilla
La eternidad concebida.

Sánchez Liranzo, Enrique Antonio

La niñez

Son los niños la esperanza,
El porvenir y el mañana:
Es la niñez la esperanza
De toda la humanidad:
Por tanto, a todos los niños
Enseñémosles a amar.

Un amor,
Una sonrisa,
Una ternura
Una esperanza de paz,
Por toda la humanidad.

No defraudemos la niñez,
De ella se surte el mundo;
Hablémosle de paz y amor,
Hablémosle de ternura,
De cariño y

Comprensión.

*Que sean todos los niños
La esperanza y el amor,
Como los son todos ellos,
Para la humanidad
Lo mejor.*

Poeta

*Todo poeta que escribe
Lo hace con sentimiento,
Con amor y valentía
Por la mujer que es su guía.*

*La mujer que le atormenta,
Por el color de su piel,
Y su cariño tan fiel
Le halagan todos los días.*

*Y se vive enamorado
De la negra que da vida,
La que le llega hasta el alma
Por el amor que le da,*

*Que el hombre no sabe ná,
Cuando ve esa mujer,
Que es la mujer de su vida,
La de su cariño fiel.*

Santillán, Miriam Gabriela

Luna Llena

*He grabado cada ciclo de la luna en mi cuerpo
ya no debes hablarle a ella
ni buscarla en el firmamento,
están en mi reverso,
recórrelas...
con tus manos
con tus labios
bebe el agua de cada uno de sus cráteres*

*sacia tu sed de ensueños postergados
sosiega el brío de tus garras
asfixia la erupción de tu lava
acalla tus suspiros
que claman como animal salvaje
en luna llena
buscando su presa
llorando las penas.
Resplandece la luna en el cielo.
En mi cuerpo chispea.
Está rebosada
y
te espera*

En las cuatro estaciones

Dejare un espacio en mi nido.

Encenderé tu hoguera.

Te cobijare en mis brazos... con mis labios.

*De a poquito...despacito...te quitare el frío
que deja el sol cuando en invierno
de vagabundeo se va.
Cuando llegue el otoño...existiré en la brisa
que como hojuela te eleve... y te ayude a remontar.*

Seré el colorido de tu calle.

*Jugaremos a contar cuantas hojas y colores
en la acera hay.*

*Con sus mezclas... haremos melodías
en la alfombra de hojarascas al pisar.*

*Al llegar la primavera
golpear tu ventana...me escucharás.*

*Me convertiré... en el dulce canto de las aves
que codicias escuchar.*

Seré la fruta madura que quieres saborear.

*Floreceré...en el aroma de la glicina
la de tu color preferido... con el que sueñas despertar.*

*Si tú me dejas, preexistiré en las cuatro estaciones
donde tú... puedas reposar.*

*Solo...tiéntate en mis brazos... en mis labios y... en mi
cuerpo,
en los distintos conciertos... que, a tu beneficio...darán.*

*Sí...lo sé...no te arrepentirás...en las cuatro estaciones
en mis brazos...florecearás.*

Simionato, Sergio

¡¡Tierra!!

*Brazada y brazada, sus manos remando, buscando el final...
Sirena morena, conquista las olas, domina ese mar.
¡¡Tierra!! Gritó sobre arena, de Colón primera, en su
conquistar.
Como una quimera, más que una utopía, semanas atrás...*

*¡¡Tierra!! Con voz estruendosa, buscando una cosa...
buscando animar
Sonrió satisfecha, la india más bella logrando llegar...
¡¡Tierra!! Añorada tierra, conquista la costa, con su dulce
andar.
Olvida el dolor, no hay miedo, no hay dudas y no existe el
penar.*

*¡¡Tierra!! Tan ansiada, tan buscada, y sin embargo, tan
fugaz.
No hay agua que apague su fuego sagrado, su efímero paso,
su avance tenaz.
Gentío la espera, le ofrece tributo, la vuelve a admirar.
No importa la grilla, ni puesto, ni premio... importa su
paz...*

¡¡Tierra!! Se erige, saluda, se abraza, sonrío y se anima a besar.

*No busca la gloria, no busca otra cosa que no sea nadar
Exhibe su estirpe, no copia, no imita, no es una más.*

¡¡Tierra!! Roza el agua, ¿tiene alas? ¿o se ha de deslizar?

¡¡Tierra!! Navega sin reglas, confunde Las Indias con su eterna pasión.

¡¡Tierras!! Conquista mis tierras, clava su bandera...En mi Corazón...

Somer, Antonio Enrique

Poema para mi chacra

*Tengo esta noche
una garúa de luz de las estrellas
para mis pensamientos y mi senda.*

*Ha caído la luna
sobre las paredes encaladas de mi casa
y la ventana.*

*Es bueno estar feliz.
Tener un techo y la mujer amada;*

*y el silencio dormido,
estacionado en la quietud de los ramajes;
y la comba del cielo iluminada.*

*Tener todo el silencio
para el pensar exacto y la palabra;*

*y todo el horizonte
para empapar de lejanías la mirada;*

*y todo el cielo
fragmentado en las charcas.*

*¡Cómo no ser feliz...! Tengo en el pecho
el vuelo rebalsado de las águilas;*

*y la quietud de las cuchillas
como el velero, el mar, para sus ansias;*

*y la tierra vital, entre mis dedos,
cuando me hincó en el surco a acariciarla.*

*Esta tierra grietosa es toda mía
como el sudor de mi frente y de mis palmas;*

*soy un hijo de su entraña honda
como los espinillos y los talas.*

*Soy feliz aquí. Me siento bueno.
Tengo un canto de amor para mi chacra.*

Laguna y estrellas

*La luna vuelca su manto,
hecho de ceniza y plata,
sobre la quietud del campo
y en el silencio del agua.*

*Esta noche de verano,
al resplandor de la luna,
lejanas constelaciones
aprisionó la laguna.*

*Para mi asombro, en el agua,
juguetean las estrellas,
se zambullen y titilan
como collares de perlas.*

*Con toda la luz que irradian
las estrellas atrapadas,
ha aparecido en el monte
la laguna iluminada.*

*Entre talas y espinillos,
con tanta noche encerrada,
se ha producido el milagro
de las estrellas y el agua.*

Stern Comas, Erick
Amar es comenzar a vivir

*Movida al llanto por tanto reír
Así es que quiero verte, cintura
Dándole rienda suelta a la locura
De soñar sin tener que ir a dormir.*

*Preso por siempre, tendré que decir
Que lo más bello de toda esta anchura
Lo sabe quien ama conlocura
Porque amar es comenzar a vivir.*

*Cuida bien de tu corazón sincero
Entregándolo sin miedo al destierro
Porque dicha y dolor son pasajeros.*

*Y que no te detenga lo ocurrido
Que peor que el error es el encierro
Más triste que la muerte es el olvido.*

Tobar, Ezequiel

Y tú llegaste

Y tú llegaste.

Te espere durante nueve meses.

Nueve meses llenos de amor.

Nacerías de la mujer que amaba.

Te aguarde con ansias.

Deseando tenerte en mis brazos.

Abrazarte y amarte.

Te quise desde el primer momento.

Te amé desde que comenzaste a vivir.

Desde que dentro de aquel vientre,

tu corazoncito empezó a latir.

Y ahora que estas durmiendo,

en brazos de tu madre,

siento que lo tengo todo.

Que la felicidad ya me rodea.

Prometo cuidarte, quererte

y por sobre todo enseñarte,

aunque probablemente aprenda yo de ti.

Hijo mío, te amo.

Descansa tranquilo, que mañana

Ya va a haber tiempo de vivir.

Nos divertiremos, jugaremos,

Y juntos como familia, aprenderemos a crecer.

Ten por seguro que no soltaré tu mano.

Siempre te apoyaré, siempre estaré.

Porque soy tu padre y tú mi hijo.

Trimarchi, Hernán
Cosmogonía

*La distancia ocupa los espacios
del que hablaron las letras de los hombres
y que la historia sepultó con el silencio.*

*Los misterios sacuden a los vientos
con preguntas y argumentos más que inciertos.
Olvidamos las mejores verdades
y perpetuamos aforismos convenidos.*

*Y somos capaces también de tornar el silencio en melodía
y brotar del espacio el símbolo y la palabra
y los números que evocan eternidad.*

*Porque el punto aglomera las distancias
hasta ahogar sin más a los olvidos.
La vida es el espejo de tu amor que se aletea.*

Ojos sin rostro

*Los segundos, que no existen
ni jamás existirán,
avanzan implacables en la nada.*

*Los movimientos,
por razones que ignoro,
hoy son patrimonio de los tiempos.*

*La velocidad de los hechos
es tan alta que conspira
contra la ley nunca vejada.*

Sólo el espacio falta a la cita.

Consentimiento o traición.

Eso no cuenta.

*La fugacidad, en los relojes,
absorbió para siempre
la carne de tu cuerpo.*

*La armonía de tus curvas
flota sólo en tus ojos
suspendidos en el éter.*

*El tiempo es ahora del olvido.
Tus ojos ya tomaron mi mirada
sometiendo mi destino.*

*Tuffo, Adriana
El amor*

*No te quiero porque sos vos
Con tus manos, tus ojos y tu boca muda,
Te quiero porque sos con quien se encienden
Mis ganas de seguir
Viva*

Amante.

*No es sólo amor
Es eso y mucho más,
Algunos días, mucho menos.*

*Leviano amor,
Casi una pluma*

O pesado como un piano.

*Está dentro de nuestros corazones
Empapados.*

*Somos, algunos días,
Sólo amor*

Amantes desolados bajo una lluvia torrencial.

Un clavelito rojo

Mi niño

Me ofrece su corazón de néctar.

Lleva unas pocas monedas (sólo seis años),

Comprará una golosina,

Pero elige la ternura.

El niño trae el amor (sola, vos me trajiste el amor)

En un clavelito falso.

Me guardo la mirada

De tus ojos intensos cuando miras tan hondo.

El niño tiene una semilla en el corazón

*Que ha germinado. (No toques las espigas,
no salgas a enfrentar los jinetes del odio).*

El niño

Y el dolor que no cesa.

Adoro la sonrisa

De tu cara cuando te ves feliz.

Llega solo,

Sus manos pequeñas me regalan una flor

De pétalos encarnados, de material etéreo,

Y aroma esquivo.

La falsificación de esa flor

No es otra cosa que puro amor.

Valentín Farfán

Ando buscando

Ando buscando calmar con ternura toda tu alma,

quiero ser primavera y verano en tu corazón,

te invito a soñar, a despertar por una razón,

a sentir en mi abrazo el sentimiento que todo lo calma.

Quiero regalarte la fuerza de mi esperanza,

quiero encontrarte una tarde pensando en mí,

tantas cosas siento contigo, quiero contarle al mundo de ti,

quiero ser la luna que te besa de noche

y el sol que de día te abraza.

Tengo el comprobante de mis sueños,

*donde dice que tú me haces soñar.
Ando buscando calmar con mi amor toda tu alma,
siente en mi abrazo ese sentimiento que todo lo calma,
quiero enseñarte mis ganas de hacerte suspirar.
Ando buscando encender el fuego de tu mirada
y hablarte del sentimiento llamado amor,
quiero ser la anestesia de todo tu dolor,
ser también el sueño que le cuentas a tu almohada.
Ando buscando estremecer tu cuerpo con mis besos,
despertaste el sentimiento llamado amor dentro de mí,
te ando buscando, dame tu mano, ven a mis brazos,
toda la ternura que hay mi corazón es para ti.*

Mis pedacitos de infinidad

*Sus miradas brillan al verme llegar,
con tres palabras enamoran mi corazón,
tienen la fuerza que impulsa mi razón,
ustedes son mi motivo para suspirar.
Mis pedacitos de infinidad,
sus existencias llenan de luz mi vida,
tienen un abrazo en cada sonrisa,
mi amor por ustedes va más allá de la inmensidad.
Si supieran que si no los tengo me muero,
son el aire que día a día respiro,
no me cansaría de decirles que son el amor mío,
Hijos queridos, esto que siento será eterno.
Así quiero contarles lo que por ustedes siento,
no sé hacer otra cosa más que amarlos,
cuando estoy lejos solo pienso en abrazarlos,
mis pequeñitos, mis amores;
son la esencia de mi sentimiento.
Son mi luz y mi cielo, son mi luna en la oscuridad,
me sonrío el corazón cuando dicen: “¡quiero ir contigo!”.
Le doy gracias a Dios por darme la bendición
de tenerlos conmigo. Yamil y Samira,
siempre serán mis pedacitos de infinidad.*

Vivas de Fabro, Mabel Nélide

Nochebuena

*Evocamos un cielo saturado de estrellas,
una luz cruza el firmamento,
llegaentre rugosas montañas
dejando a su paso chispas de espejos rotos.*

*Allí, en un humilde pesebre,
está lo más bello, lo más sublime:
Está DIOS.*

*El eco de sonoros clarines, sinfonía de grillos
Y miles de luciérnagas con luz intermitente
saludan a nuestro creador.*

*Noche buena, evocación solamente;
todo lo sublime y santo se fue muy lejos.
Es como si una mano tronchó algo
Todo es codicia, lujo, incomprensión,
de la humanidad que DIOS trajo nada queda.
Todo lo bello de la sencillez no existe
¿Dónde se fue?*

*Noche buena: hacé que todo vuelva
como aquel lejano día.*

Madre

*Eres el cofre de todas las virtudes,
la corola del tiempo va deshojando los años
y en cada uno deja el perfume de lo bello aprendido.*

*Tu regazo fue canto y cuna
Y allí la dicha hallé.*

*Madre, tu corazón da
a borbotones el sol de cada mañana,
tu mirada es como palomas en silencio,*

*En el cántaro de tu dulzura
yo aprendí a andar la vida*

*Desgrano en mis pensamientos
y veo tus manos como mariposas
que derraman amores.*

*Eres una lumbre encendida,
eres el alma y la alegría,
y en la caja del silencio guardas
la fatiga de tus años...*

Vranjican, Beatriz
Me gustaría que sepas

*Me gustaría que sepas
que cuento las estrellas con mis dedos
No preguntes jamás en qué momento
me olvido de las noches y los días
Me dejo estar en el jardín, vacía,
y toda la belleza es casi mía
y todo el infinito es casi nuestro
Tal vez no puedas comprender
si es desvarío o soledad o pena
o la locura audaz del descontento
Pero es en ese instante cuando vivo
cuando no me hace falta nada más que esto
Un poco de aire fresco,
un cielo azul oscuro interminable
y una luna perdida en el paisaje
Me gustaría que sepas
que cuento las estrellas con mis dedos
Cuando me ves perdida*

*cuando me ves distante
Y es que sólo así puedo cruzarme
con las almas que van a la deriva
Y puedo percibir todos los besos
apretujados y en paz en mi mejilla
Como la brisa, indomable y etérea
voy y vengo aunque parezca quieta
¡Y Dios está tan cerca e inmutable!
Que el cielo deja de ser, por un instante,
ese espacio de luz inalcanzable.*

Wenzel, María Teresa
En la búsqueda del Amor

*Partí en silencio, en la mañana,
en busca del amor con las palabras
y encontré en la naturaleza sabia,
los secretos que la vida revelaba:
Son las colinas y las montañas elevadas,
el rugido del mar fuerte e intenso,
el sol que alumbra y anima toda vida,
la lluvia que refresca y da el aliento.
Son los bosques profundos y oscurecidos,
los glaciares que se ven desde muy lejos,
las selvas vírgenes y los volcanes adormecidos,
las arenas candentes en los desiertos.
Son parte de la vida y de los sueños:
Las caricias y los verdaderos sentimientos,
la paz, el amor y la esperanza,
del pasado, del presente y del mañana.
Son los amores y las añoranzas,
la gracia de despertar cada alborada,*

*con el encanto de la vida que nos llama.
Hallé el amor depositado en las palabras,
en una nota que encontré esta mañana,
en la puerta entreabierta de la casa,
donde estaban escritas estas palabras:
Te amo...*

Con el amor en la mirada

*Hoy tu mirada de amor me acaricia,
como las nubes blancas al celestial cielo.
Volar es un sueño
que, dejándose llevar por el viento,
en todo el transitar del movimiento,
el campo verde contempla desde lejos;
mientras el sol brilla en las alturas
donde impera el firmamento.
Tu presencia, invisible como el tiempo,
permite que pierda la mirada,
más allá de los círculos concéntricos,
donde el cóndor despliega su hermosura.
Como bajan las sombras de las nubes,
para espejarse en las cristalinas aguas,
llegaré con mi amor en la mirada,
para que descubras el cielo de mi alma...
Al despertar del sueño,
me sentirás pasar como la brisa,
que acaricia, con amor, tu mirada...*



Cuentos



Acuña, Clara Noemí

Un largo cuento

Hoy voy a narrar un largo cuento, que, aunque breve, tal vez será el cuento más largo creado sobre algo que circula siempre por el mundo, porque pienso que no hay otro relato que pueda tener en su nivel de conocimiento global tal inclusión íntima, tal magnitud de sentimiento, tal repercusión multilateral, tal expansión mundial y alcance interplanetario como este elemento del que, hoy, se trata el cuento que quiero contar.

Algunos podrán pensar que no se trata de un elemento, pero es que en realidad, no sé bien cómo denominarlo, porque no es un objeto, no es una canción, no es un ente, por lo tanto no sé cómo llamarlo definitivamente, por eso lo llamo elemento, porque es, para mi modo de ver, un componente más del maravilloso sistema de vida universal que todos compartimos, y para que ustedes, después que sepan de qué se trata, saquen sus propias deducciones.

Es algo totalmente inseguro cuando recién comienza el ataque, pero te hace sentir la persona más segura del mundo al poco tiempo de practicarlo.

Te hace ver que todas las cosas que existen son horribles y desagradables comparadas con él, pero después que lo piensas, te las cambia en segundos y te las hace ver como si fueran hermosísimas flores de un ramo prodigioso, elegido como para una reina.

También, y todas estas percepciones anteriores van sucediendo al mismo tiempo, te hace descreído e indiferente a todo y de todo lo conocido hasta ese día, pero a la vez, llegas a la conclusión de que nada puede ser mejor que lo que tenés al alcance de la mano y lo que te está sucediendo a partir de tu descreimiento anterior.

Te hace sentir único, poderoso, lleno de vitalidad y empuje, pero, también te sumerge en un negro pozo de crueles dudas donde cada persona que encontrás a tu paso siempre es y será mejor que tú.

Tiene la virtud de trastocar todos los horarios de tu día a día, hacerte meter la pata, faltar a tus obligaciones y desvirtuarte por una pavada que no te servirá nunca en absoluto, pero después, cuando lo pensás de nuevo y lo revivís íntegro en tu fuero interno, te vuelve el alma al cuerpo y respirás aliviado, aunque ya nada de eso que hiciste mal tenga arreglo nunca más.

Es algo que padecen todos los seres humanos, de una forma o de otra, porque tiene millones de maneras de infiltrarse en las almas, pero nadie deja de tenerlo en algún momento extrínseco o intrínseco de su vida, yo hasta he llegado a creer que algunos otros seres vivos como los animales, principalmente los caballos, los perros y los gatos también lo sufren, no así las plantas, porque no son animadas como nosotros y los otros animales, a pesar de ser también seres vivos.

En fin, que si no lo padeces no vives, y si no vives ya sabemos lo que pasa: caput, es porque estás muerto.

Ahora me gustaría que te tranquilizaras, te pusieras a pensar con claridad y trataras de llegar al meollo de este cuento. Te acercaré algunas otras características más significativas para que te sirvan de ayuda.

Es tan viejo como la humanidad misma.

Te hace sentir olor a perfume, aunque estés oliendo... bueno, ya sabes.

Te deja esperando horas de horas, perdida tu alma en una nebulosa estúpida que no sabes bien de qué

se trata y, cuando reaccionas, ya pasó. Ya se fue, hasta el día en que te atrapa de nuevo.

Nunca tuvo explicación coherente ni la tendrá jamás, porque no existe al mismo nivel en cada alma, siempre es diferente, a veces sublime, a veces desesperante, a veces, incomprensible. Por lo tanto, mientras sucede y te atrapa, no tiene explicación. Entonces, a ver, ¿todavía no te diste cuenta de que estoy hablando del AMOR?

Alanis, Roberto Ignacio **CORAZÓN PARTIDO**

La joven mujer se notaba impaciente en la fila de personas que esperaban un taxi en la parada. Vestía pantalón y saco de color beige y unos zapatos de tacos muy finos y altos de color negro. Su pelo castaño natural estaba bien peinado y recogido en un simple rodete, y de su hombro izquierdo colgaba una finísima cartera de cuero haciendo juego. Volvió a mirar su reloj de muñeca por décima vez y dedicó una sonrisa a la señora frente a ella. Una sonrisa fresca y natural, como la que tiene cualquier chica de veinticuatro años, independizada, que trabaja y estudia al mismo tiempo. Llegó un taxi batiéndose en duelo con el tránsito y estacionó grotescamente. Una pareja que aguardaba al principio de la fila lo abordó presurosa. El auto partió rápidamente, sumergiéndose en la marea de coches que circulaban por la avenida. Todos los presentes estiraron sus cuellos para ver si se aproximaba algún otro taxi. Pero no. La cantidad de vehículos que circulaban por la calle no era menor que la cantidad de gente que transitaba por la vereda. Fue allí que aquel hombre se le acercó de pronto. Era de mediana estatura, algo gordo. Vestía zapatillas negras, jeans y campera azul tejida a mano. Su cabello era cano y corto, y estaba bien peinado. Su rostro avejentado mostraba a alguien de más edad, que los cincuenta y tantos que tenía.

- Tini... ¿eres tú? —preguntó a la joven de traje beige, que esperaba impaciente.

- ¿Perdón? Creo que me confunde... -contestó ella.

- Soy yo... ¿Me recuerdas? ¡Victor! —aclaró el hombre con una sonrisa en su rostro.

- Señor, no lo conozco. Creo que me confunde con...

- Dime que no me has olvidado. Hace tiempo que te busco... -dijo algo triste.

- ¡Señor, me está molestando! ¡Ya le dije que no lo conozco! -contestó elevando el tono. La gente se acercó más a ellos, por curiosidad.

- ¡Tini, yo no te abandoné! ¡Me enviaron a la guerra! ¡Estuve herido, perdido y me costó mucho recuperarme! —explicaba apresurado, ahogándose con las palabras. La joven extrajo del bolsillo de su saco el celular y mostrándolo, amenazó:

- ¡Llamaré a la policía si no deja de molestarme!- No hizo falta, un agente que caminaba la cuadra se acercó a ellos, abriéndose paso entre el gentío.

- ¿Qué pasa aquí, señores? —preguntó el uniformado. La palabra "POLICIA", en blanco, se destacaba en su chaleco azul oscuro.

- ¡Este señor me está confundiendo! —gritó ella, ruborizada de los nervios.

- ¡Pero Tini, no me hagas esto, sabes que te amo! ¡Siempre te amé! —decía el hombre con mucha tristeza en su rostro. El policía puso la mano en el pecho del sujeto y lo empezó a llevar hacia atrás, alejándolo de la joven.
- ¡Aléjese o deberé llevarlo detenido! —ordenó. Ella temblaba de los nervios. Pero el hombre retiró la mano del agente y volvió a acercarse, a la vez que le decía:
- ¡Tini, no me hagas esto! ¡Te amo Tini y lo sabes!- El policía hábilmente dobló el brazo del hombre a sus espaldas y lo hizo arrodillar. Sacó las esposas de su cinturón y se las colocó. Todo el mundo estaba alterado y murmurando. Un taxi se detuvo y fue abordado por alguien que ni siquiera estaba en la fila.
- Tini... Tini... - decía entre sollozos, el hombre hincado en la acera. El policía, un tanto perspicaz, le ordenó a la joven mujer:
- Señorita, déjeme ver sus documentos por favor. —Y acto seguido, presionó el pulsador del “Handy” colgado en su chaleco y pidió:
- Central... 20-16, central... Necesito un móvil en “Malena al 625”. Cambio...- La joven buscó dentro de su bolso la billetera, para extraer sus documentos, al momento en que el hombre llorando le decía:
- Mira mi cuello,Tini... Aún conservo el medio corazón que me diste, porque aún te amo.- La joven lo miraba en silencio y pudo observar el objeto metálico, pendiendo de una cadena plateada. ¡Apresurada abrió su billetera y en un segundo su mente se iluminó!
- ¡Oficial! —gritó ella- ¡Espere..., creo que podemos aclarar esto!- El coche patrulla ya había estacionado frente a la acera y dos policías se bajaban de él.
- ¡Deme un segundo, por favor! ¡No se lo lleven! -Imploró mientras buscaba nerviosa un contacto en su celular. Lo activó rápidamente.
- Hola, Ma...- La voz del otro lado no se hizo esperar.
- ¡Hola hija, que alegría!
- Ma, necesito hacerte una pregunta -dijo mientras hacía señas a los policías para que esperaran.
- Yo también —dijo su madre y prosiguió: -¿Cuándo vendrás a ver a esta solitaria vieja?-
- Espera, Ma... Dime, ¿alguna vez te llamaron “Tini”?- El silencio se hizo eterno para todos.
- Fue..., fue hace mucho tiempo. Alguien muy especial para mí, me llamaba así. Él no me decía Cristina, ni siquiera Tina como todos los demás. El me llamaba “Tini”.- La joven sonrió y casi todos hicieron lo mismo.
- ¿De dónde sacaste eso, nena? ¿Con cuál de mis amigas estuviste hablando? —preguntó la madre reponiéndose de la nostalgia.
- Ya te contaré, Ma.- La joven al decir esto, se acercó al extraño hombre y con su mano derecha le mostró su billetera abierta. Allí, una foto mostraba el rostro de una mujer mayor, muy parecida a ella. Esta le sonreía, mientras en su pecho colgaba un plateado corazón partido. Los policías se miraron entre ellos y sonrieron, mientras comenzaban a liberar a Víctor.
- ¿Cuándo nena? ¿Cuándo vendrás a comer con tu madre?- La joven sonrió y contestó:
- Ahora, Ma. Pon tres platos en la mesa. Hoy completarás tu corazón partido...

Almada, Víctor Guillermo

Amor-dazado

Sonia mordía el lápiz carcomida por la duda, o por la ignorancia. Esteban la miraba, la miraba... Abismado, inmerso en un anonadamiento absoluto. Nada importaba, nada quebraría ese momento. Ni el reloj del salón, que en la impiadosa dictadura del tiempo anunciaba la aproximación del fin de la hora cuyo punto cúlmine sería enmarcado por el timbre del recreo.

De haber podido, hubiera hecho de ese instante la eternidad infinita.

Las palabras del profesor alertando severo acerca de la brevedad temporal restante y ejerciendo su pequeño espacio de poder con el índice erecto y la sentencia firme de "vayan entregando" resultaba imperceptible a los oídos del muchacho que se encontraba en trance, extasiado, como asomado a un abismo desde el cual podría haber divisado su propia muerte sin inmutarse, porque para él esa visión que se presentaba delante de sus ojos de Sonia mordiendo nerviosamente el lápiz lo hacía sucumbir, sintiendo que todo suceso se adaptaba a la emoción que lo invadía en ese instante.

La chica levantó la vista, lo miró y le sonrió. A partir de ello, Esteban presintió que ya nada malo podría suceder, o bien que si pasaba, ya tenía compensada una eternidad en el Edén. Ni todos los fuegos del mismísimo infierno alcanzarían a emular siquiera la explosión de felicidad que le henchía el pecho.

La distancia entre los pupitres de ambos imposibilitaba que pudiera ayudarla; no obstante, era propicia para la observación, y en esa diligencia se había obsesionado el joven que parecía querer llevarse la imagen de la muchacha tatuada en la retina.

No era para menos. La niña era, por cierto, muy bonita, fina, delicada. Tanto, que, a partir de esa sonrisa, dedicada con complicidad, Esteban sentía que ya no había más lugar para él sobre la faz de la tierra.

A tal punto fue así que llegó a instalarse en una lógica impensada. En un pensamiento falso de su propia muerte. Por un minuto fugitivo, se sumergió en el acto extremo del imaginario amoroso y tuvo miedo. Y en lo breve de su vacilación, se sintió expulsado de esa imagen. Temió haberse confundido con ella, lo sobrevino una sensación de desvanecimiento y lo sobresaltó el sonido estridente del timbre del recreo. Miró su hoja en blanco y, con dolor, emitió un suspiro más parecido a un sollozo contenido y salió del salón como escapando de una compacidad responsable, y con todo su cuerpo cargado de adiós.

Lo peor fue que no se lo dijo nunca.

Álvez, Jorge Alfredo *Diana que cuidaba las estrellas:*

Muchas veces la noche se presenta con un extraño encanto, un hechizo tan indefinido como confuso frente a los desnudos ojos espectadores del sorprendente enjambre cósmico que suele iluminar el alma de los desvelados. Viejos y extraños secretos que encierra la enormidad del universo, con su inquietante rumor de vastedad solo alcanzado a puntualizar por los poetas o por visionarios de la ciencia.

Diana no era una más de las que danzaba entre la multitud, al contrario, su vuelo vital la hacía inconfundible entre los que alguna vez avizoramos conscientemente el brillo ansioso de mil planetas cobijados por sus respectivas estrellas relucientes. Ella no se cansaba de contarnos sobre el enigmático juego de vida y muerte que se desplegaba cada momento, pero, sobre todo, ese juego latente recorría nuestras almas a la noche, allí cuando nuestra estrella se escondía y el espectáculo del espacio interminable unía a los corazones dispuestos a unirse.

Ahora bien, fue una precisa noche sin luna en las cercanías de El Bolsón, más precisamente a medio camino de la cumbre del Cerro Piltriquitrón, en que todo comenzó a tener sentido (o al menos para mí). Las estrellas brillaban más de lo acostumbrado, mientras nuestras linternas se esforzaban en derretir la oscuridad. De tanto en tanto hacíamos un alto para recobrar el aliento y ella, sin haberlo perdido nunca, comenzaba a dibujar con su mano en el pizarrón de la inmensidad cada una de las constelaciones que se disponían sobre nosotros. Era una ceremonia que encerraba un rito profundo hacia la grandeza, y escucharla hablar realmente emocionaba y conmovía de una manera tan llamativa como inexplicable. Supongo que era una mezcla profunda de admiración y enamoramiento. Sus ojos celestes jamás fueron opacados por la oscuridad y, junto a su rubia cabellera, formaban una acumulación de conmovedoras vibraciones que aunque hubiéramos podido nunca hubiésemos querido contener.

Casi a la medianoche, llegamos a la cumbre luego de varias horas de trepadas y otros tantos tropiezos. Ponernos de acuerdo en encender un fuego fue cuestión de segundos pues, si bien era verano, las noches en el sur y más precisamente a esa altura eran particularmente frías. Tomamos todos los recaudos necesarios para que al mantener un fuego prendido, éste tuviera las imprescindibles normas de seguridad. Juntamos piedras, despejamos el lugar y nos dejamos hipnotizar por los juegos brujos de las llamas. Las estrellas, lógicamente, aún estaban arriba y nuestra comunicación con el todo llegaba a su punto más pleno. La voz de Diana irradiaba toda la dulzura necesaria como para imaginarnos de alguna manera en el umbral de las cosas. De manera indescribible una luz sin procedencia alguna nos envolvió a todos, absolutamente a todos. Dejamos de sentir tanto el frío de la noche como el calor de nuestro fuego aún encendido. Lejos de alterarnos por el miedo a lo desconocido o de alborotar nuestros sentidos, nos contuvo una constelación de estremecimientos encarnados en historias pasadas, en historias que a veces nos parecieron imaginadas pero que en realidad fueron las conformadoras de nuestro presente. Historias, contemplación, historias... Miraba alrededor y vi que a todos nos inundaba esa profunda luz blanca, todos respirábamos al mismo tiempo esa mezcla de ensoñación y de promesas de futuro. Pero si algo me llamó realmente la atención fue la manera en que Diana brillaba. Sus ojos, sus labios, su piel, pero sobre todo, brillaba aún más su mano que con delicadeza nunca había dejado de dibujar en el aire las constelaciones que nuestros ojos podían

ver y también otras que nuestra vista limitada no permitía observar. Fácil fue darnos cuenta de que el mensaje era visiblemente afable y generador de distintas lecciones poderosas. Cada uno llegó a sus propias conclusiones, cada uno por un instante fue inconfundiblemente perspicaz como para reconocer el propio camino, pero si de algo llegamos a estar absolutamente de acuerdo es que Diana innegablemente llevaba consigo la impronta de guardar con celo el mensaje de las estrellas, de cuidar el significado y la potente relación entre Tierra y Universo.

Pero si aún algo nos llamaría la atención hasta el deslumbramiento es que ella jamás, ni por un instante, dejó de brillar...

Amarilla, José Ángel

Ahí fue, cuando descubrí que mentías... Que no era por la cebolla que llorabas. Porque en el almacén ya no podían seguir fiándonos, y porque sabías que la comida se terminaba hoy. Los mayores fueron a vender naranjas, y yo me hice el cajoncito de lustrar. Me juré que NUNCA MAS... Y así fue.

David Brucket

Mágico amor

Muy por el contrario a lo que afirma David, no descubrí su mentira; no hasta un tiempo después. Tampoco mi madre lloraba, pero vi en esos ojos serenos una profunda tristeza con destellos de compasión. Tampoco nos habían cortado el fiado, aunque en casa sobraba lo que faltaba. A veces el bocado dependía de la buena puntería de mi padre, que por suerte era infalible. Por eso, en casa los regalos materiales brillaban por su ausencia. Nuestra única esperanza de niños era el 6 de enero. Los Reyes nos regalarían lo que nadie nos regalaba. Casi no dormí esa noche, muy de madrugada salté de mi cama para ver lo que había en mis alpargatas gastadas. ¿Y que encontré? Una miserable moneda de un peso. “¡Reyes Magos y la puta que los parió!” puteaba sollozando, sin descubrir a mi madre, quien desde lejos miraba con ese dejo de tristeza. Mientras enterraba esa moneda de mierda, le preguntaba (¿a Dios?...¿a la vida?) ¿Qué mierda había hecho para merecer tan poco? Me había portado bien, tenía buenas notas, era obediente...; y los Reyes me recompensaban con esa puta moneda! Así vociferaba y maldecía. Mientras tanto, mis amiguitos vecinos salían locos de alegría a mostrar y disfrutar de sus regalos. “¡No, no puede ser!”, gritaba mientras seguía pisoteando para enterrar esa puta moneda. Mi padre, tal vez advertido por mi madre, se acercó y, abrazándome con ternura, me dijo la verdad. Bastó que me dijera que los Reyes Magos no existían para adivinar que la Maga de mi madre había comprado un kilo menos de harina para dejarme esa única moneda de regalo. Sinténdome un reverendo hijo de puta, fui a buscarla a la cocina. Allí la sorprendí con las manos en las masas: Mojando y salando la harina con lágrimas de tristeza, amasando el pan nuestro de cada día.

Arinoviche Schenker, Marta

UNA VEZ EN BUENOS AIRES

Aquella impresionante lluvia era nada comparada al encuentro que iba a tener ese día.

Las gruesas gotas que barrían el limpiaparabrisas eran menores a los latidos que barrían mi corazón. Las sensaciones de impotencia, sorpresa y revancha que allí estaban no me daban serenidad para manejar por la autopista resbaladiza y peligrosa del momento.

Nada tan deseado e importante como llegar a esa cita.

La urgencia se debía a los años de espera y a la imaginación que siempre al final da paso a una realidad no deseada.

Empezaba a menguar ese torrente cuando bajé de la carretera.

Llegué al lugar concertado con una fina garúa, estacioné de costado y caminando frente a la gran vidriera del hotel acomodé mis cabellos, subí las solapas del impermeable y di mi beneplácito interior a la imagen que veía. Era un reflejo agradable que entibió mi espíritu y me dio el ímpetu para entrar.

Antes, me había acercado un poco más para tratar de ubicar la presencia de quien había volado esa mañana a la entrevista. Un invitado especial sin invitación material, porque la invitación mental estuvo siempre, de ahí mi revancha.

¿Así que ahora había venido...? ¿por qué? ¿Qué sentido tenía su visita?

Sea como sea, no vi a ningún conocido a través de los vidrios, pero la cita existía.

Había llamado y prometido que estaría, que su vuelo era temprano.

Otra vez la llovizna fría comenzaba a caer indicando que era momento de abandonar cavilaciones y sencillamente entrar.

Lo hice aparentando un andar distraído y sin prisa barrí con los ojos rápidamente toda la recepción... nadie conocido aún. Seguí avanzando a paso lento cuando vi un enorme diario "La Nación" cubriendo de la cabeza a la cintura a un muy tranquilo lector.

Sentado en el mullido sillón, del típico color tiza que se ven en casi todos los hoteles elegantes de Retiro, sus piernas vestidas con pantalones beige y los zapatos marrones recientemente embetunados hablaban de la pulcritud de esa persona.

"Debe ser él", me dije y avancé resueltamente.

Al presentir mi cercanía, el caballero de beige bajó el diario y alzando la vista me dirigió sólo una pregunta: "¿Quieres compartir tu vida conmigo?"

Años hacía que no escuchaba esa voz cerca de mí y muchos más que no lo veía.

¿Qué loca pregunta era aquella? De él, jamás la hubiera imaginado.

Caí pesadamente sobre el sillón que estaba al lado sin entender nada de lo que había escuchado mientras pensaba que mi voluntad oculta e inalterable de siempre era la responsable de haber imaginado esa pregunta hasta entonces inexistente.

Lo miré con incredulidad afirmándome para no caer al piso y, sacando fuerzas de donde no las tenía, agradecí su propuesta demorada cuarenta años y deseada desde que lo conocía.

Un primer amor es algo único en la vida, sobre todo si por otros, los de afuera, queda trunco, inacabado

y por eso añorado.

Había venido a esto.

Con tristeza no aparente le conté sobre mi vida, que los hijos... que los nietos... el trabajo... la salud... un corazón que no sabía o no quería resistir un tiempo más, que mi duelo era intenso y que la vida era así.

Contestó que estaba allí por dos únicas razones: sospechaba que mi amor por él estaba adormecido pero intacto y no quería morir sin decirme lo que debió haberme dicho cuando por allá a los dieciocho años me dejó ir, sin más ni más.

Reviví por un segundo la desgarrante escena de un adiós nunca deseado y volví a agradecerle estar viva todavía para verlo y para oírlo tantas décadas después, pero que la respuesta era no, ya era tarde para eso. No sé cómo pude hablar con un nudo en la garganta ahogándome en recuerdos, pero no, ya era tarde y la vida es así...

Salimos a almorzar sin tomarnos de la mano y al mirarlo no comer le pregunté el porqué, respondió muy en voz baja porque me estaba mirando... porque me estaba adorando.

Pasamos la intensa tarde muy juntos, casi pegados, a ratos abrazados tiernamente, a ratos furiosamente soldados en aquel fuego pagano consumiéndose en nosotros cuando estábamos en llamas.

La amalgama aún la siento.

Nos despedimos como lo que éramos, como cómplices de un amor secreto en esa tarde porteña, dueños de una historia inconclusa y clandestina que no podríamos contar jamás.

Mi alma, llena de la más grande congoja con mis ojos muy vidriosos lo vieron partir a Ezeiza.

Ya en soledad e impotente, giré la llave del auto y tristísima, llorando, me sumergí en la autopista entre bólidos feroces que hacían silbar el aire casi casi rozando mi piel, adelantándose ajenos para llegar pronto a casa, para alcanzar su destino, indiferentes de mí.

¿Y a qué destino iba yo?

A mi realidad de siempre, aquel confort repetido, una vida repetida, un trabajo repetido, un engaño repetido de otro hombre conocido.

¿Qué quería realmente? Permanecer cobijada, protegida y abrazada, ser por una vez amada y nunca más separada de aquel hombre que vestía ese pulcro traje beige.

Asemborn, Ricardo Fabián

Los caprichos de Eros

No sé cómo había llegado hasta allí ni por qué hacía lo que estaba haciendo —tal vez por lo sorprendente que me resultaba la situación en sí—, pero me encontraba embobado observando a una pareja definitivamente muy despareja. Caminaban acaramelados por los senderos de la plaza: Ella era tan frágil, tan blanca, tan tierna, tan dulce, tan bella, tan sutil, tan... tan única; y él era tan grande, tan rústico, tan torpe, tan ancho, tan fuerte, tan grave, tan feo, tan... tan opuesto a ella.

Si pareciera que la esbeltez del cuerpo de ella se podría romper al menor contacto con cualquier parte de la humanidad de él, como se astilla el fastuoso cristal al mínimo toque de la intrascendente piedra. Si hasta

se podría temer que él pudiera lastimarla o al menos irritar su delicada piel al tosco roce de sus manos ásperas, sucias y callosas, en su pretensión de acariciarla.

Y si uno contara con cierto grado elevado de imaginación y arriesgara a ver un poco más allá de lo que percibe, seguramente todo aquello que uno se pudiera imaginar concordaría con que, hiciera lo que hiciera aquel ogro, sólo resultaría en daño para la bella princesa.

Tal vez él no mereciera estar con ella, o tal vez sí. ¿Quién podría determinar con exactitud tal cosa, si no existen reglas ni medidas para hacerlo? Lo concreto es que ella está allí con él y se la ve muy bien, y se nota que lo ama sin restricciones, sin tapujos ni temores, y que no le importa en absoluto lo que puedan decir los demás, porque ya se sabe que el amor, cuando se está inmerso en él, te hace sordo, te enceguece y hace que se te esfume la nitidez de la racionalidad.

Y, puestos a imaginar entonces, imaginé que, tal vez y sólo tal vez, sumergidos en la oscuridad de las noches, o en lo privativo de la intimidad, él no sería tan terrible al contacto de ella y ella no sería tan delicada ante las caricias de él; y que quizás allí desnudaran lo mejor, aquello que sale desde muy adentro de nuestro ser y nos hace a cada uno de nosotros tan peculiares y únicos. Y en definitiva el ogro no fuera tan amargo ni la princesa tan endeble, y eso llevara a que las distancias se redujeran y hasta llegaran a anularse.

Sin ir más lejos, esta pareja desapareja es como una clara representación de lo antojoso del amor mismo, pues a éste, gran evasor si los hay, nunca lo encontraremos cuando ni donde lo buscamos. Solo debemos esperar a que a él se le ocurra señalarnos, si se le place hacerlo, y nos tire encima toda esa carga emotiva que paralizará nuestros movimientos y nuestro raciocinio, a la vez que hará que se nos disparen miles de impredecibles sensaciones placenteras; si es que antes no le pasó que se ha quedado dormido por tiempo indeterminado en el escondite oportunamente elegido para burlarse de nosotros.

Caprichos y misterios del virtuoso Eros.

Beltrame, Camila

Te amo

Todas las cosas que te haría...

Freiría tu corazón en aceite hirviendo y lo dejaría reposar unos minutos de alivio para volver a ponerlo en la sartén y el dolor sea aún mayor.

Despedazaría tu diminuto cerebro en varios pedazos y se los daría de comer a los pobres, pero no a cualquier pobre, sino a los más violentos y desesperados, resentidos y llenos de desprecio y bronca asesina.

Ataría todas tus extremidades con tanzas de metal ardiente a diferentes transportes y haría que éstos salieran a toda velocidad, desgarrando tu suave piel y partiendo tus huesos en miles de pedazos.

Arrojaría tus ojos, llenos de alfileres afilados, a una jauría de sabuesos hambrientos y rabiosos, y te rebanaría la nariz con una máquina de cortar fiambre.

Te arrancaría los dedos uno por uno, antes habiéndote extraído las uñas con una pinza veloz.

Rompería tu cráneo con un golpe seco, pero lo abriría lentamente para alargarte la agonía. Y escupiría dentro una bola de moco maciza y asquerosa.

Te odiaría toda la vida, toda la eternidad.

Pero nada de eso puedo... porque te amo...

Camila Tiene 14 años y ya se muestra como una excelente escritora –ADELANTE !!

Benítez, Jorge Heriberto *Deslumbramiento*

Esto que van a leer es una historia real, encontrada en un papel casi indecifrable entre las cenizas de una casa destruida por un incendio... Quizá “un milagro de amor”, escrito allá por 1948, por un incipiente escritor, que encontró en su musa inspiradora, la mujer más bella que ojo humano haya conocido, sus dotes de galán hecho palabras.

“Querida Chiquita: hace ya mucho tiempo deseo expresarte la más viva inclinación que siento por tu persona, pero cuando quiero abrir la boca para decir que hasta por las noches te sueño, las palabras expiran de mis labios, no pudiendo articular una sola de ellas, te juro, me siento capaz de darte la vida, pero por momentos envidio aquel que puede expresarse por señas, a lo mejor me resultaría más fácil.

No obstante y no pudiendo contener dentro de mí la pasión que me has inspirado, le confío a mi pluma el deber ineludible de hacerte entender, para que me aceptes y poder depositar a tus pies, mi más respetuosa afección”.

Por siempre tuyo si me lo permitís, Heri
Cuenta la gente que dos años después, El Galán y la hermosa dama se casaron y, fruto de ese amor, nació quien hoy les está escribiendo esta historia de amor.

“AMOR SIN BANDERAS”(Tributo a la inocencia)

Querido Papá Noel, cuento solo con 6 años y me dicen Nasef, soy de Irán y tengo un amiguito que se llama, Peter, que conocí hace dos años en un viaje de sus padres al país mío, el vino de Estados Unidos; y hoy volvió, al principio mi compañerito no entendía cuando le contaba que desde hacía un tiempo andaba con un fusil entre las manos y yo no comprendía como trataba a sus padres...en fin...pero aprendimos a querernos y nos propusimos llegar con el tiempo a ser Presidente de nuestros países

Te comento todo esto porque Peter me contó que existías y eras muy bueno y le traías juguetes a los chicos que se portaban bien, pero desde hace unos días mi familia vive asustada, el cielo truena y se pone rojo fuego, se cayeron muchas casas y a muchos amiguitos no los volví a ver y a sus mamás llorando, ¿se habrán portado mal?... Vos que estás cerca de ALA, DIOS, le dice Peter, no le preguntás si está enojado con

nosotros y no nos dimos cuenta, sabé que haríamos cualquier cosa por disculparnos, no sea que no te deje venir a visitarnos, los grandes dicen que todo es por culpa de la guerra y como no entendimos que es, le preguntamos a mi abuelo que era y quien la hacía y nos dijo, que era producto de la ambición de los hombres, que la organizaban dos cobardes que se conocían y se morían miles de valientes que nunca se habían visto, mucho no entendimos pero, dicen que es tan sabio....que te cuento que el otro día vi al papá de mi amiguito y estaba con un traje raro y un casco blanco, el me dijo que no me asustara...que así vestido el defendía la paz y que si a él,(Peter), le pasase algo alguna vez que lo cuidase mucho porque era muy bueno, por supuesto le dije que si, pero me preocupa que mis papás parecieran estar enojados con su familia ¿ Podrás hacer algo?.

Bueno volvamos a lo nuestro; lo más importante ¿nos podrás traer juguetes lindos que no sean de soldados?, Ah!!! me olvidaba, mi hermano Mustafá tiene 24 años y se puso de novio con la hermana de Peter y el otro día escuché cuando le hablaba y le decía , si venís ¿ no podés traer una bandera grande que diga Paz y Amor entre los pueblos?, aquí ya no quedan casi telares...mucho, mucho no entendimos, pero si lo pidió mi hermanito, ¿no podrías interceder?, es tan bueno...., Papa Noel, perdóná te tengo que dejar.... Otra vez sonaron las sirena y a los chicos nos meten en un pozo....me querés decir ¿quien entiende a la gente grande?...menos mal...que cuando seamos adultos Peter y yo...vamos a ser Presidentes y vamos a dejarte entrar sin problemas y sin ruidos en el Cielo.

Bottero Juan Manuel

REFLEXIÓN

Amar es vivir. Vivir es amar.

Para amar debemos tener paz; para tener paz debemos amar y para que haya paz en el mundo debemos tener paz y amar.

La evolución de la humanidad no está dada por los progresos científicos sino por su grado de desarrollo de amar y, la única revolución capaz de cambiar el rumbo de la humanidad es la revolución del amor.

No se puede derrotar al mal con el mal porque se genera un mal mayor, al mal se lo derrota con el bien y ninguna de las virtudes son plenas si no están hechas con amor.

Jesús resume todo en amar a Dios y amar al prójimo como a uno mismo. Cuando comprendamos que somos energía contenida en materia y no materia que contiene energía, entenderemos nuestra semejanza a Dios y quizás comencemos a amar al amor porque Dios es amor. Para amar al prójimo debo amarme, con madurez, sin confundir amarse a sí mismo con egoísmo y amar al otro es hacer por el otro lo que quisiera que el otro haga por mí.

El hombre puede ser feliz amando aunque no sea amado, pero no podrá ser feliz si no ama, aunque sea amado, ya que el amor se da sin esperar recibir.

Nuestra vida será según hacia donde dirijamos nuestro amor. Si lo dirigimos a las cosas de este mundo, aun logrando mucho perderemos la vida; si lo dirigimos al amor, aun logrando poco encontraremos la vida. Elegir amar al amor es una opción difícil, muy difícil, que requiere mucha fortaleza, fe, paciencia y perseverancia.

¿Un ejemplo de amor? El mayor ejemplo de amor que conozco es Jesús, traicionado, negado, humillado, brutalmente castigado, sometido a un juicio absurdo y colgado de una cruz, haciendo lo que sentía que debía hacer... por amor, y a su madre, observando, sufriendo en forma desgarradora, aceptando, sin emitir un “¿Por qué?”; solamente... amando.

Caprile, Stella Maris Vuelo hacia el amor

La mujer miró hacia afuera a través del amplio ventanal y descubrió que en la terraza del edificio vecino había una niña solitaria sentada sobre la dura superficie de cemento. Tendría unos diez años de edad y era extremadamente delgada, aunque su cuerpo demostraba dinamismo y plasticidad. Se veía triste y pensativa, la cabeza baja y sumida en profundas meditaciones; las desnudas piernas cruzadas una sobre otra, el cordón de una de las descoloridas zapatillas desatado y cayendo sobre el piso...¿Qué hacía en la alta terraza de un edificio desconocido una niña de su edad, sola y desprotegida y cómo había llegado hasta allí?

Su cabello lacio, fino y algo opaco, era de un castaño claro tomado en una colita que el viento que corría por la altura agitaba sin cesar. Vestía una remera de fino algodón, pantalones cortos que alguna vez fueron de un hermoso color rosa, y permanecía allí, como alejada del mundo, en una actitud de profunda reflexión, demasiado madura y concentrada para una niña de su edad...

-Mirá -dijo la mujer a su esposo, que en ese momento había entrado en la habitación... -Mirá... El hombre miró a través de la ventana y también descubrió la presencia de la niña... Ambos salieron al exterior del departamento y se ubicaron en el amplio balcón para poder verla mejor. Permanecieron durante un rato contemplándola en silencio, sin saber qué hacer...¿Serían ellos las únicas personas que podían verla? En ese momento, la niña levantó la vista y su mirada se cruzó con la de la mujer. Fue un instante en el que la eternidad pareció hacer sentir su presencia, instalándose entre las dos, y como en un reconocimiento súbito, que se da al nivel del Alma y no necesita ser explicado con palabras, una corriente de simpatía y amor fluyó de ambos corazones y se deslizó por encima de los edificios, formando un puente invisible de comunicación íntima y ancestral...

La niña miró a la mujer con una amplia sonrisa y le dijo: -¡Hola mamá...!-. La mujer quedó inmobilizada, ella no tenía hijos y por su edad, alrededor de cincuenta años, había perdido toda esperanza de concebir uno...El “¡Hola mamá...!” la había sorprendido fuertemente y casi había detenido los latidos de su corazón. La niña volvió a repetir con una amplia sonrisa: -¡Hola mamá...!-, e incorporándose decididamente avanzó unos pasos hacia la orilla de la cornisa. Al llegar al borde, se agachó para atar el cordón de su zapatilla y permaneció en la posición de un maratonista que se apresta para darse el impulso inicial... La mujer adivinó sus intenciones, sus ansias incontrolables de saltar sobre el vacío para abrazar al Amor recién descubierto... Un grito desgarrador salió de sus labios e hirió el aire como el ulular de una sirena:

-¡Noooooooo! ¡Noooooooo!

El grito fue expandiéndose entre los altos edificios y de todas partes asomaron rostros a través de ventanas y puertas... El angustiante grito se deslizó por el lugar como un penetrante eco y fue repetido a su vez por otras personas que, sin saberlo, se adherían solidariamente a ese angustiante pedido de ayuda... El dramático “¡Noooooo!”, expresado por un número cada vez mayor de personas se expandió por el aire con enorme fuerza, penetrando en otras mentes y en otros corazones, rompiendo la diaria rutina de la ciudad, la inconsciencia cotidiana, el ir y venir alocado de la gente...

El tiempo pareció acelerarse inusualmente, las agujas del reloj corrieron descontroladas, urgidas por los acontecimientos, y en poco rato las calles cercanas al edificio se hallaban colmadas de personas que querían ver a la pequeña heroína...

Un grupo de niños miraba hacia las alturas en un intento de solidarizarse con la niña...Adultos de rostros crispados por la ansiedad esperaban el desenlace final, la conclusión de esa historia insólita, poco común...

Y entonces, la niña se lanzó hacia el vacío en dirección al balcón donde la aguardaba parte de su destino terreno, su Amor espiritual, su madre recién descubierta...

Y el milagro ocurrió...El pequeño cuerpo planeó admirablemente y quedó suspendido en el aire, flotando milagrosamente, como si volar fuese algo conocido y familiar a su naturaleza, como si unas manos invisibles llegadas de otras dimensiones de vida la estuvieran sosteniendo para que ella pudiera prolongar su existencia física y finalmente encontrar su destino terreno, su Amor espiritual recién descubierto...

El vuelo del ángel- niña se produjo con total precisión...Su amplia sonrisa y sus finos y opacos cabellos agitados por el viento la acompañaron en el corto pero dramático trayecto rumbo a la felicidad, hasta que una fina ráfaga de viento la depositó en brazos de su madre recién descubierta y el reencuentro de las dos Almas tuvo hondos matices de eternidad...

Adolfo Gonzales Chaves, 30 de abril de 1999

Cárdenas Florentín, Rosa Luces y sombras del desarraigo

Nací en un pueblito del Paraguay. Era una romántica incorregible y soñaba con un “príncipe azul”, estaba segura de que aparecería en cualquier momento y apareció, en la fiesta de mi graduación. Tenía apenas 18 años y me enamoré perdidamente de un militar, sub-teniente del Ejército. ¡Era imposible no hacerlo porque impactaba con su estampa varonil; era alto, buen mozo y con una voz fascinante!

En cada fiesta patria instalada en primera fila, petrificada de emoción y el corazón al galope, lo veía avanzar abanderado al frente de su batallón, con su uniforme blanco immaculado marchando al compás de los tambores de la banda militar. ¡En cada cumpleaños, irrumpía en el silencio de la noche con una orquesta, para regalarme una serenata! Los mariachis cantando en mi ventana: “Éstas son las mañanitas

que cantaba el rey David"... me hacía sentir la princesa del vecindario, como en un cuento de hadas. Un día apareció una gitana que intentó despertarme de mi sueño encantado. Pasó por la puerta de mi casa, me robó la mano, me miró fijamente y me dijo: "oye niña, no te hagas tantas ilusiones con este amor por el que hoy deliras, viajarás a tierras extrañas y otro será tu verdadero amor". Me negué rotundamente a creer en su vaticinio, pero me equivoqué, porque el tiempo le dio la razón. La vida es un laberinto lleno de sorpresa. Allá por los años sesenta, hermana de un político disidente, asilado en la Embajada Argentina y novia del militar tuve que abandonar mi país.

El cielo se desmoronó sobre mi cabeza. La repentina decisión de mi familia no me dio tiempo para despedirme de nadie, ni siquiera de mi adorado amor juvenil.

Así fue que aterricé en el aeropuerto de Ezeiza un 15 de marzo, con el sol en la cima del cielo, tal vez presagiando el porvenir. ¡Allá quedó mi casa, quedó mi vida, quedó mi amor, mi tierra, mi gente! Durante años, soñé que un día vendría a buscarme, luego me resigné a no seguir esperando algo que solo ocurre en las películas.

El mundo siguió andando, jamás detiene su marcha. Las señales de la gitana y ese sol que iluminó mi aterrizaje aquel día, fueron el presagio de un cambio de rumbo en mi vida.

Estoy segura de que un ángel poderoso me acompañó y protegí siempre.

Siendo latina de ese pequeño y desvalorizado país, con solo veintitantos años y además mujer, me contrataron en una empresa multinacional. Imagínense año 66/70, el machismo entonces era muy poderoso, solo los hombres eran promocionados para los puestos jerárquicos y tenía que lidiar con los hijitos de papá, con doble apellido y títulos de universidades internacionales. Durante décadas viví con la sensación de estar sentada sobre un volcán. Mi suerte no terminó allí, porque en el amor la vida me dio revancha.

Una noche en esas humeantes y musicales reuniones de compatriotas, en las que aún soñábamos con regresar a la patria perdida y mejorar el mundo, lo conocí.

Escuché una voz impresionante ordenando: "música maestro". No recuerdo cuando ni cómo me encontré bailando entre sus poderosos brazos. Fue un amor a primera vista y la imagen de mi príncipe se borró de un plumazo. Formamos una hermosa familia. Con él compartí 43 años de mi vida. Mis hijos hoy me llenan de orgullo, aclaran mi mente y dirigen mis pasos. Mi hija al verme sucumbir ante la muerte de su padre, me conectó con un taller de canto y allí estoy narrando historias a viva voz.

Quienes vivieron un exilio tal vez tengan, como yo, la sensación de que es un castigo que corroe hasta los cimientos más firmes, sus huellas son imborrables.

Muchos quedaron en el camino y otros tantos como yo, pudimos mantener la esperanza y la fe para seguir adelante.

Yo tengo un sueño que me acompañó a lo largo de mis años de ausencia. Construir una modesta cabaña en la cima de la cordillera, en medio del bosque del predio donde nací.

La fui dibujando en mi mente año tras año, con todos los detalles. Tendría amplios ventanales, para que esa naturaleza silvestre habite en todos los rincones de mi pequeño refugio y allí en el silencio de la noche, adormecerme con el murmullo de los arroyos cristalinos en su perenne trajinar entre las rocas. En una galería desde una hamaca, contemplar esas noches estrelladas y esa luna que danza entre las

hojas de los árboles y en una mecedora instalada en un rincón, arrullarme con ese concierto de trinos que ofrece cada amanecer y finalmente una glorieta para compartir con amigos y familiares, entre mate, música y poesía, esos dorados atardeceres iluminados por ese gigante y rojizo sol desapareciendo lentamente en el horizonte.

Dicen que soñar no cuesta nada, yo estoy convencida de que es la semilla de toda realización y actúa como un imán.

Hace más de 54 años que vivo en esta ciudad y últimamente me propuse regresar y concretar mi proyecto soñado, estoy a un paso de lograrlo.

Después de tanto tiempo viviendo en esta Argentina que me cobijó con amor, tengo incorporada mucho más de su cultura que la de mi país de origen, pero las raíces nunca se pierden, te acompañan donde quiera que vayas. Llevo en mi sangre ese idioma guaraní.

Amo sus canciones, me emociona escuchar sus nostálgicas guaranias y sus alegres polkas, son más dulces desde lejos en las cuerdas del arpa.

Hoy ya jubilada, mirando atrás, rememoro mis vivencias, con sus luces y sus sombras, caminando sin prisa hacia la vejez, desandando el camino del alocado trajín, disfrutando de las cosas simples y bellas que diariamente descubro y que he pasado de largo, sin tiempo para admirar.

Cinquepalmi, Hilda Silvia *Lunes de rosas y bombones*

Hace tiempo murió el abuelo. Nada trascendental, para nosotros. Es lógico que la senectud haga lo suyo. Se acostó, como todas las noches, y el viento del espanto, le besó la frente. Hace tiempo ya.

Más de cincuenta años compartió su vida con Marian. Mi abu. Esa regordeta incansable y movediza. Aquella que acobijaba los mediodías del domingo a veintitrés miembros de la familia. Deleitándonos con sus pastas caseras y suculentos postres de chocolate. La anfitriona perfecta, de una sonrisa satisfecha. Con sus anécdotas disparatadas. Sus consejos atinados. Sus palabras oportunas de aliento.

Hasta que pasó lo del abuelo. Ernesto, su Ernesto, se adelantó en el viaje. La tristeza se apoderó de ella y de los objetos. La casa ya no tenía esa luz que inundaba todos los rincones.

A partir del momento en que Ernesto se puso a bailar un vals con la muerte, Marian comenzó a olvidar lo que habitualmente hacía. Repetía relatos. Se descuidó en su aseo. Parecía que los minutos y segundos confabulaban en su contra, aumentando su pérdida de memoria. Todos los miembros de la familia nos fuimos turnando para contenerla. Cada uno de los 23 fuimos ocupando un lugar en las actividades que “había” que resolver. Y así fue transcurriendo el tiempo. Se fueron aseverando diversas dificultades en la Abu (como cariñosamente todos le decimos). Dificultad para leer, para hablar, comenzó a perder la visión. A perder la noción del espacio. Y así se fue confundiendo y desorientando cada día un poco más. Los mayores de la familia coincidieron en que ya no podía quedarse sola.

Primero se buscaron dos personas que se alternaban en su cuidado. Luego, por sugerencia de los médicos, la llevamos a una casa de descanso, para que permanentemente la asistieran. Y ahí quedó, sola con los velos que sepultaron los recuerdos.

Todos, y cada uno de nosotros, nos fuimos adueñando y cubriendo cada día de visita. Yo escogí “los lunes”.

Los lunes de rosas y bombones.

Fue un lunes que Ernesto y Marian se conocieron. Le escribió unos versos de amor que yo conservo. Y la ofrenda que Ernesto le hacía, ante los ojos de Dios, fueron siempre rosas y bombones. Cada lunes cumplió su ritual de agradecerle, al de arriba (como él decía), la beatitud de haber encontrado a su compañera. Por eso, yo cumplo cada lunes esa promesa, y llevo conmigo las rosas, los bombones y sus versos.

Siempre la busco en el parque; ella espera, sentada en el banco, bajo el lapacho. Sonríe al aire, mientras camino. Abrigo la esperanza de que sabe qué día es. Abro mi cuaderno y le leo así, éstos, “sus versos”:

...”y nuestros labios, febriles,
en el silencio se unieron.

¡Fue un beso largo! ¡callado!

¡Sentimos, al mismo tiempo,
tu pasión y mi pasión!

¡Tu deseo y mi deseo!

Besé tus ojos, tu frente,
tus mejillas, ¡tus cabellos!

Besé tu cuello de nácar

y también... ¡besé tus pechos!

Eras un junco temblando
¡por las caricias del viento!”...

Ella escucha sonriendo, cómplice, de “su Ernesto”. Mientras entorna sus ojos, come uno a uno los bombones. Mueve su pie siguiendo una música muda... y cada tanto, acaricia las rosas desmayadas en el asiento.

Cioccia, Julián Alejandro

La casa deshabitada

Se despidió en la avenida Congreso, un día de invierno, de aquellos viejos inviernos de los años noventa. Ella vestía de rosa, su color favorito, y él de gris.

Ambos tenían la mirada fría, apagada y vacía. Se sujetaban las manos con cierta pena.

Los suaves dedos de ella le rozaban su muñeca una y otra vez.

—No... no quiero.

—Yo tampoco.

Bajo el cielo se mecía un pájaro negro. Giraba en círculos sobre sus cabezas. Avivaba con sus alas el aire congelado. Y de la esquina se escuchaba una melodía lenta y monótona. Provenía de una antigua casa deshabitada.

—Podés venir...

—No puedo, lo sabes — dijo él. Dejó escapar un suspiro. — Pero te voy a ver de nuevo...

—Sí— interrumpió ella.

Se abrazaron cuando una ráfaga repentina sacudió los árboles, y ella apoyó su cabeza en su pecho.

—Te voy a esperar.

Qué vanas suenan esas palabras, pensó él. Las promesas se rompen, y las heridas sangran. Veía a su amiga Mariela. Su mirada risueña y divertida al pronunciar aquellas palabras.

—¿Qué hora es? — preguntó él.

—Las dos y media pasadas...

—Ya debe estar por venir.

Ella asintió, luego se apretó a su pecho con más fuerza.

“Son solo dos semanas...” le había prometido ella. Pero sabía que aquella conmemoración podía postergarse algunos días. Los hoteles estarían encantados... y también los finalistas (qué por supuesto eran todos hombres). Compartirían algunas copas... se conocerían y...

No quería pensar en ello. Aunque sabía que con el correr de los días esa sensación se acrecentaría.

Escuchaban la melodía sin fin de la casa deshabitada, soñando que nunca acabaría. Abandonando los últimos instantes de su íntima seguridad. Huyendo hacia la soledad y la desesperación.

Apretó más fuerte, y unió su cara junto a su corazón, en un intento desesperado por fundirse con ella. Por destruir la racionalidad del mundo conocido, y sumergirse de frente a su espíritu.

—En dos semanas...

—No son dos semanas... — dijo él por lo bajo. —No son dos semanas.

Por algún extraño motivo, ella no le respondió. ¿Estaba de acuerdo? Quizás en su inconsciente, quizás muy profundo sabía que era cierto. No serían dos semanas, ni tres, ni cuatro.

—Te prometo que voy a volver. No te voy a dejar.

Qué vanas suenan esas palabras.

El frío congeló sus voces, y se perdieron en el viento de la tarde. Los últimos destellos del día se apagaron, cuando el autobús llegó a la estación, y los dos amantes se separaron.

Ella lo saludó por última vez desde la ventanilla. Le tendió un beso, y luego posó su mano en el pecho. Él emitió una sonrisa, y recordó ese momento por el resto de su vida.

Las promesas se rompen, y las heridas sangran. La voz de Mariela sonaba en su mente. Y pensó en ello mientras la vio alejarse. Todo se rompe, la vida es frágil.

Volvió a su casa, y se echó en la cama. Una decaída repentina lo invadió al encontrar su hogar en un silencio atroz.

Esa noche no probó un bocado, ni tampoco la siguiente. Sólo se sintió un poco más tranquilo cuando al tercer día ella telefoneó a su casa.

—Estoy bien... no pude llamar antes porque no me dejaban usar el teléfono.

—¿Por qué? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Son bastante estrictos, por eso.

—Te extraño... —qué vanas sonaban sus palabras.

Luego de una eternidad de tiempo, volvió a tener noticias de ella. Al parecer, el plazo del concurso se había extendido otras tres semanas. Durante ese tiempo, ella fue en lo único que pensó. ¿Por qué no me llamó? ¿No me extraña? ¿No piensa en mí?

Volvió a la estación a esperarla a la vuelta. Pero ella jamás regresó. Y la música, esa melodía romántica y triste, continuó sonando. En la casa deshabitada. Esa misma, donde anidan los corazones vacíos, para convertirse en cadáveres del tiempo.

Cocó Gastaldi Santino

La gestación de mi hijo fue un proceso sangriento, me sangró la mente, el corazón, me dolía el sonido del despertador por la mañana y la conclusión de cada día. Sobraban los pensamientos y faltaban los consuelos; la empresa más difícil de mi existencia fue, en efecto, transitar el camino que convirtió la noticia del embarazo de un trágico acontecimiento a un milagro inesperado. En el ámbito de la soledad no tiene sentido fingir adaptación y yo sabía de antemano que me llevaría meses y no días encontrar un equilibrio entre la persona que soñaba en convertirme y la que me vería obligada a ser. Hubo señales, claro, en el cuaderno de las cosas que se saben estaban apuntados los hechos, la cuestión fue que yo era una experta en encontrar excusas sabrosas para una negación testaruda. Tuve que encerrarme en un baño del barrio de Núñez para evaporar las dudas con la ciencia en caja de farmacia, al volver de un viaje cargado de varios condimentos excepto mi disfrute, quizás porque los primeros síntomas pisaban fuerte o porque ya se revolvían en mi cabeza los “por qué” y los “cómo pudo ser”.

Cuanto más personas se enteraban de la noticia el abanico de posibilidades sugeridas se abría sin vacilar; yo tenía una decisión tomada desde mucho antes, cuando me tocaba ser testigo de casos análogos y me volvía esclava de mi moral y vocera de las cuestiones de la humanidad. Para sorpresa de otros y no mía, me hice responsable de mis actos, exhausta de escuchar el desprecio generalizado por la vida. En ese momento comenzó la ciclotimia que me tuvo atrapada hasta el cuarto mes de embarazo, cuando los movimientos de mi hijo se hicieron notar; los golpecitos suyos contra mi abdomen eran en realidad el amor llamando a mi puerta.

Tengo un episodio trágico immortalizado en mi memoria, que me dio la pauta de que sería una estación dura pese al clima agradable. No llevaba un kilo de más y tenía los sentimientos destartados por mi casa, los pateaba de noche sin querer y de día queriendo, con más fuerza, aliviando la bronca hasta que llegaba mi madre a casa y empezaba la obra de teatro, en la que yo asumía el papel de una muchacha indiferente a sus problemas. Me metí en la ducha a lavar mi agonía y enjuagarme los martirios pero el cuerpo le dio una patada a mi entereza y se desplomó contra el suelo húmedo, dejándonos a mi hijo y a mí acurrucados, juntos pero separados, aterrorizados pero empeñados en seguir adelante. Mi llanto se confundía con la lluvia, desconozco cuanto tiempo estuve ahí y cuántos porqués mediaron hasta que me puse de pie, como había hecho el día anterior y haría el siguiente, para dar rienda suelta a esa cinta de película que era mi vida, con el mismo monto de expectativas que de dudas. Me sequé las lágrimas con la indiferencia habitual, haciendo de cuenta que nada tenían que ver conmigo.

Perdón hijo por no haber celebrado tu presencia hasta tiempo después. Los demás aplaudieron tu ambición de venir a este mundo; debiste sortear muchos obstáculos para acomodarte en mi vientre pero sobre todo, para instalarte en mi alma. Qué difícil me resultó, dios mío, aunque en definitiva mostré cierto heroísmo porque las adversidades eran numerosas y mis escudos resistentes.

Se sucedieron los días, fieles a las secuelas que irían dejando. Mi talla ya había aumentado, eras evidente en todos tus aspectos; las cicatrices que ahora llevo son un recordatorio de aquello y una réplica de otras tantas que tengo dentro. Un día recogí los pedazos de sentimientos que todavía estaban

tirados por el piso, me hacía bien patearlos pero con ello no desaparecían, no me dejaban tranquila, me ensuciaban la vista. Tremendo desastre no era mi estilo, agarré la escoba, la pala, y con paciencia recolecté los trocitos. Compré un pegamento resistente a las tormentas del corazón, uní mis propias partes y me encontré completa. Es cierto que los tiempos de las tristezas son más largos que los de las alegrías, porque el invierno voló mientras yo caminaba por un mundo de calles en el que cada esquina tenía tu nombre.

Me resta, antes de poner el punto final, comentar el nacimiento. Arribé al hospital una mañana y había una brisa especial, como de milagro. Miré en el cuaderno de las cosas que se saben y supe que era la fecha perfecta. El principio no tuvo sobresaltos pero pasado el mediodía el dolor escapaba a mi capacidad de tolerancia.

Si episodios únicos hay en este paso por el mundo, fui protagonista de uno. Antes de llegar a las seis de la tarde, con algunas mentiras de por medio, nuestros alientos se unieron. Hijo, prefiero reservarme lo que sentí al verte, pero puedo decirte que parecíamos animales en el instante de nuestro encuentro, nos olimos, nos rozamos, nos miramos, ambos agotados pero conformes con el éxito de nuestro laborioso día.

Santino, razón de mi existencia, perdón por haber hecho un proceso de luto cuando debí vestirme de fiesta. El amor se me presentó tarde pero en un caudal incalculable. Voy a limar mi pasado, olvidar los trastos poco felices y realzar la bendición de tu llegada. Mis esfuerzos para tu felicidad van a ser máximos, aunque me cueste el fracaso propio. Cualquier sonrisa tuya es el regalo más preciado, es una caricia enemiga de los malos recuerdos. Te regalo mi vida con una única condición: que hagas con ella lo que quieras.

Chedufau Pablo

“---Guitton, tiene usted una mujer notable ¿Se dio usted cuenta?

—Absolutamente notable. ¿Porque nos ha dejado tan rápido?

¿Vio usted la Mirada que lanzó al cielo al partir?

— ¿Al cielo?. No. Me pareció que me miraba a mí.

Jean Guitton, Dialogo con Dank

Cariño

Cumplieron sus bodas de plata rodeados de yernos nueras nietos y bisnietos, el sentido de sus vidas se traducía en usar sus talentos para que los demás pudieran usar los propios o suplantar aquellos que no tenían.

No eran marcianos, tampoco de otra galaxia. Eso sí, sus antecedentes familiares eran distintos y contrarios a lo que ellos se habían fijado como *modus vivendi*.

El de padre anarquista, y casado con su madre que era tía de su padre, por lo que él era hijo y a su vez primo de su padre. Su educación, la que pudo procurarse, fue también, pendular: de cursar los primeros años de la primaria pupilo en Bayonne, al norte de Francia (lo que quiere decir que no recibió el más mínimo cariño en esos tres años) Pasó a ser depositado en un pueblito puntano a cargo de su tía abuela, directora de la escuela, quien seguramente buscando su bien, convenció a su madre de hacerle cursar la secundaria bajo la tutela de su tío, hombre acomodado, senador, que lo recibió en su casa de Villaguay. Voluntad e inteligencia no le faltaron: se destacó como abogado, como esposo, y su debilidad fue el papel de padre, aunque sus hijos sopesan aún hoy los pros y contras de su paternidad.

Ella, la mayor de seis hermanos, sufrió los altibajos económicos de un padre despreocupado y fue arrastrada por su madre detrás de las soluciones que pudiera encontrar. Así de Cinco Esquinas pasó a Congreso, Once y Balvanera. Sus bondades se conocen por su constante preocupación por los menos capacitados y una humildad que la llevaba a tratar a todos como verdaderos seres humanos.

En ocasión del casamiento de una de sus nietas él y ella fueron interrogados acerca del misterio de su prolongado matrimonio, a lo que ella contestó que se debía a un constante dar y recibir y el menciono que se debía a no hacerse preguntas como la que acababa de hacer la jueza.

Advirtiendo el natural deterioro de su salud, sus hijos quisieron que fuera a pasar unos días a su lugar en el mundo: aquel pueblito puntano de su niñez, donde construyeron con asombroso esfuerzo y voluntad una casa que hoy conservan sus hijos.

Su tercer hijo, el único que podía enfrentarlo, mantuvo la siguiente conversación, sentado a los pies de su cama:

- _ Papá no te gustaría pasar unos días en San Luis conmigo ahora, antes de que empiece el frío?
- _ Hay que ver que opina tu madre.
- _ Mamá está feliz de que aproveches los últimos calores.
- _ Pero ella tiene que ir en auto?
- _ Honestamente no creo que la dejen viajar en avión, y según los médicos no puede viajar en auto.
- _ Se puede contratar una ambulancia.
- _ Padre, se trata de que vos pases unos días solo con tus hijos ya que podés movilizarte. Viajarías conmigo por tres días,
- _ Bueno, pero solo si es para preparar la llegada de tu madre.

Otoño de 2012

Danielli, Mario Hugo

ANA

“A modo de despedida:

Siendo las 18.23 horas del día 12 de Diciembre de 1931, he puesto fin a copiar los versos que más halagaron mi espíritu, en este cuaderno no hay versos copiados por amistad a ningún poeta o músico, los versos aquí copiados son impersonales y solo revelan el gusto de quien suscribe, autor de uno de los aquí copiados. Como la parca se halla siempre suspendida sobre nuestras cabezas y como ningún mortal sabe cuándo será el fin de sus días, es por lo cual hoy al darle punto final a este cuaderno deseo que él pase, si es que Dios le da vida y salud, a manos de mi hija Amanda Juana Mercedes para que ella sea su fiel custodia. Este cuaderno no tendrá para nadie ningún valor pero para mi hija será, cuanto menos, un recuerdo de su padre que en vida se llamó”.

Oscar Luis Palacios.

Esta narración fue escrita por mi abuelo materno. Mi madre, Amanda Juana Mercedes, cumplió con su deseo. Ella me entregó el cuaderno cuando cumplí cincuenta años de edad, depositaba en mis manos el valor más preciado de la familia, el amor. Mi abuela materna, Ana, consentía con una sonrisa, azares blancos

formaban su cabellera, sus manos jugueteaban nerviosas con los flecos del chal. Sentada en su sillón me miraba con sus ojos mansos.

- Viejita, estás por cumplir cien años- le dije mientras le tomé la mano.

- Sí, y vos ya llegaste a la mitad- respondió con un gesto placentero.

Ella espera paciente que pasen los días, las horas, las noches, los recuerdos. Sobre la mesa, las estampitas de sus vírgenes y santos adorados, la imagen de Jesús en el centro junto a la foto de mi abuelo Oscar. Llegar a los cien años con salud y lucidez mental es un milagro que solo se logra con amor. Mil veces me contó las mismas historias, nunca perdió el entusiasmo por narrar sobre su infancia, sobre como aprendió a nadar agarrada de la cola de un caballo, cruzando lagunas, remansos y riachos de su Corrientes natal. A los dieciséis años quedó huérfana. Su padre, mi bisabuelo, era puestero de estancia, él no resistió la noticia de la muerte trágica de su hijo mayor que había migrado a estudiar medicina a Buenos Aires. Murió al leer el telegrama. Comenzaron tiempos difíciles de decisiones fuertes. De Corrientes a Buenos Aires. Ana, la menor, quedó al cuidado de sus ocho hermanos, ellos la protegían con el facón en la cintura. Oscar, mi abuelo, la conoció y quedó perdidamente enamorado de esa jovencita correntina. Pero..., ¿cómo hacer para llegar a ella sin poner en riesgo su vida? ¿Amor? ¿Coraje? ¿Decisión? ¿Valentía? ¿Dignidad? ¿Cuánto había que tener de cada uno de esos valores para presentarse a los hermanos y pedir formalmente la mano de su amada? Oscar, templado Policía Federal, seguro de su hombría y de su amor incondicional, no dudó para presentarse ante los hermanos de Ana. Ellos accedieron, pero bajo la férrea vigilancia de Francisco, compañero de Oscar en la Policía Federal. Cuando regresé a mi casa, comencé a leer los versos escritos en el cuaderno. Poemas gauchescos, letras de canciones populares manuscritas con letra prolija, sin correcciones, sin errores de ortografía. Así, pude encontrar el poema "ANA" escrito por mi abuelo y dedicado al amor de su vida.

ANA:

A ti, Ana, amor de mis amores
De mi cielo divina y perfecta
Consagro mi corona de poeta,
Y adorno tus sienes de fragantes flores
Y así ángel de luz ¡Oh, mi Ana!
Por Dios, sea tu frente bendecida
Astro de la mañana en mi vida
Tú, más bella que una espléndida mañana
El alma de las flores es tu esencia
Y el amor por la vida tus encantos
Cual el alma debate con sus cantos
Cantos, ay, en que exhala tu existencia
Y tuyas son, amor de mis amores
Las flores todas, que de mi alma broten
Y aunque el fuego de mi vida agoten
Siempre verás mi alma en el color de las flores.

Historias de amor. Amor de un padre que muere por su hijo. Amor de hermanos que protegen con su sangre. Amor de un hombre y una mujer. Amor de quien toma una pluma para escribir sus sentimientos. Amor de una hija que guarda un secreto. Amor de una madre, que espera paciente el momento oportuno. Amor de una abuela amada. Amor a Dios. Amor de un nieto, de un hijo, de un padre que hoy escribe estas líneas para retribuir tanto amor heredado.

Del Valle Mizzau, Héctor Carlos *PIETRO...*

En el recuerdo surge su rostro aindiado, imagen afable y dicharachera; con saberes que le fueron transmitidos por sus ancestros, miraba la vida desde una extraña dimensión donde mi realidad no se fusionaba con ella.

Su figura estaba bañada por un aura que el inconmensurable amor de Dios da a esas personas que emanan bondad por todos sus poros, amaba sin medida a todo ser viviente, era comprensivo con todos, en especial niños, viejos y animales, robando su cariño y amor.

Viene a mi memoria aquello que solía hacer, como un mago sacaba de su galera cosas que aún no comprendo, sabía cómo curar al animal matrero que estaba embichado, con su puñal infaltable en su cintura daba vuelta el rostro del potro, no sé qué palabras decía y mientras lo hacía, los gusanos caían del equino como extraídos por una mano invisible, también curaba el asma y el hígado.

Era su piel cetrina, de estatura mediana, delgado, su cuerpo pura fibra, puro músculo, usaba sombrero negro, pañuelo al cuello, camisa mangas largas arremangada, bombacha batarasa ajustada por una faja negra en su cintura y alpargatas de yute; sus amigos del alma, una mula negra redomona de mediana alzada y ojos como carbón, un perro cimarrón de color barcino que siempre estaba a su lado como un eterno guardián.

Para él, lo material era efímero y vano, solía decir que el tiempo lo corrompe y lo destruye y que solo perduraba el amor.

Fue una noche estrellada del mes de julio cuando la escarcha, las gramíneas quemaban, su fiel mula esperando que de la modorra del alcohol despertara tomándolo como de costumbre lo hacía, de los fondillos en la montura lo ponía y hacía el rancho enderezaba; estaba todo escrito que en ese sitio y lugar su vida debía entregar. La helada pasó factura y sobre el lomo de su amada, Pietro quedó durmiendo el sueño eterno.

Retirar su cuerpo fue una proeza, mi tío fue quien lo hizo, porque la mula lo conocía. La policía estaba dispuesta a sacrificar al animal, porque impedía que nadie al cuerpo se acercara.

De su entierro, pasado tan solo veinticuatro horas, de tristeza murió su perro y para no quedarse atrás sumiendo su agonía, dos días después, emprendía, tras estela invisible, galope desenfrenado buscando encontrar lo amado, no sé en qué estrella "LA MULA".

Díaz Cantera, Jorge *Cuentos de un viejo inglés*

Era un viejo descendiente de ingleses, de fuerte estirpe y tradición rioplatense, si bien estudiante de un colegio porteño de su origen británico, se vino al campo de sus padres, en las sierras de Pillahuinco-Sistema Ventani-, en las laderas del cerro Chanco y con las mejores vistas de los cerros más altos. Allí, hacia 1940, comenzó sus tareas campestres, convirtiéndose de apoco en un clásico criollo llamado... ¡Ja! En sus paseos por las estancias de la zona y de hecho a caballo, con su gran simpatía y empatía iba, por toda la zona, conquistando amigos y amigas, pero también narraciones sobre los hechos que iba generando a su paso. Sus visitas pueblerinas más cercanas eran a Sierra de La Ventana, Saldungaray, Tornquist ,Pringles y Bahía Blanca.

Lamentablemente, el año pasado y con más de 90 años, dejó su existencia y todos sus amigos con una gran tristeza y, junto a su esposa , lo despedimos con una santa misa.

Él con su hermano siempre tenían leña cortada en cada uno de sus campos, o sea, para toda la familia y suficiente para cada temporada, acomodada perfectamente para que seque bien y de paso control de los rapiñeros, que en aquella época eran bastantes y de libre acceso como de circulación.

Así que en una mañana otoñal, al salir a recorrer el campo, notó el faltante, en las proximidades del Sauce Grande y con una rastrillada de un viejo carretón (las ruedas todas torcidas) que apuntaba hacia los pueblos lindantes y bien cargado.

Al volver, le contó a su familia lo sucedido; entre todos empezaron a pergeñar una solución; primero para ver quién era y segundo, si era posible, qué hacer para recuperarlo (sin avisar a la policía, por si había sido alguno conocido).

Asimismo, dejar pasar unos días para ver si el hecho se repetía. Al pícaro amigo, en su nobel juventud se le ocurrió desarmar algunos cartuchos, agujerear otro tanto de troncos y rellenarlos con la pólvora. Hubo un silencioso acuerdo y manos a la obra. Dejarlos bien tapados y arriba de la misma "pila". Mientras tanto, aumentar el "rastreo" en aquellos pueblos.

No pasó mucho tiempo, volvieron a robar y en otros días más escucharon los cuentos de las explosiones en la cocina económica ISTILART de... Enviado un espía, le preguntaron al dueño de la casa: Primero si hubo heridos. "¡No!", contestó. Segundo: "¿Y a quién le compró la leña? Un simple silencio fue la respuesta. Ya sabíamos certeramente quién había sido.

Al otro día, informado, Roy se fue hasta el pueblo y pasó por lo de Tal Señor, lo vio y le dijo: "¿todo bien?". De hecho, reconociéndole, aquel no contestó. Roy amplió su pregunta y le dijo: "¿CUANDO QUIERA LO ESPERO POR EL CAMPO!"

Fernández, Silvano

Open mind

Sucedió una mañana de abril. Iba por el centro de la ciudad cuando de imprevisto, pero anunciada, la lluvia cayó a raudales. Siendo uno más del grupo que prefería apelmazarse bajo esa parada de autobuses a mojarse, sucedió la magia. Advertí que, de entrada, le gusté. No me sacó sus ojos de encima. Sin disimulo se fue acercando y a los diez minutos, estaba dándome charla. Yo contribuí para ello. De expreso dejé caer algunas gotas sobre mi frente alisándome los rulos. Eso me daba un aspecto entre descuidado y romántico que siempre rindió con el mujeraje. Pero lo bueno dura poco y al amainar, solo dijo chau con la mano y no la vi más.

“No podés dejar que se te escape semejante bombón”, murmuré y salí tras ella. Disimuladamente la seguí pero, encandilado por su belleza, no advertí cuando se escondió en una tienda y detrás del escaparate me sorprendió agazapada. Caí en su celada. Esperé, cerrando los ojos, su enojo por semejante atrevimiento. Mi cara debe haber estado muy risueña porque pronto comenzó a reír. “¡Ganador!”, me dije en silencio, y permitió que la acompañara.

Al otro día, como por casualidad, merodeé por su barrio. A la segunda vuelta, los vecinos me miraron con recelo. La gente está muy susceptible y un extraño siempre es motivo de prevención. Pero valió la pena arriesgarse. Cuando la vi, con el pretexto de un poco de agua, ya había entrado a su casa. Dos noches después me invitó a cenar y... la hago corta, a la semana estaba durmiendo con ella.

No vaya usted a creer que no tenía pinta. Enseguida la empecé a cortejar, amimar y a prestarme para sus gustos. La acompañaba al súper, a la panadería o de compras. Sólo con su guiño, dejaba todo y me brindaba por entero. Se llama Marta, por si no lo dije, es un sol, y tenía, por entonces, veinticinco años. Para Pascuas, ya habíamos cumplido el primer año de convivencia.

Mis amigos se burlaban por minuevo estado burgués, y mi gordura. “¿Y cuál es el problema?”, les respondía. Yo vengo de la lleca, de mejorado sin cordón cuneta, criado entre malevos oportunistas y hembras flojas de papeles. ¿Por qué habría de renunciar a esta vida? Sí, es verdad, Marta es quien sale a trabajar, pero también es cierto que soy quien se encarga de la casa. Como si fuera poca tamaño responsabilidad. En esa época, casi nunca cocinábamos, ella casi, yo nunca. Traía la comida en unos tupper y con eso bastaba.

Me quiere, lo dice constantemente. Yo, la amo.

Quizás no debiera comentar semejante intimidad, pero, cuando sucedía, con sólo eso se justificaba el haber renunciado al pasado. Cuando se bañaba y estaba con tiempo, me invitaba a compartir la ducha. ¡Que placer, por Dios!, toda mía. La primera vez, ella estaba sonriente, yo temeroso. Sus dedos jabonosos dibujaron mi cuerpo. Tuve unos espasmos que le causaron gracia. Cierro los ojos y la veo a mi lado, erguida o agachada, volcándome champú, masajeando mis bucles alisados por el agua; rememorando de alguna manera la lluvia que nos presentó. Y en mí se despertaba algo, porque no podía dejar de besarla. Y a ella le gustaba, pues lo festejaba con besos, también. Y me rendía ante su excelencia por esos minutos de eternidad.

Pero no todo fue rosa. Llevábamos tres años de convivencia y nunca hicimos juramentos ante el altar. Y siempre dejó en claro que cualquiera tendría libertad de buscar otras experiencias.

¿Sería yo tan injusto de hacerle reproches? Si me dio todo. Me abrió las puertas de su casa, de su habitación, de su mundo. Me trataba como un igual, sabiendo que pertenecemos a facciones diferentes. ¿Por qué

habría de ser egoísta? Yo me sentía bien a través de su felicidad. Obvio, no me gustaba compartirla, pero cuando regresaba y se entregaba, lejos de disminuir, que siempre fue mi temor, su amor aumentaba en proporciones áureas, convirtiéndome en el ser más feliz del planeta.

Antes solía venir un idiota al que lo tenía montado en un huevo. No podía entender su ceguera por el boludo ese de bigotitos. Ni flores traía. Una vez se dejó la billetera en el aparador, mi hice el pavo y se la escondí en el patio. ¡Cómo arrugó! Supo que fui yo, pero me tenía miedo. Muy cagón. No era para ella.

El otro que supo venir era un poco menos pelotudo que este, pero terminó siendo un terrible hijo de puta. Traía siempre alzado un caniche toy “¡Ese perro es de putos o cagadores!”, le decía, pero ella, embobada con el fulano, no me escuchaba. Encima me lo daban para entretenerlo. Si me vieran los amigos. En el barrio no dura un minuto. Igual, lo dejaba en el patio y entraba al cuartito de las herramientas para entretenerme con algo. Una vez, un ruido desacostumbrado, atrajo mi atención. Me asomo por la ventana y lo descubro abriendo el cajón de la cómoda, afanándole sus alhajas. ¡El quilombo que armé! De un uñazo, el caniche voló diez cuadras, y a él, poco faltó para que me lo morfe. Si Marta no se colocaba entre ambos, el final hubiese sido otro. No podía controlarme. Fue la primera y única vez que me gritó, era consciente de que lo mataba. Igualmente, no se la llevó de arriba. Ella lo sacó cagando. Yo, a los costados del auto, le dejé mi huella como un souvenir.

Pero con Juan fue diferente. Tiempo después, apareció este flaco desgarrado que prendía unos cigarrillos más finos que un pincel. Él entendió nuestra unión. Cuando llegaba, charlaba primero conmigo. Eso me gustó. Incluso pedía que me quedara a ver la tele. Traía una vibra diferente de los demás. En una ocasión, se apareció de pañuelo en la cabeza, enterito de jean y una guitarra. Me le cagué de risa mal. No la estaba templando que ya nos tenía en su bolsillo. “Me voy”, dijo coincidiendo con el fin de la segunda copa. “Pasá”, le respondió señalándole la habitación, con los mismos ojos que puso seis años atrás cuando era yo el que entraba a dormir. Me alegré por ella. Giré para dejarlos y escuché su voz invitándome a entrar. Me alegré por mí. Definitivamente, Juan era el elegido.

Pasaron tres años, se casaron, y hoy su hijo tiene seis meses. Es una criatura divina. Dicen que es la cara de ambos. El trío pasó a ser cuarteto. Pero lo extraordinario es que, como aquella lluviosa mañana de abril, no ha dejado de quererme, besarme y bañarse conmigo. Por eso, no te extrañes que a mi vejez, con catorce años recién cumplidos y una displasia que avanza implacable, siga moviendo mi rabo cada vez que la vea regresar del laburo.

Fernández Blanco, Héctor *Nelly y Norma*

A pesar de lo que aquí relato, sería desleal de mi parte no estar agradecido con Nelly y Norma, las dos primeras mujeres con quienes me vinculé en mi vida.

Cada una, a su manera, me transmitió cosas imprescindibles para la vida de un hombre moderno.

Con Nelly todo comenzó, como siempre comienza, con gestos muy amables y cariñosos pero al poco tiempo demostró ser muy dominante, todo debía ser como ella quería.

Nuestra relación fue tornando desagradable. Le molestaba mi inclinación natural hacia la izquierda. ¿qué tenía que fuese zurdo?. Para ella todo pasaba por la derecha. ¡Qué mente cerrada!.

Teníamos una diferencia de edad apreciable, ella era mucho mayor que yo.

Aruiné mi vocación de artista plástico, para ella las mariposas eran como las había concebido la naturaleza, absolutamente simétricas. Mis mariposas nolo eran. Si bien los contornos de las alas eran simétricos, los colores no tenían porque serlo, un ala verde con lunares amarillos y la otra roja con rayas azules.

Yo estaba feliz con mis mariposas, eran mi creación, especialmente una, de alas cubiertas de finos círculos concéntricos,.... bueno, casi concéntricos, de todos los colores.

Hoy imagino, con desconsuelo, mis mariposas asimétricas volando entre los relojes blandos de Dalí.

Ella, criticó y criticó, hasta que no pinté más mariposas.

Cuando vio que ya no pintaba me trajo un dibujo suyo para que yo le pusiera color, un burro. Sí, créanlo un burro, cosa monocromay monótona si la hay, un burro.

Una tarde me pasé cruzado de brazos mirándolo y no lo pinté. Ni voy a pintar jamás uno. Tan tirante fue nuestra relación que ni ahora, que sé que Nelly ha muerto, voy a pintar un burro.

Todo debía ser como ella decía, pura imposición. Nunca una razón que indujera a un convencimiento.

Para colmo tenía un buen trato con mi madre, conversaban casi todos los días; lo cual, quíerose o no, ejerció su influencia para que yo intentara llevar la relación lo mejor posible.

Por suerte duró poco, antes de que comenzara el verano cada cual tomo su camino, para mí fue un gran alivio.

El verano lo dedique a olvidarme de ella... bah... todo el verano, no; en realidad antes de Navidad ya Nelly estaba enterrada en mi pasado, no quería ni recordarla.

Los largos días de estío los dedique a aprenderá a nadar, importante tema pendiente, que me permitió conocer las piletas de distintos clubes siempre acompañado de mis primos y amigos.

Antes de que termine el verano conocí a Norma, era todo lo que uno puede imaginar y querer de las mujeres en una sola; fue amor a primera vista.

Dulce, comprensiva, siempre dispuesta a escuchar con una sonrisa.

Muy femenina, con una voz suave que invitaba a abstraerse del mundo y atenderla en silencio.

Además su conversación era muy agradable, daba gusto escucharla; jamás imponía nada, ella sabía convencer.

Una mujer por la cual uno está dispuesto a dejar todo, ¡todo!, la familia y hasta sus amigos. Yo me casaba con ella.

Estaba absolutamente enamorado, si al estar enamorado le cabe algún calificativo.

Donde va, cosa de no creer, que me engripo, una gripe fortísima. De esas que te mandan una semana a la cama sin poder contactarte con nadie.

Recuerdo que abandoné los lugares que solía frecuentar un miércoles y volví el jueves de la semana siguiente; para encontrarme a labarra de amigos y amigas alborotada y convulsionada, preparando, para el día siguiente, la despedida de Norma. Sí, Norma se casaba con otro.

Jorge me dio la noticia, fue un mazazo en medio de los hemisferios cerebrales. Quedé cataléptico.

No podía ser, la mujer ideal se casaba con otro.

No agrega nada contar que aunque todos mis amigos y amigas fueron al casamiento yo no quise ni enterarme a qué hora era.

Y se casó el sábado siguiente; y se fue; y no volvió nunca más.

La que sí volvió, imponiéndose como siempre, fue..... Nelly..... tratando de suplantar a Norma. Regresó peor que antes pues se había puesto gritona. Trató de ser simpática pero yo me mantenía distante y abstraído sin poder superar la traición de Norma. Cíclicamente, a fines de noviembre se volvió a cortar la relación con Nelly. Otra vez mis amigos, mis primos y la natación me salvaron rescatándome de la depresión total. Gracias a ellos, sin trauma ni secuela alguna, empecé segundo grado.

Agradecimiento: Mi eterna gratitud a la Sras. Nelly B. y Norma P. sin cuya ímproba tarea me hubiera sido imposible escribir esta obra. Mis maestras de salita de cinco años de jardín de infantes y primer grado respectivamente.

Gouirán, Marcelo *Ambrosio, el amigo a quien se creía muerto* *(o El falso velorio)*

Ambrosio y sus amigos eran de mucho tomar, casi todas las noches se embriagaban a fondo y, al día siguiente, no sabían lo que habían hecho la noche anterior. Una de ellas, que venían de un burdel muy atorrante, y como corresponde muy borrachos, se meten en la casa de Ambrosio, y como una broma, para ellos muy divertida, lo encierran al dueño de casa en la parte inferior del enorme ropero que había sido de sus padres y lo dejan durmiendo la mona.

Al día siguiente, cuando Ambrosio despierta, con una bruta resaca, y se ve entre dos estantes de madera, piensa que está metido en un ataúd, es decir, ¿piensa que está muerto!.

“Que lástima -sigue asumiendo-, anoche estábamos tan contentos con los muchachos y ahora deben estar llorando en mi velorio”.

Lo que a Ambrosio le llama la atención son los olores, que son los habituales de su casa y que no deberían tener nada que hacer dentro de un cajón fúnebre. Es decir que Ambrosio, aún, no se ha dado cuenta de que se encuentra en el suelo del ropero de sus viejos, y que el olor que siente es la mezcla de los olores de sus padres.

Pero el tema es que el rumor del fallecimiento de Ambrosio ha corrido por las cercanías, y aquellos que no habían estado complotados en el falso velorio, ignoran todo, y los que sí lo estaban, nada recuerdan, o no saben decir nada coherente.

Van cayendo a la casa del finado para darle el pésame a la familia. Esta se encuentra totalmente absorta, no entiende nada, y menos tienen idea de dónde puede estar el cuerpo del difunto.

Como es habitual, el grupo de amigos de Ambrosio se presenta en el velatorio, bastante borrachos, y para amenizar el evento, solamente sirven grapa y ginebra a los concurrentes. Las risotadas que se escuchan en el salón son elocuentes del estado de los asistentes al evento, tanto de hombres como de mujeres amigas que también son afectas a la bebida. Salvo los parientes directos del “finado” Ambrosio, que no entienden nada, y que son los únicos que lloriquean un poco.

Algunos de los íntimos, que quieren rendir un homenaje menos beodo, comienzan a recorrer la casa de Ambrosio, en búsqueda de la capilla ardiente. Lo único que les llama la atención en la habitación de Ambrosio es un grito de lamento del supuesto finado, y que sin duda provenía del ropero de los viejos. Al oír este gímo, todos los presentes, amigos, parientes y vecinos, algunos ya muy ebrios, salen corriendo como ratas por tirante hacia la vereda pidiendo

auxilio a la policía, muy asustados por el grito de ultratumba que han escuchado. Esta, conociendo el entorno de Ambrosio, no les da entidad.

Al cabo de un par de días, la mucama, colgando unas camisas del finado, y a partir de un nauseabundo olor que emana del ropero, descubre al pobre Ambrosio,

atontado, barbudo, e invadido de sus propias miasmas.

Los malhechores de sus amigos jamás se acordaron de haberlo encerrado en el ropero de los viejos de Ambrosio, y este algo recuerda del episodio, pero sin ninguna precisión.

Halac, Clara Rut

Laura se levantó con esfuerzo, un rayo de luz entraba decidido por la persiana. Salir de la cama le costaba en invierno no sólo por el abrigo y el calorcito sino porque el mero acto de apartar la sábanas y frazada significaba entrar al mundo exterior y sus asperezas.

Un poco dormida todavía puso a hervir el agua, mientras calentaba la leche en el microondas, una vez caliente colocó dos cucharaditas de café, edulcorante y llenó con agua caliente, para no tomar tanta leche. Miró el reloj de la cocina y pegó un salto, las siete menos cuarto, tenía unos minutos para vestirse y salir. Lo hizo volando, recogió su cartera, las carpetas de trabajo y ya en el ascensor se miró en el espejo, el cabello no estaba tan prolijo pero había mucha humedad. Por lo demás quedó conforme.

Caminó las 13 cuadras al subte y subió rápido para tener asiento. Era la primera estación, Congreso y por eso caminaba tantas cuadras, para viajar sentada.

Una vez allí miró las caras de la gente. Siempre le causaban gracia las miradas de nada que tienen las personas en un ascensor o en el subte. Ahora con los celulares eso había cambiado pero a esa hora poca gente usa el celular. Algunos leían, otros cerraban los ojos pero la mayoría miraba hacia adelante con la mirada vacía, en tránsito hacia donde iban.

De repente su mirada se cruzó con la de un muchacho agradable, sonriente, algo excepcional a esa hora. Desvió la vista porque él la estaba mirando y cuando volvió a mirarlo le seguía con la vista clavada en ella. De nuevo bajó la mirada pensando qué expresividad en los ojos!! y ya no volvió a mirarlo.

Llegada su parada se alistó para bajar pero alguien la empujó violentamente y se le cayeron las carpetas que traía en el brazo. Se agachó para levantar todo resoplando y vio unas manos que en un segundo apilaron las hojas y se las extendieron amables. Cuando miró al dueño de esas manos era el muchacho de los ojos... tremendos.

Pensó que tendría 35 años, no tenía anillo de casado y estaba muy bien vestido.

Le agradeció toda colorada no sabía si por el esfuerzo de agacharse o por esa mirada, él le dijo: para donde vas? Ella contestó "bajo aquí".

El dijo "yo también, para donde vas?, repitió "derecho por Diagonal Norte".

Empezaron a caminar juntos.

Él le hizo varias preguntas, se enteró de su nombre, Diego y le dijo el suyo, lo notó educado, amable.

Cuando llegó a su trabajo él le preguntó si podía llamarla y ella le dijo que sí y le dio su celular.

A partir de ese momento no podía dejar de pensar en ese encuentro, en si la llamaría. Ese día era jueves.

No la llamó, el viernes tampoco pero el sábado a la mañana sonó su celular y una voz dijo Laura?

Sí...quién habla?

Soy Diego, estás ocupada?

No, cómo estás?

Bien, tenés programa para esta noche?

No sabía que contestar, porqué no la llamó un día antes?, acaso se quedó él sin programa y ella era el último recurso? Se escuchó contestando: estaba armando algo pero no es firme porqué?

Porque me gustaría verte. Te busco a las 10? Dame la dirección.

Se había vuelto tarada? Se escuchó dándole la dirección y esa noche se vistió con tanto esmero que se vio hermosa. Le faltaban tres meses para cumplir 29 pero parecía menos, todo el mundo se lo decía.

Pasó a buscarla con un auto muy lindo. Fueron cenar y después a bailar. En la cena hablaron mucho. Le contó de su vida, y ella de la suya. Eran dos personas jóvenes, profesionales, de familia, abriéndose camino con sus trabajos. Ya en la discoteca, le gustó cómo bailaba, tenía ritmo y sabía moverse. Cuando la música se calmó un poco sintió que él la envolvía con sus brazos fuertes, olió su perfume muy varonil y tuvo que hacer un esfuerzo para no temblar porque él se hubiera dado cuenta.

Más tarde, cuando estacionó el auto en la puerta de su casa la abrazó y le dio un beso profundo, de hombre que sabe besar. Ella sintió como un estallido, una explosión de sensaciones que la dejaron débil y muy expuesta.

Se bajó del auto rápido, hizo una seña con la mano y entró volando en su casa.

Nunca había sentido nada ni parecido. Era como una descarga eléctrica pero tan placentera, tan agradable que quería más y más.

Pero después, los días que siguieron no la llamó más.

Pasaron dos semanas, Laura lo llamó varias veces e invariablemente escuchaba el mensaje del contestador. Hasta que decidió averiguar a quién pertenecía ese teléfono, ella tenía un amigo que podía hacerlo y necesitaba saber.

Efectivamente, pudo averiguar la dirección a la que pertenecía el celular y se vio tocando el timbre, muy nerviosa.

Atendió una señora muy amable, y a la pregunta de "está Diego?", la señora respondió que había tenido un accidente, le habían robado el auto, y todo lo que llevaba y lo golpearon mucho.

Agregó el nombre del sanatorio en el que estaba internado.

Laura salió corriendo, la respiración entrecortada, estaba emocionada, aliviada de que hubo una explicación, asustada de que él no estuviera bien, era demasiado fuerte todo. Le dijeron la habitación en la recepción, tomó el ascensor y cuando llegó a la puerta se asomó apenas. Alcanzó a divisar su rostro en la penumbra, el giró la cabeza como si adivinara que había alguien y cuando la vio su expresión fue de mucho asombro y emoción.

Laura se acercó a la cama rápido y lo abrazó con mucha ternura. Él la apretó y le dio un beso en la boca, largo, interminable. Sentía que se conocían desde siempre. Pero debían ir paso a paso.

Pensó en esa magia que une a dos personas y despierta tantos sentimientos y sensaciones, era como un sueño.

Un sueño pero real, una verdadera historia de amor.

Jorgensen, Osvaldo

H i m e n e o

Como venía haciéndolo desde varios días atrás, se posó suavemente en la rama más alta del esbelto álamo del bosque para esperar una vez más el paso de la hermosa libélula que había trastornado su existencia. ¿Qué le estaba ocurriendo? Nunca antes le había pasado algo semejante. En los largos vuelos, en compañía de sus congéneres, había conocido y jugueteado con diáfanas libélulas de estilizada figura y alas multicolores, ligeras como el viento y las espigas que se mecían en el campo.

Pero desde la tarde en que contempló por primera vez el raudo vuelo de aquella libélula, quedó deslumbrado, lo que motivó que se separara de su grupo para instalarse solitario en lo más alto del álamo del bosque.

Ya debía estar por llegar... Una extraña sensación, mezcla de ansiedad y de emoción, volvió a embargarlo, perturbando sus sentidos e impidiéndole todo razonamiento o actitud ante su presencia.

Cuando percibió el lejano aleteo -que podía identificar aún en medio de un enjambre- se puso tenso y nervioso, pero convencido de que no podía esperar más... tenía que decidirse y volar hasta ella. Qué curioso, pensó... él, que siempre se vanagloriaba de haber conquistado a quién se propusiera, ante el solo aleteo de la hermosa libélula se sentía tembloroso y sorprendido por cómo la crisálida que se ha convertido en mariposa.

Por fin la vio venir...Contempló su afinado cuerpo reflejando los brillantes rayos del sol, mientras sus alas se movían tan rápidamente que parecían invisibles. Entonces no dudó más..., aleteó primero suavemente y después, con toda su fuerza, se lanzó hacia arriba...Subió y subió velozmente para encontrarse de una vez por todas con el motivo de sus desvelos y hacerla suya en ese refulgente cielo azul.

Pero, en su euforia amorosa, no se había dado cuenta de que lo que día tras día lo había enloquecido hasta el paroxismo no pertenecía a su misma especie...

Ante la insólita presencia del extraño ser o "cosa" que había confundido con una libélula de su especie, intentó develar el misterio, pero no pudo concretarlo porque fue succionado violentamente por el torbellino producido por las aspas del helicóptero que diariamente recorría esa zona en vuelos de rutina.

Giró y giró enloquecidamente hasta que su cuerpo fue desintegrado en cientos de fragmentos.

Los restos de sus transparentes alas, brillantes y ligeras como el polen que lleva el viento, quedaron en suspensión por algunos instantes, para caer y depositarse finalmente sobre las ramas del esbelto álamo del bosque en el que durante tanto tiempo había esperado el momento de desposarse con su imaginada amada.

Kendy

El Aguijón de mi Alma

Descifrar lo que sucede me llevó mucho tiempo. Ocurre una, dos, a lo sumo tres veces en el año. Días tan reales, que me hacen sentir que todo el resto es una farsa. Por un lado mi vida, mi historia, tal como es ahora; pero por el otro, los sentimientos más oscuros que salen a la superficie para reclamar. Meses de tranquilidad, contra las veinticuatro horas más intensas, infiltradas de otra vida, tan lejanas la una de la otra. Empezaré entonces a hablar de quien soy, la mayor parte del tiempo.

Sé que mi marido me ama, él me hace tan feliz, me ha dado los tres hijos más maravillosos del mundo. Adoro cada vez que me llaman mamá. Y él es realmente un esposo ejemplar. Se desvive por nosotros. En sus brazos me siento segura, protegida, valorada. A menudo contemplo con una sonrisa el brillo de nuestra alianza en mi mano. Es algo de lo que me enorgullezco, me honra en gran manera. Con esto no quiero decir que todo sea fantástico o perfecto, desde luego hemos tenido nuestras diferencias, escollos que superar, pero de todos hemos salido victoriosos, más fortalecidos, más cerca el uno del otro. Solo algo se interpone, lo que llamo, el aguijón de mi alma. Nunca sé con exactitud el día en que aparecerá. Puede ser cada siete o cuatro meses, dura un solo día y se va. Me deja ser feliz, pero un tiempo; luego vuelve y me hace sentir la mujer más desdichada del universo. Poco de lo que haga en la diaria, afectará a ese instante puntual, en que el aguijón aparezca, pero soy muy consiente de que mis actos durante dicho día abismal, determinarán el resto de mi vida para siempre.

He tratado de encontrar una lógica a sus apariciones, puede ser que suceda cuando me encuentre en mi mejor momento, cuando me siento realizada, plena. Recuerdo que al volver de mi luna de miel sucedió, y también luego de nacer mi primer hija. Puede ser, pienso a veces, que los días de abismo se activan cuando tengo miedo de desilusionarme, evitando con su presencia dicha frustración: en vez de que ello suceda, mi aguijón ataca y enloquezco. Otra hipótesis que he manejado es que el abismo se genera directamente al desilusionarme de mi felicidad, y viene a susurrarme “jamás podrás ser en verdad feliz, solo en sus brazos”. Y quisiera decirle lo que pienso ahora, que no importa que tan feliz podría hacerme él, yo ya he elegido mi familia, esta felicidad me basta, aunque sea menor. ¿qué importa?, yo la amo y la he escogido. Pero en esos otros días, no pienso así. Una o dos veces al año, desde que despierto hasta que logro dormir amo con locura a otro hombre. Siempre es el mismo, y si bien nada siento por él en este momento, debo estar preparada, porque al amanecer un día, sentiré que es el único dueño de mi corazón, y con desesperación buscaré el modo de correr hasta encontrarlo. Esta tortura, la he venido padeciendo desde los días de mi adolescencia, cuando lo conocí, y me enamoré, pero al cabo de muy poco tiempo comprendí que jamás estaríamos juntos, él no me amaba. Es decir que hubo un tiempo muy lejano en el que mi vida natural giraba en torno a él, que estar despierta era estar acariciando su nombre con mis pensamientos. Pero yo debí luchar, y con todas mis lágrimas lo lloré para que desapareciera de mi corazón, y cuando creí que lo mismo era imposible, porque el dolor de su vacío me hostigaba, un día, simplemente desapareció. De a poco volví a sonreír, de a poco volví a ilusionarme, y comprendí que no hay obstáculo en la vida que no se supere, incluso la muerte que es una parte tan natural de ella. Conocí a otras personas, tuve amigos

y parejas, y tiempos en los que quise estar sola. Pero como una sombra en mi mente, él sabía reaparecer.

Es así que me surgen unas desesperadas ganas de ir a buscarlo, besarlo, abrazarlo, estar junto a él. En esos días lo amo, y tengo la sensación de que lo ha amado siempre; una voz maldita me canta que solo podré ser feliz junto a él, y que no importa cuanto luche por mi vida, tarde o temprano caeré en sus brazos. Estas palabras las puedo dudar hoy, pero en esos momentos, son una certeza. Es entonces que miro a mi marido, mis hijos, o me veo a mí, y lloro desconsoladamente. Y quiero llamarlo, que venga a buscarme. El riesgo es que sé que vendría. Es por eso que insistí en mudarnos lejos, aunque recuerdo muy bien su teléfono y su dirección. Los días en que mi aguijón ataca, tienen la particularidad de ser especialmente largos, los segundos están a gran distancia uno de otro, solo se acelera mi mente, y especula qué pasaría si nos llegásemos a encontrar. Sin duda la tragedia más grande de mi vida, de solo pensar en ver sus ojos, o tocar su piel, sé con certeza que nos quemaríamos. El cuerpo me arde de solo sentir su nombre, y es por eso que me niego a pronunciarlo. Pero esta voz salvaje, me dice que solo apaciguaré este deseo si le doy lugar, solo una vez y acabara mi pena. Pero, ¿qué será entonces? al día siguiente despertaré y me invadirá un asco tan profundo que no podré aliviar en mi vida, opacando parte siempre mi existencia. Todo lo que haga junto a aquel hombre en una jornada de locura, concluirá ese mismo día, no sucederá que él lo deje todo para quedarse a mi lado. Porque no sucedió una vez, cuando ambos éramos libres, él no se animó a amarme.

Imagino a veces que sería si estuviese a su lado desde aquel entonces, y sé que no sería feliz, y en mis días más oscuros, también sé que no me espera una vida junto a él, pero me conformo con un instante, con un beso. Sucedió un día que quise acabar con esa voz maldita, y entonces pensé en matarlo, pero luego comprendí que él podría morir, y buscaría yo la forma de ir a desenterrarlo a lo sumo dos veces año para estar con él. Él debe dejar de existir en mi mente, pero como eso es imposible, en otra ocasión creí que la única salida era que mi propia mente dejase de existir. Era tal mi desesperación que busqué una navaja, y llené de agua caliente la bañera. Era de noche, y yo estaba desangrándome adormecida. Desperté de repente al sentir ruidos, y puesto que ya era otro día, la sombra abismal había cesado y ya no era necesario morir. Con un gran esfuerzo, recordando la sonrisa de mis niños logré tomar un toallón y controlar la herida. Con prisa logré vendarme. Es un milagro que continúe con vida. Nadie jamás sospechó nada, desde luego, ¿quién podría creer que una mujer tan afortunada como lo soy yo pudiese atentar contra su vida?

Desde entonces tuve que protegerme, alejé todo tipo de sustancia tóxica, y trato de pasar con gente la mayor parte del tiempo. He puesto fotografías de mi familia por toda la casa, para que me den fuerza y me recuerden que debo permanecer a su lado. Escondí notas del estilo “jamás olvides el amor de tu familia”, “sabes que los amas aunque lo dudes”, o “recuerda tus momentos más felices y quienes te acompañaban, recordarás el amor de quienes estuvieron en tus momentos más duros”. He escrito también mis sueños para el futuro, el ver crecer a mis hijos, viajar junto a mi marido. Estas notas y otras he guardado en diferentes sitios, sabiendo que cuando el aguijón ataque buscaré en mi desesperación diferentes cosas, y al leerlas puede que me hagan reaccionar. Esta es mi guerra, y este aguijón estará clavado por siempre dentro de mí. Hoy elijo amar, y ese será mi escudo para jamás volver a sus brazos.

Kraser, Graciela

El reloj detuvo su marcha

Ella guardó aquellas palabras con llave y el reloj detuvo su marcha.

Cree que nunca más volverá a pronunciarlas y, sola, llora el dolor de su alma.

Era una cálida noche de otoño en donde se produjo aquella despedida, todo su cuerpo sintió el desprecio hacia su amor. Tanto tiempo cultivando amorosamente aquel pimpollo convertido en una hermosa flor.

Tan aprisa vivía que no reparó en su transformación. No advirtió los sentimientos que albergaba.

La vio alejarse, sin darse la vuelta, casi feliz de su decisión. Abandonaba la tierra fecunda que le había dado vida, que la había nutrido para acrecentar su fortaleza. No vio sus lágrimas, no sintió sus latidos, tan indiferente que no reparó en su dolor.

El tiempo pasó... aún espera su llegada, pero ahora más serena comprende que no era su flor, no le pertenecía, tenía que dejarla volar, recorrer caminos, aunque, en su añoranza, sienta su aroma.

Verdad es que aquel día el reloj detuvo su marcha, incondicional testigo de su desgarrado corazón.

Nunca más se escuchó su acompasado vaivén, las horas no fueron señaladas, también sintióse herido. Sin embargo cuando ella lo desee, él abrirá su interior, le entregará la llave que guardan aquellas palabras y por fin retomará su marcha.

Levy, Carlos

La noche de los museos

El encuentro con el grupo estaba combinado para las 20 hs en la Escuela Argentina Modelo. En teoría, todo planificado. Pero la realidad se presentó de manera diferente. 19.50: recibo sms: -Estoy en Riobamba 775. El encuentro es en Riobamba 925. -Te voy a buscar- respondo.

Camino hacia el maravilloso e iluminado Palacio de Aguas. Con la música que provenía del Normal N°1 (también participaba de la Noche de los Museos), se crea un ambiente placentero que se interrumpe cuando recibo otro sms: -Estoy haciendo la cola, voy entrando. disculpame-

“Confundir el Palacio de Aguas con la Escuela Argentina Modelo requiere imaginación, no importa”, me digo a mí mismo-. “Otras personas me están esperando: Vamos todavía!”.

20.15hs: La Escuela luce elegante. El aroma de los jazmines invade, pero nadie me esperaba. (al día siguiente supe que llegaron más tarde). Desalentado, me aferré al itinerario como a una tabla en medio del mar.

Tomé un taxi que al llegar a la esquina de Ayacucho y Quintana marcó 20.02: Capicúa, ¡número de suerte! Asumí definitivamente que debía continuar el recorrido solo. Nuevamente entusiasmado, aprecié la noche templada, la brisa agradable, el cielo despejado, la Iglesia del Pilar iluminada y me dije: -Con el grupo no hubiera podido prestar atención a tanta belleza, aunque no sé si hubiera elegido venir solo-.

El Centro Cultural Recoleta estaba de fiesta. Fui directamente a la sala donde el día anterior había visto “Latente”, la instalación celebrando a Eros que me había encantado. La artista con quien esperaba conversar tampoco estaba.

Otro cambio en el plan original, otra sensación de desazón. Sentí como si estuviera contra las

cuerdas recibiendo golpes de todos lados. En estos casos, las lecciones indican que hay que buscar apoyo en las cuerdas hasta conectar con lo mejor dentro de uno mismo como del entorno. Instintivamente, me dirijo hasta el banco que está debajo del árbol más grande del jardín de los tilos. Veo la gente pasar. Por primera vez en la noche, registro la belleza de este fenómeno humano: la celebración de la Noche de los Museos, evento que motiva un sano entusiasmo. Me uno a los que circulan y llego a la terraza de las esculturas sobre la explanada. Casi desierta, es ideal para bailar al aire libre y en la oscuridad. Un spot ilumina y mi sombra agigantada se proyecta.

21.15: Del Centro Cultural y pasando por Plaza Francia, voy hacia la puerta del Palais de Glace, lo que me permite hacer una pausa para retomar la sensación de equilibrio interior. Finalmente, voy hacia la sala que da sobre Avda. Del Libertador, porque van a proyectar documentales sobre artistas, pero estar sentado esperando hora y media sobre el césped no me seduce. Una mujer menciona que hay combis que llevan hacia otros museos, surge la tentación de abandonar el itinerario. Decido entrar en busca de información. Dos mujeres atienden al público. Hago contacto visual con Silvana, la de voz más clara y potente, y le pregunto sobre el documental de Pajarito Zaguri que estaba anunciado. Al escuchar el nombre del cantautor, el rostro se le ilumina, lo que justificó abrazos apretados, besos en las mejillas y un piquito después de bastante insistencia. En esos mágicos minutos no hubo flujo de gente entrando, por lo que tanto Silvana como su colega pudieron entregarse a este fugaz encuentro sin desatender su trabajo: Silvana y yo posando mientras su colega nos tomaba fotos.

Ellas regresan a sus tareas y yo a pedir permiso para llevar una silla al jardín. Después de varias negativas, Cristian, el jefe de seguridad, accede. Como tengo todavía media hora de espera, recorro la excelente retrospectiva 1970-2014 de Ernesto Pesce.

22.30: Otra vez el trámite para llevar la silla al jardín. Por suerte un empleado lo hace. No hubiera podido porque había que bajar por una larga escalera y con mi bolsa en una mano y la silla en la otra, no tenía posibilidades de agarrarme del pasamano.

El documental “La leyenda de Pajarito Zaguri” me recordó los festivales de música progresiva de los finales de los 60, en que mis ídolos eran “Manal”, “Almendra”, “Moris”, “Pajarito Zaguri” y “La Barra de Chocolate”. Fue en ese periodo en que el mensaje de las letras de estos grupos unido a la lectura de dos libros magníficos: “El Lobo Estepario”, de Hesse y “Ética y Psicoanálisis”, de Fromm, dieron el impulso para comenzar a superar las represiones sexuales establecidas en la adolescencia. Claro que las canciones y los libros no fueron suficientes: una chica libre de prejuicios fue mi compañera en esa etapa. Al cabo de la hora y media que duró el film, sentí como si volviera a aquella época.

00.00: Decidí descartar dos puntos del itinerario. Me senté en la puerta del Palais de Glace para contemplar el bello espectáculo de la gente caminando y deambulando de un museo a otro en esa maravillosa e intensa noche de primavera. Tomé mate cocido en la Biela y luego caminé hacia el Colegio de Escribanos.

01.45: Al igual que el año anterior, “La Louisiana Jazz Band” fue el magnífico cierre de La Noche de los Museos en el Colegio de Escribanos. Bailé intercambiando miradas risueñas y movimientos cómplices con gente de la platea. Una chica se acercó y otras dos se sumaron. Todos compartíamos. Los músicos, complacidos.

“Cuando los Santos vienen marchando” hizo que el cierre fuera apoteótico. Se formó una larga fila de gente bailando. ¡Era un mar de alegría!

04.00: Al terminar el concierto, quedé charlando con una chica húngara que había llegado a Argentina en circunstancias especiales. Decidimos tomar algo, pero los cafés ya estaban cerrados. Conversando caminamos largas cuadras.

06.00: Llegué a casa después del amanecer con una bella sensación que hacía tiempo no tenía.

Librante, Evelyn Giselle

-No vayas, por favor- le suplicó. Lo conocía, sabía lo que pensaba. Lo pudo ver en su mirada, tan firme y determinada. Siempre había admirado aquello de él, su valor, sus deseos de ayudar a otros, y la manera en que llevaba todo lo que se proponía a cabo. Sin embargo, en esta oportunidad, sólo por esa vez, deseaba que se volviese una persona egoísta.

Él le sonrió amablemente y acercó su mano para acariciar su cabello.

-No te preocupes. Estaré bien. Te lo prometo.

Sus palabras le transmitieron una confianza efímera. Quería creer en ellas, pero su corazón se agitó de preocupación al verlo entrar a aquél edificio en llamas. Las cosas no debieron terminar de esa manera. Se suponía que ese día sería solamente para ellos dos, de disfrute y descanso, lejos de sus obligaciones cotidianas. Sería dedicado a su amor y a vivir y compartir más momentos juntos.

Por sobre todo, ese día estaba dedicado a la propuesta de matrimonio. Ella lo había sospechado desde hacía unos días, pero no quiso arruinarle la ilusión a su pareja. Fingió sorpresa, pero incluso con su conocimiento previo, el momento fue mágico. Sin embargo, jamás pudo dar su respuesta. Alguien gritó y la gente corrió, rápidamente las llamas comenzaron a consumir todo a su paso.

Ellos lograron salir con rapidez, pero no todos corrieron con la misma suerte. Aún había gente atrapada. Se llevó una mano al pecho e intentó contener las lágrimas que amenazaban con escaparse. No quería pensar en el peor de los escenarios. Él dedicaba su vida a salvar personas, era un bombero, estaba acostumbrado a arriesgarse de esa manera, estaba entrenado para eso. Sin embargo, en esos momentos no tenía el equipo adecuado, mucho menos estaba acompañado por otros bomberos.

Pronto los servicios de emergencia de la zona aparecieron para ayudar. La policía comenzó a evacuar los alrededores y las ambulancias a llevarse a las personas a los hospitales cercanos. Ella no pudo permanecer más allí. Tuvo que alejarse con la incertidumbre carcomiendo su cerebro, con la angustia de tener que esperar y no saber.

-Lo siento- fueron las últimas palabras que recuerda de ese día.

La lluvia caía torrencial golpeando el frío mármol frente a ella. Las nubes ocultaban la claridad del cielo, dando un aspecto más lúgubre al lugar.

-¿Te encuentras bien? -le cuestionó su mejor amigo

-¿Me veo bien? -respondió con ironía.

Él decidió ignorar su tono. Sabía que estaba pasando por un momento difícil y la apoyaría de manera incondicional hasta que se recuperase.

-Salvó a muchas personas.

-Pero no pudo salvarse a sí mismo —replicó con amargura. Se acercó a la tumba y acarició la lápida. — Ni

siquiera pude darle mi respuesta.

-¿A qué te referes?

-Sobre la propuesta de matrimonio. Nunca le di mi respuesta.

-¿Por qué no se la das ahora?

Volteó a mirar a su amigo con sorpresa y extrañeza. ¿De qué estaba hablando? Su prometido había muerto y sólo había dejado un cuerpo sin vida que ahora estaba enterrado algunos metros bajo tierra. ¿Tendría algún sentido darle una respuesta ahora?

-¿Te estás mofando de mí?

-En lo absoluto. ¿No eras tú la que siempre hablaba de la vida después de la muerte?

Ella miró hacia la tumba, permaneciendo inmóvil por unos momentos. El viento sopló con fuerza removiendo su cabello, ella lo tomó para evitar que terminase sobre su rostro, entonces recordó la última vez que él lo acarició. Aquél día, cuando le aseguró que estaría bien, que nada ocurriría. Un nudo se formó en la boca de su estómago, trago saliva y mordió su labio para contener su ira y su tristeza. ¿Por qué le había prometido algo que no había podido cumplir?

-¡Por supuesto que me casaría contigo, tonto! —gritó a todo pulmón y se recargó sobre la tumba mientras las lágrimas comenzaron a brotar con desesperación.

Lo amaba, eso no cambiaría jamás, incluso si ya no estaba en este mundo. No importaba cuánto tiempo transcurriese, aún si su herida sanaba, ella nunca lo olvidaría. Lo mantendría en su memoria y en su corazón. Después de la muerte, él viviría cada vez que ella lo recordase. Ella aún estaba dispuesta a compartir su tiempo con él, aunque sólo fuera en los límites de su imaginación y en sus recuerdos. De esa manera, su amor sobreviviría a la muerte y se volvería eterno.

López, Sandra Susana *Hasta que termines de llorar*

Pasaron tantos años antes que ella se animara y volviese donde todo comenzó.

Esperanzada, abre la puerta con su propia llave. El saco está allí, rotundo y silencioso. Ella entro tantas veces por la misma puerta, que el tiempo le quedaba chico.

Le gustaba la casa especialmente de noche, cuando apenas los veladores iluminaban el living. Conocía de memoria cada paso que daba, y, sin embargo, siempre era un estreno. Repasó minuciosamente cada detalle en su entrada: primero, acariciaba el saco y él se dejaba acariciar, en un súbito enlace con su dueño .Ella amaba a su dueño y amaba ese lugar porque era su único lugar en el mundo y porque no tardaba mucho en llegar a su cuarto, la gran puerta del Paraíso.

Y ahora, una vez más, caminaba primero a la cocina .La cafetera roja amorosamente destartalada, la esperaba. Ella preparaba el desayuno todas las mañanas sabiendo el punto justo de cada taza un para el dulce y fuerte, otra para ella fuerte y dulce, ventaja de almas que se amaban. Iban juntos a la par en todos los detalles, esos que hacen felices a quien ame como amaban ellos.

Tomaba las tazas con una suave caricia anticipatoria de otras y, prolija, sonreía frente a la puerta del cuarto.

Él ya le había enseñado la clave para abrir pasando el pestillo, puerta sin manija que solo ellos podían .
Un portal al infinito.

Siempre reían.

Así, pasaban la mañana cada uno trabajando en lo que más amaba, casi siempre besándose hasta que un rayo del mediodía les avisaba que podían almorzar cerca de allí. El tomaba su campera, ésa que ella veía en su bienvenida, y salían juntos tomados de la mano, caminando las calles con el asombro que siempre tienen esas almas que se aman más que nada en el mundo.

Ahora ella volvía, observaba su taza de café frente a la puerta, solo apoyarla y en un leve toque hacia arriba la movería, respiraba profundo disfrutando del placer anticipado.

El tablero de dibujo vacío quiso sorprenderla, las ventanas apenas abiertas y el esqueleto de la cama poblando esa soledad inmensa.

Ella quieta, sola en medio del cuarto donde antes él estaba.

Una presencia suya le fue ganando el pecho hasta dolerle los pulmones, y fue ahí mismo que ella cerró los ojos fuerte, fuerte , y hasta los vidrios se empañaron con su grito.

Grito su nombre, el de ella y el, como un conjuro .

Se sentó sobre las maderas de esa cama y empezó un llanto bajito, sigiloso, un llanto de noches futuras y sombras negras. Un llanto que fue creciendo hasta el desborde, hasta la pena sin final, tal vez como único salvavidas para tanto desconsuelo, tomo su almohada, la de ellos, llena de besos y caricias y se envolvió en ella llorando, llorando, llorando.

La noche encendió las luces del living .Ella entreabrió los ojos, que le dolían cansados y pesados por la tristeza. De pronto, casi en un salto, se quedó parada mirándose al espejo, y allí lo vio, él estaba justo detrás de ella sosteniéndoles la espalda con su sonrisa inefable y la mirada más brillante que nunca. Sin pensarlo tocó el espejo con su palma acariciando el rostro de él, cerró los ojos con fuerza y esa idea la dio vuelta.

Con los ojos cerrados tiro su brazos al vacío, y los dedos de él la envolvieron, abrió sus ojos enormes para encontrárselo parado frente a ella, ahora abrazándola.

La noche era más noche que nunca, ella murmuró su nombre despacio temiendo cortar el aire con su aliento y el solo la besaba para siempre, en aquel cielo del cuarto mientras repetía bajo su sonrisa de niño eterno --y amarte, amarte hasta que termines de llorar.

Marianetti, Pablo

Amor azul

Miré el espejo y vi mi nuca en él.

Mi sombra proyectada en la pared de la esquina de la habitación volcaba su cabeza a un costado, sobre el hombro derecho, deformándose. Una débil fosforescencia insinuaba en vano encender una luz.

Abandoné la casa.

El cielo estaba de fiesta esa noche. Miles de colores se elevaban, estallaban y caían derramándose cual lluvia de estrellas fugaces. Discos voladores surcaban el espacio y una gran rueda de feria giraba en el bosque, superando en altura los mayores árboles.

La imagen de una antigua película gris se exhibía en silencio sobre la pared exterior de la casa. Regresé al sótano. En la oscuridad, encendí una luz que iluminó el muro de pronto. Había caminado una escalera de tinta, trazada por un pincel... Una escalera de tinta... de tinta azul.

Entonces la vi.

Me miró en silencio, detrás de un frágil cristal.

Pensé en romperlo, pero no pude comprender si su expresión revelaba tristeza o ansiedad.

—Somos azules —le dije. Y ella bajó su rostro azul. Abandoné la casa.

La calma reinaba en el parque de los juegos. Llegó hasta mí el sonido de una guitarra, cuyos arpeggios se deslizaban en espirales por el firmamento hasta regresar a su origen. Una aguda voz cantaba en ellos, sin alarde ni vanidad, una bella canción. Esa voz y su guitarra llegaban a todos en su vuelo circular, creciendo más que la rueda de feria, hasta ser una órbita del sol...

En el parque reinaba la calma, sin espejos ni colores, ni escaleras de tinta, ni ella.

Bajé hasta el pie del cristal y supe, por su expresión, que en mi ausencia otros habían intentado derribarlo, sin conseguirlo.

—Somos azules —le dije—. “Mañana será el día”, pensé.

—Somos azules a través del cristal —replicó ella, sonriéndome por primera vez.

—De verdad somos azules- afirmé entonces.

—Tienes una mancha verde en el rostro — se burló divertida.

“Mañana será el día...”, pensé de nuevo sin animarme a mencionarlo. Y cuando el día de hoy fue ayer, me encontré al pie de una escalera de tinta, esperando ver tras un cristal ausente un rostro azul.

“Ahora pasará mucho tiempo -pensé-, pero ella volverá antes de que mi color haya desaparecido”.

Subí los peldaños hasta alcanzar la planta superior y, al pasar frente al espejo, vi una mancha verde en mi rostro. Prefería ser azul, porque ambos lo éramos.

Anduve por prados verdes como la mancha de mi rostro, caminando por el bosque o corriendo, salvando luego unos pequeños arroyos. Al anochecer creo que dormí parado, como un caballo. Y en un cielo negro y sin estrellas, creí ver su rostro azul por un instante. Hasta le dije: -Somos azules...

Me sumergí en mis recuerdos. Rememorando, olvidé el hoy. Pero en los días sucesivos en que regresé a la casa, pude ver mi nuca en el espejo y encontrar mi cabeza sobre el hombro en la sombra de la esquina de la habitación. Incluso algunas noches claras, volví a ver el cielo de fiesta. Y además una mañana,

escuché los arpeggios de una guitarra en los que viajaba una aguda voz, cantando sin alarde ni vanidad una bella canción que oía por segunda vez, en su vuelo circular que ya era una órbita del sol. Pero la mancha verde de mi rostro que casi desaparecía volvió a emerger. Quise entonar la melodía azul, pero mi voz era celeste y se derramaba en grises diversos... Pensé en el tiempo transcurrido desde que ella se fue y quise escapar.

Salté de la casa sin mirar el espejo, atrapado en el vuelo circular de una bella canción, una guitarra y una voz que eran ya un anillo de la galaxia.

Corrí por prados verdes como mi rostro, bajo cielos celestes como mi voz, sin pensar en nada, salvando unos pequeños arroyos hasta alcanzar un claro del bosque. Alcé la vista al cielo y allí estaba su imagen respondiéndome:

—Quizá alguna vez... seamos azules.

Corrí, ciego de impotencia, cayendo en violetas y marrones; azules y celestes y grises diversos... Cuando el suelo me detuvo, ya no tenía colores, ni escuchaba melodías.

Creí haber muerto.

Entré en la casa esa noche sin mirar el espejo y temiendo no encontrarme en forma alguna, tampoco busqué mi sombra en la pared de la sala. Bajé por una escalera de tinta azul mirando con alegría el cristal intacto y detrás suyo... un rostro azul.

Me sorprendió que estuviera allí, aunque deseara su regreso.

Alcé mi mano torpemente y, cuando hube tocado el cristal, pude atravesarlo enseguida.

Caminé hacia ella en silencio, mientras se erguía sorprendida al verme, antes de que nuestras manos se unieran por primera vez, con lentitud... con curiosidad.

Luego sonrió y me dijo:

—Somos azules.

Subimos por una escalera de tinta azul, pasando frente a un espejo vacío al salir.

Afuera escuché por tercera vez el vuelo circular de una canción que ya era el universo, mientras navegamos en la barca por el lago azul, bajo las estrellas de la noche.

Maurencig, Nélide Luisa

Quizá no fue casualidad, que a lo largo de los años vividos, volviera a repetirse en mi mente aquella escena cercana a mi adolescencia.

El sol de aquel día de otoño dibujaba sobre las veredas pequeños juegos de luces y sombras, simulando extrañas figuras reflejadas desde los árboles, aún con sus hojas doradas prendidas de sus ramas.

Mi hermana y sus amigas rompían el silencio de la siesta de ese domingo.

La voz de Olga- sin esperarlo- sonó a gritos en la calle con alguna preocupación:

Cúales ?Es aquél ?Aquél otro ?

Ayúdenme a reconocerlo !!! Es apenas mi segunda cita con él, no lo reconozco !!! Mis catorce años la miraron extrañada.

Seguramente rondaba ya por mi cabeza la idea del amor que debía llegar

sin buscarlo.

Y para qué salís si ni siquiera lo conocés ? -dije-

No pienso quedarme soltera, nena. Uno u otro será. Alto o bajo. Rubio o Morocho. Pero no voy a quedarme sentada a esperarlo.

Y, como es de suponer, Olga se casó con Oscar. Mientras seguí pensando que bien pudo casarse con Pedro, con Juan o con el que hubiera sido.

Acaso eso era El Amor ? Pasaron los años y crecí.

Y un día, como lo soñé, llegaste a mí sin buscarme, llegué a vos sin buscarte.

Y el amor estalló y se adueñó de nuestras vidas. Y no existía felicidad sin vernos.

Nos impregnamos de amor y por él fuimos amos y esclavos.

Fuimos risa y llanto, príncipes y reyes.

Fuimos sed y bebimos de su mano, y fui el hielo que necesitabas en tu vaso De whisky, y que solías hamacar entre tus manos.

Besarnos largamente fundía nuestros cuerpos en un solo cuerpo y en una sola alma.

Fuimos arena y mar. Viento y llama.

Juntos subimos colinas y caminamos valles abrazados uno al otro, mientras te gustaba cantar aquellas estrofas: "Hecha vino a mi copa compañera, y convida a beber a las estrellas..."

Hubo amaneceres y anocheceres. Calles, plazas, parques, soles y lunas nos Vieron juntos. Te gustaba escaparte conmigo y llevarme a "tu refugio" a la vera del Río Luján. Ese lugar que- según decías- solo yo conocí.

El amor caminó de nuestras manos mucho tiempo, nos comimos la vida juntos. No hubo despedida porque el amor solo quedó suspendido en el espacio y en el tiempo.

Jamás, ni vos ni yo, dijimos "dejé de quererte". Es que acaso hubiéramos podido hacerlo?

Hubo llanto y dolor para los dos. Y me sumergí en una eterna oscuridad aunque el sol brillara. Y te hundiste en el alcohol por mucho tiempo, quizá demasiado tiempo, quizá para siempre.

Pero valió la pena.

Nada le reprochamos a ese amor que llegó- como dice Cortázar- "como llega la lluvia a la salida de un concierto, sin elegirla"

Y fue como lo dijo: "como si el amor no fuera como un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio"

Aquel rayo, que nos partió en dos aquel día de octubre y que le dio sentido a nuestras vidas- los dos lo sabemos- tiene aún destellos de luz y fuego que volvería a encender su llama, si alguna vez volvemos a mirarnos o si solamente nuestros cuerpos se rozaran.

Mola, Jorge Oscar

Nadie podía quitárselos

Ramona, o la Ramonita del barrio, fue durante un tiempo muy largo hija única de un matrimonio obrero. Su padre albañil, su madre ama de casa, tenían en ella su gran tesoro. Guiada con esmero en la humilde vivienda a la que habían podido acceder, a base de sacrificios, le dieron siempre lo mejor en la medida de sus posibilidades. Así creció en un ambiente sencillo pero lleno de valores y con el ejemplo de sus padres siempre unidos, siempre novios, no era raro que su padre quizás ahorrara en un par de alpargatas para poder comprarle a sus esposa algo de valor para su cumpleaños o el aniversario de bodas, este año una pulsera, al otro un par de aros y también era común ver a la madre bordándole sus iniciales en un pañuelo de seda de los que a él le gustaba usar. En medio de la humildad de aquella casa, en un barrio de calles de tierra, aun en los años malos, siempre hubo ambiente y amor de familia.

Comenzó la escuela y con ella otra etapa de la vida, compartir, aprender y ver que había otras formas de vivir. Ella no peleaba, no había aprendido, y también comenzó a enterarse de que los padres de sus compañeros no eran como los suyos. Los chicos comentaban de discusiones, de infidelidades, de problemas por dinero, algo que ella no había visto nunca en su hogar; si se había dado, habían tenido el cuidado de hacerlo cuando ella no estaba. Así fue transcurriendo su infancia, compañera con su madre en la casa, su padre la llevaba hasta la escuela y si podía iba a buscarla, cosa que le agradaba y que la hacía única en el grupo ya que ninguna otra tenía esa suerte, situación que a la vez compartía con algunos amigos que por sentirse acompañados iban con ambos hasta la puerta de la casa para luego seguir. Primera comunión, fiesta de cumpleaños, vestidos sencillos pero elegantes, bicicleta y todo lo que puede esperar de un matrimonio obrero una hija única.

Había cumplido los doce años cuando una tarde, al volver de la escuela, al ofrecerle la merienda la madre le dijo casi con miedo: “Tenemos que hablar”. La preocupó el tono serio, la mujer se sentó a la misma mesa frente a ella y le dijo “No sé cómo lo vas a tomar, Ramona... pero vas a tener un hermanito”. Una cara mezcla de estupor, de alegría y de desconcierto la invadió. La madre siguió: “No nos explicamos cómo pasó y por qué ahora, si antes no pudo ser, pero el mismo médico nos dice que para estos casos no hay explicaciones lógicas”. En ese momento llegó el padre, abrazó a su esposa y preguntó: “¿Ya se lo dijiste?”. “Sí”, dijo la mujer. “¿Y qué pensás, Ramonita?” Ella por toda respuesta se levantó y se unió al abrazo. Nació el hermano varón, el consentido, con dos madres, la biológica y Ramona, “un regalo del cielo” decía el padre, la alegría de todos.

Se llegaba el día del primer cumpleaños, Ramona ensayaba con una vecina experta como hacer tortas, ya que quería ser ella la que hiciera la de su hermano. Cuando llegó a la casa, el padre aún no había llegado; notó a su madre un poco nerviosa. Cuando el padre llegó, le preguntó simplemente: “¿Y?”. El hombre asintió con la cabeza y se echaron a reír. Ramona acompañó la risa y preguntó qué pasaba; ahora distendida, la madre le contestó: “preparate para trabajar más, tendrás otro hermano”. Esta vez la sorpresa la paralizó, pero después de un momento reaccionó también con risas. “Quién los entiende”, dijo Ramona,

“a la vejez viruela”. La hermana menor vino sin problemas, por supuesto hubo que ajustar gastos, pero la vida siguió su curso. Terminó la escuela primaria y en el secundario, como estudiante de medio tiempo, ayudaba a la familia en la crianza de los hermanos y se hacía tiempo para estudiar inglés particular y piano con una amiga.

Pasados algunos años, los hermanos menores estaban por terminar la primaria cuando por muy poca diferencia, como si no pudieran estar separados por mucho tiempo, padre y madre se fueron de la vida. Joven, sola y con dos hermanos a cargo, Ramona luchó con lo que tenía para sacar a flote lo que quedó de aquella familia. Pocos días después de la partida de su madre, al regresar del trabajo encontró que una hermana de su madre había venido y sin preguntar había sacado toda la ropa de ambos, algo había llevado a un ropero de una iglesia, pero el resto lo había quemado. “Eso no sirve de nada”, dijo la mujer, “y ahora pueden disponer del espacio para vivir más cómodos”. Ramona no dijo nada por respeto, pero por dentro experimentó un profundo dolor, debían ser ellos quienes dispusieran de eso, y se habían destruido objetos que testimoniaban una vida de amor en las buenas y las malas. Al sábado siguiente, se aprestó a ordenar la habitación matrimonial, ya que la usarían ella y su hermana para dejarle al varón la otra. Constató que su tía había respetado algunas cosas de alto valor afectivo... el reloj del padre, joyas de poco valor económico pero sentimentalmente valiosas; organizaron todo y siguieron el curso de la vida. Los hermanos terminaron el secundario, tenían noviazgos juveniles, dejando a Ramona sola, quien en su afán de madre sustituta había sacrificado parte de su vida y no tenía pareja. Al ordenar la casa una mañana, vio que faltaba la cadena con dije de oro de su madre, que luego vio engalanando el cuello de su hermana. “Cuidala”, le aconsejó; ella nunca la había podido usar. Luego fueron los aros, la pulsera, todas las joyas de su madre. Una tarde la hermana llegó y le dijo de improviso que se casaría, y para agregar, que a su prometido lo trasladarían a una sucursal bancaria lejos del hogar y no querían irse sin casarse. En la cabeza de Ramona resonaba la pregunta hiriente de su conciencia: “¿Y yo, para cuándo?”. Al irse su hermana se llevó pertenencias de la madre, dejándola sola con su hermano. Él, unas semanas después, le comunicó que se iba, había comprado un taller de reparación de motos y motosierras en un pueblo alejado y se iría al día siguiente. Ramona descubrió esa misma noche que faltaban varias cosas del cajón de la cómoda donde se guardaban, entre otras, las alhajas de sus padres. Al confrontar a su hermano, él le contestó: “Las precisaba para comprar herramientas, así que las vendí; no me dieron casi nada por ellas, estaban tan gastadas que no pesaban nada, si nunca se las sacaron”. Luego se subió a un auto para irse.

No pudo concentrarse en el trabajo al otro día. Al terminar, caminó un rato, hizo una visita a la iglesia para buscar un poco de paz, y volvió tarde a la casa. Se había dicho a sí misma que no entraría a la habitación, pero fue lo primero que hizo, fue a la vieja cómoda sin esperar encontrar algo. Abrió el primer cajón y halló el pañuelo de mano que su madre llevaba al conocer a su padre, el clavel que él lució en la solapa el día de su boda prensado en un libro y, en una caja de polvo facial, el primer diente de leche de Ramonita. Cerró el cajón y vio sola en el mueble la imagen de María Auxiliadora que habían traído los tres de una peregrinación. Al volver la mirada, sus padres le sonreían desde un antiguo marco oval, y le pareció verlos más juntos que nunca. Entonces sonrió, ya que, aunque les habían llevado muchas cosas, nunca los recuerdos de un amor sin tiempo, y sin final. Nadie podía quitárselos.

Mombrú, María Teresita **La ola**

En un amanecer luminoso, en alguna playa solitaria, había un viejo marinero que paciente y con destreza estaba arreglando sus redes. Mientras lo hacía, silbaba entre dientes una antigua canción de amor que lo hacía perder en sus recuerdos. En un momento, dejó de silbar y se volteó para buscar la pipa que había dejado a su lado y al volverse levantó la cabeza para mirar hacia el mar.

Le pareció extraño verlo agitado porque era verano y el día parecía que se presentaba calmo y cálido. Meneando la cabeza, se dispuso a seguir con su trabajo y de pronto cerró sus ojos y los apretó con fuerza, volvió a abrirlos y después de un parpadeo los cerró. Cuando los abrió de nuevo, ya no tuvo dudas; había una mujer desnuda recostada en la arena, de espaldas a las olas movedizas mirándolo con una sonrisa.

Era hermosa, su cabello rojizo estaba algo recogido en la nuca y sus ojos verdes brillaban con la misma intensidad que el mar al mediodía, la piel parecía hecha de madreperla, su rojo bello triangular entre las piernas lo encandilaba y las gotas marinas la salpicaban haciéndola más bella, si eso fuera posible.

El hombre, conociendo las mágicas traiciones del mar al amanecer y acostumbrado a todas las sorpresas que le había dado la vida, se levantó despacio y con cautela fue acercándosele, temeroso de que desapareciera. Pero no fue así, ella se quedó allí con una invitación en la mirada como esperándolo a su lado.

Y el viejo marinero, al acercarse, quiso tocarla y acariciarla y mimarla y guardarla para sí como compañera de su soledad. Y quiso decirle y preguntarle millones de cosas que por mucho tiempo había guardado en su corazón. Y quiso decirle las cosas que nunca había dicho, con las palabras que jamás había pronunciado y hacer con ella las cosas que no habían sido hechas. ¡Y fue joven, fue fuerte, fue bello!

Estiró los brazos y fue recibido en el hueco tibio de ese vientre que lo estaba esperando hacía milenios. Y amó como nunca había amado y fue amado como nunca lo habían amado.

Las redes y la pipa quedaron abandonadas a un costado. A sus espaldas, la ola iridiscente por el sol que aún era pequeño creció y creció.

Una bruma dorada cayó sobre ellos.

¡Y los envolvió!

Moreno Azua, Marian Chantal **SENTADA EN MI SILLON.**

Sentada en mi sillón veo el sol por la ventana y pienso, pienso cómo llegue hasta aquí. Si lo hubiera podido hacer sin ti, sin tu inspiración. Me pregunto cómo sería la vida si sólo le cambiara una pieza, sieste reloj que nos corre hoy, se rompiera y volviera un mundo atrás. ¿Estarían estas palabras aun así en una hoja de papel? Supongo que no, ¿verdad?

Qué sentido tendría escribir al anonimato teniéndote aquí a mi lado, pudiéndome oír, pudiéndome sentir. Sentada en mi sillón veo el sol por la ventana y pienso, pienso cómo llegue hasta aquí. Cré que

jamástendría esa respuesta, al menos no hasta que mis cabellos fueran cenizas y ver mi rostro en una foto como un recuerdo de una juventud ya muy lejana, pero el tiempo no viste de exactas medidas, el tiempo puede ser una eternidad, puede ser sólo un segundo, puede ser toda una vida. Creí que jamás tendría esa respuesta, hasta que una brisa primaveral acarició mi rostro, me levanté del sillón, miré por aquella ventana, mire más allá de un cielo perfectamente celeste y pensé: no, no hubiera llegado hasta aquí si no fuera por ti. Este largo, corto, escaso o infinito camino sólo lo hice con el único objetivo de llegar a ti, creyendo que debía caminar sobre kilómetros y kilómetros de hojas de papel, pero no era así.

Regresé al sillón, sentada en él giré y te dije: — Gracias, gracias por estar siempre a mi lado, nada de esto es mío, todo es por ti, yo simplemente me siento en mi sillón, veo el sol por la ventana y me inspiro en hacerte sentir que jamás me olvidé de ti.

Munilla Aguilar, Julia Elena *Hasta qué se acabe el tiempo*

Ni bien abrió la puerta y vio su rostro demudado, supo que el temido momento había llegado. Entró apurado y, sin pronunciar palabra alguna, se abrazó a ella sin darle tiempo ni a cerrar la puerta. Con el pie la movió para que se cerrara y lo rodeó con sus brazos, también en total silencio.

La estrechó casi con fervor, sus cuerpos se juntaron de tal modo que le pareció ser parte de él, sentía los latidos de su corazón como propios, adivinó su conmoción y su interno temblor. Parecía asustado. Mariano comenzó a decir “estoy muy nerv...” Lo paró con un suave “schiiii, no hablemos, quedate así”, y así se quedaron un largo rato, callados, abrazados, unidos por sus almas.

Pudo advertir como poco a poco volvía a ser él y se calmaba. Ya sereno y todavía abrazados, dijo con tono de broma para allover el clima “¿que tal si nos sentamos?”

Sonrientes los dos, se sentaron uno junto al otro y como siempre, extendió su mano para que ella la tomara. “Gracias, mi querida, por todo lo que me dijiste en ese largo silencio”. Majú contestó “viste qué bueno es ser bilingüe”, el ambiente tenso había pasado.

Ya dueño de sí, con voz suave y plácida expresó “necesito todo tu equilibrio y fortaleza, si vos te quebrás yo me derrumbo”. “Siempre pudimos todo, tranqui, mi viejo, nadie se va a derrumbar, dale abrite, contame... ¿Qué te dijo el médico?”. Hizo una larga pausa mirándola. Antes los unió el silencio, ahora, sus miradas... Por fin, en forma escueta, dijo: “de dos a 3 meses como máximo”.

No pudo contener su estremecimiento, él lo sintió y le apretó la mano. El impactó fue brutal, le pareció que una locomotora le pasaba por encima, que un taladro perforaba su alma. Trató de mantenerse firme, ¡no podía fallarle! Balbuceó: “decime todo lo que sentís”.

“Vos sabés que hasta hace unos días todo estaba latente pero controlado, empecé a sentirme cansado y tuve conciencia de que lo temido había llegado, aunque nunca creí que iba a ser tan vertiginoso. No siento ningún dolor ni malestar, tengo la sensación de que en mí había un monstruo dormido y se despertó. Un monstruo voraz que me devora minuto a minuto, que se traga mi vida. A medida que pasan los días, el cansancio es cada vez mayor, hay momentos en que la extenuación me vence, no puedo conmigo. Además, percibo el tiempo como nunca antes; percibo cada minuto que pasa y su fuga... se fue, y mi tiempo está medido, tengo fecha de vencimiento, se acaba y distingo exactamente el segundo que se va”.

Majú, sin poder articular palabra, lo besó una, dos, tres, mil veces. Primero un beso chiquito, otro tierno, uno largo, uno intenso, otro apasionado; Mariano se prendió y los dos se entregaron sin reservas a esa maratón de besos. En un momento dado, ella preguntó: “¿te acordás del primer beso que me diste?”. Él, en tono alegre, contestó: “claro, fue en el auto, en Plaza Francia”, y así empezaron a recordar las locuras que hicieron juntos, en su larga y conmovedora historia de amor.

Si alguien hubiera estado espiando la escena, nunca hubiese podido imaginar que esa era una terrible despedida. Pasaron todo el día casi felices, entre mimos, risas, caricias, pequeños y simbólicos juegos eróticos, ternura e inmenso amor.

Volvieron al acongojante tema varias veces. Majú dejó que él hablara con total sinceridad sobre todos sus sentimientos, sus temores, su tristeza. Le aportó su infinita ternura, su equilibrio, le dio paz y su inmensurable amor. Siempre salieron de esos momentos con la calidez de su cariño y la enorme sensación de estar cada vez más estrechamente unidos.

El día pasó, Majú sintió en carne propia la desazón del transcurso del tiempo y notó su cansancio, eran los momentos finales.

Tras un largo suspiro, dijo: “Majú, estoy cansado, tengo que irme”. “Sí, lo sé”. “Llegué nervioso, sintiéndome acorralado, lleno de miedos, temía tu reacción. Estoy muy vulnerable y tu desconuelo hubiera sido mi total desequilibrio. Me voy en paz, me diste tu fuerza, tu amor, tu temple. Me llevo esta tarde dentro mío para afrontar lo que viene, debo volver a mi país junto a mis hijos, pero la voy a tener conmigo hasta que el tiempo se acabe”.

Antes de salir, al lado de la puerta, se abrazaron. Casi en el mismo lugar que al principio, como si no hubiera pasado todo el día, estaban otra vez estrechados en un largo abrazo y en profundo silencio. Bajaron por el ascensor mirándose y tomados de la mano. La mirada de Mariano entre triste, tierna y sonriente, gritaba amor y agradecimiento.

Ya casi en la vereda, Majú le dijo: “gracias, querido, por todo el amor que me has dado en la vida, y gracias por lo que me dijo tu última mirada”. Él, haciendo un esfuerzo por no caer en la angustia, contestó: “viste, yo también soy bilingüe”, mientras le daba un pequeño pellizco en el pezón, que era un código entre ellos.

Sin más, se dio vuelta y se fue. Majú se quedó parada en la vereda mirando cómo se iba de su vida. Se iba sereno, con esa integridad que lo caracterizaba, calmo y evidentemente cansado. Sabía que no se iba a dar vuelta para mirarla; si lo hacía, debía correr a su encuentro.

No lo hizo; ella, sintiendo que se ahogaba, siguió mirando su ida y como se alejaba lento. Tuvo la impresión de estar parada sola en un desierto; no veía la gente, los autos que pasaban, ni oía ruido alguno...solo estaba Mariano que ya llegaba a la esquina y no lo vería más. Las lágrimas contenidas se agolparon en sus ojos quitándole la visión. Como pudo, se las secó; cuando volvió a ver..., solo estaba la vereda solitaria.

Apretó sus manos para no gritar y le pareció tener, entre sus dedos, la suya cálida y tierna como una caricia. Supo, en ese instante, que la sensación de su mano entre las de ellas seguiría acompañándola siempre, siempre, hasta que su tiempo se acabara.

Najenson, José Luis

TRISTE CARNAVAL

“No nos une el amor sino el espanto”

(Jorge Luis Borges)

“El Quebracho”, un modesto club de barrio en esa capital de provincia, apenas contaba con su cancha de basquet (eso sí, reglamentaria) y unos cuantos vestuarios desvencijados. Pero todo se hallaba en el predio de una antigua estación de ferrocarril, ya en desuso, lo cual le daba cierto encanto. Además, en esa cancha se realizaban, los sábados a la noche y para carnaval, unos bailongosestupendos, a los cuales llegaban dos contingentes extraños al barrio, pero que constituían el único ingreso del club, dado que los vecinos eran demasiado pobres para abonar una cuota. Estudiantes y empleadas domésticas venían del barrio bacán al otro lado del río, para asistir a esas noches de milonga y tango, atraídos por el lugar y por una orquesta típica que venía del centro y daba realce al holgorio. Aquella noche de carnaval, en el caluroso febrero de 1959, yo había concurrido al baile con unos condiscípulos del Colegio Nacional, en busca de un atraque sabático con alguna de las chicas (prefiero evitar el cruel nombre de sirvientas) que alentaban implícitamente el mismo propósito, el cual, lamentablemente, sólo favorecía a las dos puntas del espectro social de la época. Ya habían dado las once (el baile terminaba a las doce), y mis amigos estaban todos en la pista amurando hacía rato con algunas de las pibas, pero yo no me animaba todavía a cabecear a ninguna.

Estaban arracimadas en el “andén” de las mujeres, de pie, esperando la consabida señal, lo cual las distinguía de las hijas del barrio, sentadas junto a sus madres que hacían de custodios o, más bien, de “carceleras”. También había un puñado de locas que fichaban posibles clientes, aunque se sabía que los estudiantes no teníamos bastante guita para ello; pero éstas deambulaban alrededor de la pista, esperando ansiosas la llegada de sus cafishios, que solían apersonarse cerca de la medianoche. El olor del sudor y del perfume barato, unido al de los pomos carnavalescos, impregnaba el aire como un afrodisíaco, entre el rictus de las máscaras y el secreto de los antifaces. Al fin, relojeé una que estaba parada en un costado, junando como con ganas. Era bien rellenita y parecía querendona, por lo que, superando mi timidez, le cabeceé despacito a ver qué pasaba.

Salió enseguida a la pista y franeleamos a todo trapo durante un par de milongas (que eran, sin duda, la preferencia de esa noche; no sólo las de Gardel sino también las del “Feo” Rivero y el “Macho” Sosa). Y después, para mi sorpresa, rumbeó hacia los vestuarios, que era la consigna para pasar a “los bifés”, o el plato de fondo. Allí, en uno de los bancos movedizos que funcaban como cattreras, me confesó que era un yiro, y que lo haría conmigo si le escribía una carta para su madre, que estaba muy enferma en un pueblito del norte. (Hasta había traído una birome, hojas y un sobre). Accedí al extraño pedido, no sólo porque no tenía lana, sino porque la mina me gustaba y el precoz franeleo me había embalado en la aventura. La carta nos demoró mucho, porque ella lloraba a mares con cada párrafo que me dictaba. Cuando estábamos ya en plena cabalgata, apareció el cafiolo que la regenteaba: espizó por una ventana entreabierta y esperó pacientemente, fumando. Ella me

urgió a terminar, con una mirada de terror en los ojos. Me quedé, empero, por un presentimiento, y espíe por la misma ventana donde había estado el cafiolo. Luego él extendió la mano y le dijo:

- ¡dame la guita!-. Ella apenas atinó a mostrarle la carta, balbuceando:

- Fue por ésta para mi madre, que se está muriendo...

Sin inmutarse, ni darle tiempo a seguir hablando, él le clavó el facón en el pecho hasta la cruz y lo sacó de un tirón. Luego desapareció como una sombra entre las sombras. Me acerqué para auxiliarla (por algo estudiaba medicina), pero ella, mientras se desangraba sin quejarse siquiera, me alcanzó la carta que todavía apretaba en su mano, y antes de morir, me dijo:- Mandala...—Asentí con un gesto, guardándome la carta y, cuando comprobé que ya había pasado a mejor vida, atiné a huir, antes de que alguien viniera y me echaran la culpa.

Al salir de allí, pensé con tristeza que el único acto de amor verdadero en todo aquello había sido el de la mujer hacia su madre, acto que pagó con su propia vida.

José Luis nos envía sus obras desde Israel, donde reside actualmente — Gracias

Páez, Susana del Milagro

LA DESPEDIDA

Levantó la persiana, y el jardín estaba invadido por envoltorios de colores y restos de comida. Se quedó mirando sin prisa, y demoró el momento de devolverle al césped su verde pulcritud.

Ya otras veces, perros y gatos en complicidad, se ocupaban de generar discordia entre los vecinos, llevando sus despojos de un lugar a otro, revelando intimidades, delatando excesos. Podría decirse que el reparto nocturno de desperdicios respondía a cierta especie de racionalidad: pañales en la casa de la solterona, látex en el del anciano de la esquina, envases de productos costosos en la casita más pobre de la cuadra.

Entre amigas había un acuerdo tácito: podían enojarse por ese incidente cotidiano, lo suficiente como para no hacerse cargo de la basura del otro y lo necesario para no romper la alegría de los mates vespertinos que, al fin y al cabo, terminaban en la bolsa que al otro día se esparciría en el jardín, la calle o, si tenían suerte, en la esquina.

Amigas, a despecho de los que creen que los años envejecen, con uno de esos sentimientos profundos que transponen el tiempo, los sueños, el entendimiento, los silencios y la soledad irremediable.

Vaya uno a saber, pero estuvo agradecida de que los gatos eligieran su casa en esta ocasión, y tuvo la certeza de que cumplían alguna intención. Salí y recogí lentamente un saquito de té, la caja de la pizza que pidieron a domicilio, una tira de pastillas para el

dolor, cuatro servilletas de papel de los cuatro comensales convocados a la cena y la cáscara de un puré instantáneo. Y en una bolsa postrera encerró los restos de ese día compartido, en el acto de ajustar el nudo y dejar en la calle, a la vista de todos, el tiempo vivido.

Paladino, Jorge

El castillo de cristal - (Cuento infantil corto)

Caía la tarde de aquel tibio día de marzo, cuando pude ver, sobre el alfalfar florecido, millares de mariposas, multicolores, que volaban formando nubes danzarinas sobre el color lila de las flores del alfalfa, destacándose, nítidamente, del verde oscuro del tallo y las hojas de esa planta forrajera.

En ese estadio de la tarde, el alfalfar exhala su perfume de pasto verde, penetrante, perfectamente detectable en relación a otros pastos. Allí se aglomeran las abejas melíferas, haciendo causa común con las mariposas de color: blanco, amarillo, anaranjado y combinados, formando una sabana multicolor; las unas, succionando el néctar de las flores, las otras, además de succionar, poniendo sus huevecillos, al efecto de que, al nacer las larvas, comiencen, con un desparpajo absoluto, a depredar las hojas tiernas de la planta, devorándolas, dejando sólo los tallos gruesos erectos, desprovistos de sus hojas, resultando ser una verdadera plaga para esas pasturas.

Allí estaba yo, de pie, sin llamarme la atención el espectáculo que brindaban las mariposas ante mis ojos, era una escena cotidiana, común para un niño del campo, habituado a ver éstas y otras simplezas que hacen a la cotidianidad de la vivencia fuera del horario escolar; bueno, además de los quehaceres necesarios propios de las diferentes actividades. Allí estoy, de pie, cuando mi amiga, mi hermana putativa, “Cachila”, llega como una tromba, saltando por sobre el sembradío, espantando las mariposas a su paso saltarín y “masculinizado”, aplastando el alfalfar. Ella es así, un poco alocada, pero es una niña feliz, como todos lo somos a esa edad, ocho o nueve añitos. La reto, porque mi padre me había dicho que no aplastara la alfalfa, así se podía cortar con la guadaña, él la embolsa y luego la venderá para alimento de los caballos de raza, me decía.

El regaño fue suave, yo la quiero, es mi amiga del alma, el único ser viviente de casi mi edad (es más chica que yo), que podía frecuentar en esa latitud de la campiña cordobesa. No se molestó, creo que ni siquiera advirtió la llamada de atención, -estaba subyugada por las mariposas, las quería cazar con sus manos-.

Aquellos insectos multicolores, de alas membranosas, se espantan con la presencia de la niña, revolotean, levantan vuelo y se posan más allá, como burlándose de la inocencia de Cachila que, insistentemente, quería asirlas. Por fin atrapó una de color amarillo, y las pequeñísimas escamas impregnaron sus manos dejando casi transparentes sus alas. Cuanto más manoseaba la mariposa, a ésta más se le desprendían sus escamas y, obviamente, más amarillentas le quedaban las manos a Cachila.

Le decía Cachila como apodo, por encontrar una similitud con las patitas de un pequeño pájaro llamado CHINGOLO pero que, en las sierras de Córdoba, lo llamamos CACHILO, sus patas son extremadamente finas y saltarinas, en tierra se desplaza a los saltitos muy ágiles con ambas patas a la vez. Este simpático pajarito, algo más pequeño que el gorrión, crece en casi todo nuestro territorio, es de plumaje gris, con líneas de plumas transversales de un gris más oscuro, lo que lo hace a rayas. El macho

tiene un penacho de plumas de un gris oscuro, formando un simpático copete, y una línea de plumas de color naranja a la altura de los ojos; su canto, a la mañana temprano, es un gorjeo seguido por un silbido agudo y penetrante, muy bonito, oyéndose a la distancia se hace difícil no prestarle atención.

Cachila permaneció un rato mirando hacia la nada, pensando quién sabe en qué cosa, o bien mirando una gallina que viene con sus polluelos enseñándoles a cazar las mariposas, los gusanitos, otros insectos y semillas; tiene una gran práctica para atrapar las mariposas en pleno vuelo, las destroza con su pico, golpeándolas en el suelo, mientras con fuerza escarba y raya la tierra con las uñas de sus patas, al mismo tiempo que, con un insistente “clocloreo”, llama a reunión a sus polluelos y estos engullen la comida que le da la madre sin más trámites.

La tarde se pierde en la llanura, mientras el sol se oculta tras las cadenas de montañas, el viento del norte comienza a amainar, y el verde del alfalfar se va tornando más oscuro. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que ya no estaban más en el lugar las mariposas, sólo quedaban algunas abejas revoloteando por allí. Las mariposas habían desaparecido como por arte de magia. En ese momento, Cachila me pregunta “¿dónde van las mariposas a dormir de noche?” “Esta es la mía”, pensé, igual que tantas veces, haciendo gala de ser mayor que ella, irrumpía en su mente con alguna invención, para nosotros grandilocuente, mentirillas inocentes, tanto para el dicente como para la oyente, era solamente para asombrarla con la descripción de alguna figura de ficción sin límites, ni lógicos ni coherentes. Ella siempre quedaba anonadada con mis explicaciones, y eso me impulsaba a seguir mintiendo hasta que la madre la venía a buscar a mi casa, sabiendo que allí la encontraría.

Aquella tarde, mi respuesta fue muy lejos “¿dónde van las mariposas a dormir de noche?”... Necesitaba tomarme unos minutos para poder inventar algo, esa pregunta había salido del contexto normal de preguntas.

Mi padre había cortado unos postes, de un árbol gigantesco de eucalipto, que una tormenta había volteado de cuajo, entorpecía el paso, entonces, fue necesario talar y cortar sus robustos gajos por espacio de dos metros con cuarenta centímetros de largo, así pueden ser utilizados para postes y varillas de alambrados. Estos postes fueron colocados apoyados en el arcón de otro gigantesco árbol de eucalipto, formado una encrucijada de postes, con un hueco en su parte interior formando, para nuestros juegos, una fortaleza.

La invité a nuestra fortaleza, donde le diría donde iban a dormir las mariposas por la noche. Una vez allí dentro, sentados frente a frente, hice gala de lo que había aprendido en esos días en mi tercer grado en la escuela. Entonces, con tono de sabiondo, le dije: las mariposas, allí en el alfalfar, se nutren del néctar de las flores, para hacerse fuertes y poder poner sus huevos; de esos huevos nacen unos gusanitos de color verde que se comen las hojas de la alfalfa. Estos gusanos, cuando se hacen adultos, se envuelven en un hilo de seda, y esa cápsula se pega en el tallo de un arbusto o una planta; al cabo de unos días, ese gusano dentro de la cápsula se transforma en crisálida quién se transformará en mariposa.

Por todos estos dichos, los ojos de Cachila estaban enormes de su asombro, y, aunque me hacía todo tipo de preguntas, yo no las respondía porque quería llegar cuanto antes al meollo de la cosa, y no se me ocurría nada impactante para decirle donde dormían las mariposas, puesto que no tenía ni idea de una respuesta de esas características.

La tarde ya se desvanecía y los conos de sombra ocultaban los tímidos rayos del brillo solar, a esa

hora las aves y todos los animales diurnos buscan un lugar para dormir; en eso al mirar hacia fuera veo revolotear los tordos negros y marrones en la copa bien alta de un enorme eucalipto; pude observar una verdadera belleza, que jamás había descubierto, a pesar de vivir entre esos árboles gigantes, haberme trepado en ellos para ir en busca de algún nido de palomas torcacitas, etc. Nunca me había percatado de que, en el momento del ocaso, a las hojas tiernas del eucalipto que crecen en su cúspide, los últimos reflejos del sol, le dan una luminosidad dorada tan especial que las hojas en las ramas se transforman en un efecto maravilloso, mientras que la tenue brisa mueve las débiles ramas, haciendo giros y contra giros, formando figuras espectrales; al descubrirlas, me imaginé ver un CASTILLO DE CRISTAL sobre aquella cúspide del árbol, fácil de ver desde abajo, pero imposible de subir hasta allí para verificar su veracidad.

Mirando a Cachila fijamente, muy serio, le dije: “¡mira!, mira hacia arriba de aquel árbol, en su parte más alta, aquella rama que casi lame el cielo con sus hojas, allí está la casa de las mariposas, es un castillo de cristal, que lo hicieron ellas con el néctar de las flores del alfalfa que es blanco transparente, allí, en ese castillo van a dormir las mariposas cuando se oculta el sol detrás de las sierras”.

Los ojos de Cachila se agrandaron aún más y sus manos fueron llevadas a la boca con un gesto como para evitar un grito de algarabía. Saqué patente de sabelotodo, ese día no fue necesario que la madre llegara hasta mi casa, Cachila fue a su encuentro, dado que la madre ya venía a buscarla, y, a los gritos, la oía decir: “¡mamá, mamá! Mira el castillo de cristal, que está sobre aquel árbol, allí es dónde se van a dormir todas las noches las mariposas...¿ves el castillo, mamá?”“Hay muchos, están todos en la cima de cada árbol de eucalipto, hay en cada cual un castillo de cristal, hechos por las mariposas con el néctar de la flor del alfalfa que es blanco transparente...”

No sé si la madre vio el castillo, es que hace mucho tiempo que dejé de ser una niña de seis o siete añitos, pero me vio a mí, que me había acercado adonde estaban ellas, me miró cómplice, sus labios dibujaron una sonrisa de aprobación, exhaló un suspiro, tomó a su hijita de una mano y se fueron juntas por el sendero serpenteante que unía su casa con la mía.

Pensa, Rubén **LOS MIL COLORES**

...Después de las mil y unanoches en Las Salinas Grandes

Ella pasaba la vida detrás de sus cabritas. Por la mañana muy temprano llegaba al corral donde levantaba uno a uno los cabritos que habían pasado la noche con su mamá cabra. Los ponía en el corralito especialmente hecho para ellos donde esperarían a que las cabras volvieran por la tarde, para darles de mamar y pasar la noche juntos nuevamente. Al caer el sol en el poniente, las cabras venían detrás de la cabra madrina que iba indicando el camino con su sencero cantarín.

Ella las invitaba a entrar, por su nombre, porque todas tenían nombre...

Luego las iba ordeñando una a una, mientras cantaba y las conversaba.

Cuando ya había sacado una parte de leche, le devolvía su cabrito, que había esperado todo el día el regreso de su mamá. Así la cabra lolambeteaba como saludándolo y amamantaba a su pequeño hasta terminar la leche de laubre.

Luego todos juntos dormían en una gran ronda en el corral, rumiando junto a la luz de las estrellas hasta que el lucero del alba se escondía en el horizonte y recomenzaba el día.

Ese año pareció un año especial.

Todo comenzó cuando las pichanillas florecieron mas temprano que lo habitual.

Ella comenzó a ordeñarlas cabras una tarde viendo salir la leche de color amarillo.

La probó, porque sorprendida pensó que no era buena, pero descubrió que tenía un sabor muy exquisito.

Al otro día, al ordeñar, las cabras dieron leche de color púrpura.

Al tercer día, el color de la leche era azul e igual de exquisita que cuando fue amarilla.

De repente y mirando los cabritos, se dio cuenta de que estos habían cambiado el color de su pelaje.

Los había overos azules, amarillos y blancos o púrpuras y marrones.

Algo muy extraño estaba sucediendo en la majada. Algo que comenzó a alarmarla, ya que los vecinos

delpueblito, algunos, que intercambiaban la leche por otros productos,

comenzaron a comentar la rareza del color de la leche y los cabritos,

haciendo hincapié en que la leche era aún mas apetitosa que antes, cuando era blanca.

Pasaron así los días y como a los tres meses sus cabritas daban leche con todos los colores del Arcoiris.

Los cabritos, ya grandes, habían tomado su pelaje definitivo con una paleta de colores únicos,

diferente de todas las majadas conocidas a cientos de kilómetros a la redonda.

Muchas personas de pueblos vecinos anoticiados comenzaron a venir de visita al pueblito

para ver la majada de los colores del Arcoiris.

En el pueblito su corral comenzó a ser un punto de referencia y de visita, y llamado: El corral Arcoiris.

Con esta novedad, su vida había cobrado un cambio inusitado.

A la tarea diaria con sus cabritas se sumaba ahora el recibir a los visitantes.

El aumento de tiempo de trueque con personas que querían su leche y sus quesos de colores.

La preocupación por no saber como había sucedido este cambio y hasta cuándo duraría.

Un día pasó alguien sugiriéndole que vendiera la leche de colores.

Que sería un gran negocio y ganaría muchísimo dinero.

Otro día paso otro que ofreció una enormidad de dinero por su corral y también por su ranchito.

Le ofreció, además, llevarla a la capital de la provincia, donde no necesitaba ordeñar cabras.

Donde la leche podía comprarse en los supermercados en cajas y en sachets.

Allí la encontraría blanca y de colores, líquida y en polvo, aditivada, con frutas...

...En fin, que aquello ya no era vida para ella

Que lo mejor era hacerle caso a él, que él sabía...era letrado. Que él le ofrecía lo mejor para su vida.

Así comenzó a recibir ofertas que a ella le parecieron estafalarias.

¡Tan solo porque sus cabritas daban leche de colores!

Preocupada, se dijo que sería conveniente conversar un poco con la Chamana del pueblito.

Así fue a visitarla, a llevarle un poco de leche y quesos de colores. Conversaron mientras tomaban mate

como viejas amigas que eran. Le preguntó a la Chamana que opinaba ella de la leche de colores.

La Chamana, maysuelta de cuerpo, pasó a explicarse de esta manera:

«¿Vistes a los flamencos, sabes porqué ellos son de color rosa?

Pues son de esec olor porque se alimentan con artemia saligna.

La artemia es un crustáceo que se vuelve rosa con la luz. Cuando los flamencos la comen, les confieren ese bonito color a sus plumas. Sus patas son grises como el barro del salar y el blanco-gris de su cuello es del color del agua que se va secando.

Si miras con detenimiento, encontrarás como este ejemplo que te doy muchos animalitos que tienen el color del alimento que ingieren o el color de la rama o de las piedras donde habitan o de las playas de arena por donde corren...y los hay que van cambiando sus colores y se mimetizan con el lugar donde se encuentran.

No debes preocuparte por tus cabritas. No hagas caso a quienes no saben mirar o miran sin ver.

Tus cabritas no han cambiado, tus cabritas son las mismas.

Pero debes saber que es la primavera, y en primavera la luz es especial. Es la luz del amor.

La luz... es lógicamente especial y muchos seres no se dan cuenta, no alcanzan a ver su magnificencia.

La luz ha permitido descubrir los colores que han aparecido en tus cabritas y han aportado a ti y al pueblito la magia de la novedad. Guarda bien tu majadita, el color mudará con la luz con que se mire.

Perot en bien presente este tiempo de vida que te toca vivir con ellas.

¡Es un tiempo único! Todos, gracias a la magia de la luz del amor, podemos disfrutarlo.

¡...Ahhh ! ¿Viste el prado del este ? ¡Está lleno de siemprevivas de mil colores!

Rubén nos obsequia este maravilloso cuento desde su residencia actual en Suiza.-

Pérez Sambucety, Selecto Enrique

EL RESPLANDOR DEL HIELO

El río se detuvo congelado por el frío. Lindo para patinar...

Jorgito salió de su casita de madera, que, bien calefaccionada de amor y providencia, los resguardaba a él y a su familia de los rigores invernales.

Otros chicos vivían en casas de piedra bien protegidos de cualquier cambio climático. Pero les faltaba el calor de hogar...

El pibe se dirigió hacia el río en solitario.

Ya estaba anocheciendo, no era lugar ni tiempo para andar jodiendo a la intemperie, pero un chico es un chico...

Su silbido competía con el silencio, pero de pronto, se interrumpió ante el grito de lo inesperado: en el medio del río, Jorgito descubrió que el hielo resplandecía.

Primero se atemorizó, no entendía lo que estaba ocurriendo...pero, su curiosidad intercedió y, felizmente, pudo su genio más que su desconcierto.

A medida que avanzaba sobre el hielo del río, se iba aproximando a esa luz que subía, cortando el vapor que le daba un toque fantasmal a la escena.

¡Y ahí fue cuando lo vio!

El hombre estaba caído de bruces sobre el hielo. Estaba desvanecido, y la muerte anunciaba su presencia. Pero enganchada a su campera, la linterna especial, que estaba apuntando hacia arriba, hacia su salvación..., lo salvó.

Cuando Jorgito se recuperó y dio vuelta al hombre para reanimarlo, agradeció al resplandor del hielo. El hombre era su padre.

Petelski, Tania Maricel *Ojos negros*

Ella intuía desde la profundidad de su alma que, por esa mágica vez, su amor iba a ser correspondido. A pesar de haberse convertido en una mujer muy atractiva, siempre había sido extremadamente resistente a los encantos del género masculino, como si su corazón hubiera nacido y crecido bajo llaves de acero que protegen un corazón de plata. Sabía que, cuando eso cambiara, si lo hacía alguna vez, sería una señal inequívoca del inicio de una historia de amor inolvidablemente increíble. Un Amor, así, con mayúsculas, de esos ordinariamente extraordinarios. Solía tener esas corazonadas, no muy a menudo, pero las tenía. Y las seguía ciegamente... Jamás imaginó que esa clase universitaria, a la que concurrió casi obligada en una típica tarde de calor estival, le hubiera presentado a tan apuesto caballero. Y, avanzando con su mirada más que con sus preguntas, pudo averiguar muchas cosas sobre él, todas las que quiso, o, al menos, todas las que necesitó. Era el jefe de la cátedra, su buen gusto para vestir era exquisito traducándose en impecables trajes, y sus morrudas pero delicadas manos carecían de anillo matrimonial. Se había enamorado de sus ojos. En realidad, fue a través de sus ojos que se enamoró de todo lo demás, entrando a partir de ellos en el seductor mundo de lo inexplorado, de lo desconocido, de lo sugerente. Negros, tan oscuros, que permitían resaltar su piel discretamente morena y a la vez contrastaban con su pelo canoso, prolijamente acomodado detrás de la oreja, en intimidad absoluta con la incipiente barba que recorría su cara regalando pura armonía visual. Complejo y completo. Inteligente, perfecto. Algunas veces, un travieso pensamiento acerca de la diferencia de edad había cruzado por su mente, pero en todas y en cada una de esas ocasiones, había terminado apedreado, malherido y abandonado en el rincón donde se esconden aquellas cosas que se quieren dejar de pensar, para siempre. Nada importaba cuando se tenía una corazonada como esa y se confiaba ciegamente en un corazón de plata. Con el correr de los días, el asiento que elegía al comenzar la clase se fue acercando más y más a él. Al parecer, el escritorio de madera señorial ejercía una misteriosa pero poderosa fuerza de atracción entre ambos cuerpos, o al menos, es lo que ella sentía sobre el suyo cada vez que lo veía llegar. Mariposas en el estómago. Sentidos exaltados. Manos húmedas. Palpitaciones. Ser, y no estar...De pronto recordó todas las frases que suelen usarse para describir al Amor. Ella tenía todas esas sensaciones a la vez e incluso nuevas, jamás imaginadas por ningún dramaturgo o artista del Romanticismo. Para el comienzo del invierno, logró ubicarse lo suficientemente adelante como para poder verlo y escucharlo en perfecta intimidad, como si sólo estuvieran ellos dos en el inmenso auditorio que compartía con tanta gente extraña, ajena a ellos, ajena a todos. Imaginaba que él la miraba directamente a sus ojos miel y le susurraba dulcemente al oído, hasta que los movimientos y ruidos a su alrededor le indicaban que la clase había terminado, bajándola de un hondazo de su idilio

soñador. Un día, tomando más coraje del que podría haber imaginado jamás, logró por fin hablar con él. Nada personal, es cierto, pero durante esos dieciocho segundos él le sostuvo la mirada y la tomó firme, pero suavemente del brazo y ella sintió que la porción de su piel bajo su mano tibia se derretía rápidamente. Cerró sus ojos una vez más, sólo para volver a confirmar que su corazonada seguía allí, immaculadamente intacta. Y así era. Había tomado una valiente decisión, iba finalmente a confesarle su Amor... Tomó la carta que le escribió en esa apasionada noche que había compartido con su imaginación, recuerdos de ese encuentro y algunos que otros deseos irreproducibles hasta para los más experimentados. La dobló cuidadosamente y la colocó en un sobre, y en ese momento pensó que el papel era demasiado frágil para contener tanto escrito, como si la tinta pesara por la verdad. Se acercó sigilosamente hacia él, lo miró fijamente y, aunque él no la miraba, sintió que amaba esos ojos negros una vez más, como nunca antes, como siempre había sido. Entonces, extendió su mano y colocó el pesado sobre, cuidadosamente, a su lado, dentro del ataúd. Levantó la vista del ordenador y, reclinándose sobre el asiento, sonrió gustosa, con ese gesto que refleja plena satisfacción por una obra cuidadosamente concluida. La había acabado a tiempo. No todas las historias de amor tienen un final feliz, pensó. Se quitó las gafas y frotó sus párpados. Sus ojos miel habían perdido la agudeza habitual que solían tener en sus épocas de universitaria. Lo buscó con la mirada a través del ventanal, intuyendo que estaría en el jardín, y no se equivocó. Los años habían pasado para ambos, pero indudablemente habían sido más generosos con ella que lo aventajaba en juventud. Lo encontró leyendo, en perfecta paz, como tanto le gustaba hacer en las soleadas tardes de primavera. Hacía tiempo que no ejercía como profesor, aunque seguía siendo, aunque sea para ella, un gran maestro. Y, como si él hubiera sentido todo su amor cruzando a través del césped y aterrizando en ese mágico espacio entre su pelo y su barba, también la miró. Su piel morena no era la de antes, es verdad, surcos nuevos habían hecho su aparición sin ser invitados, pero sus ojos negros seguían siendo encantadoramente oscuros. Ella recordó su primer día de clases, cuando lo conoció, y agradeció haberle hecho caso, a tiempo, a su noble corazonada. A diferencia de la novela que acababa de escribir, su historia sí tenía un final feliz. Se sonrieron tiernamente durante algunos segundos, con el amor de siempre suspendido en sus miradas, ese Amor ordinariamente extraordinario, como nunca antes, como siempre había sido...

Rivera, Silvia Susana

Mamá

El agua escurre por la ventana, mientras afuera la lluvia forma pequeños ríos en el césped de mi vereda. Hace frío, la nostalgia cala mis huesos, tu recuerdo me hace bien. El olor a torta frita, el mate con cascaritas de naranja, te traen a la memoria. Esos días de la infancia, grises, donde una sonrisa, un beso tuyo valían más que la muñeca más hermosa. Las revistas de dibujitos, el olor a cascarilla, la radio sonando los tangos que bailabas o esos boleros dulces y empalagosos que acompañaron mis mañanas. El hermano improvisando mil palomas blancas de papel, con las colas grandes como abanicos. La hermana inventando historias a través de aquella ventana: ese es un señor que va con su hija al cine... y la fantasía volaba, volaba como barrilete en agosto, cuando el viento en el campito frente a casa soplabla con fuerza, desafiando a los barriletes con largas melenas de trapo y fuertes cañas atadas con piolín.

Tu recuerdo fresco, ausencia presente dando vueltas a mi alrededor hasta hoy. Por las noches, en la que era nuestra casa, te escucho deambular, con un trapito en la mano, sacando el polvo que se acumuló desde que te fuiste o dando vuelta las sillas, rezongando porque nadie limpia como vos. Caprichosa, rebelde, dura, fuerte por fuera, pero hace poco descubrí tu ternura, amor y debilidad.

A veces venís a visitarme, para ayudarme a resolver mis problemas, como cuando aprendíamos las tablas de multiplicar, pero ya nada es tan fácil y te mando a dormir como a una niña buena.

Me haces falta. Necesito tus frases de mujer sabia que adivinaban el futuro sin que te dieras cuenta. Tengo el corazón roto, no hay curita ni “sana sana, culito de rana”, ni sople en la herida que lo puedan componer. El agua se escurre en la ventana y tu recuerdo me hace bien.

Rosso de Baigorri, Raquel *“PRIMAVERA ETERNA”*

Luisa Rovastini vivía en Envíe, Italia, en una casa de dos plantas, con balcones, era soltera y soñaba con irse a América.

Un día recibe una carta de Argentina, no traía remitente. En ella, Albertino le proponía matrimonio y le decía que vendría a buscarla en primavera. Entonces, Luisa se pone a preparar su ajuar: corta, arma, borda, teje... día y noche. Y guarda todo en una vieja valija marrón, de cartón duro.

La carta había llegado en verano. Luisa empieza su labor enseguida, llega el otoño y continúa su tarea. En invierno, cuando todo luce nevado, teje junto al fogón mientras contempla el paisaje por la ventana.

Una madrugada se despierta cuando todo tiembla. Alcanza a salir antes de que la casa se desmorone y se transforme en una montaña de escombros. Entre los ladrillos, sobrevive la carta que Luisa rescata y lleva apretada a su pecho.

__ ¡Mi amado Albertino, caro mío! __ suspira.

Se hospeda en un refugio junto a otros damnificados y sueña con su boda y posterior viaje a América.

Pasan cinco años y Luisa desespera mientras espera, se deprime y enferma de melancolía. Suele salir a caminar por el lugar donde supo estar su casa. Siempre viste un vestido blanco, largo, tejido al crochet, una corona de flores secas sobre su cabeza y un rosario de nácar en su mano derecha.

Dice la gente del lugar que un día de primavera desapareció tras las colinas y que al anochecer, vieron dos siluetas con sus manos unidas ascender a la cima. Algunos, también dicen que eran Luisa y Albertino.

Aseguran que él llegó una mañana primaveral y encontró las ruinas de la casa y suponiendo lo que pudo haber pasado, se suicidó tirándose desde la colina más alta, desesperado porque había vendido todo antes de viajar a buscarla.

Los dos vagaron durante años por el lugar, él como un fantasma y ella como una pérdida, hasta que se encontraron ...

Todas las primaveras, sólo los soñadores, ven las siluetas de los enamorados como recortadas imágenes que la luz de la luna ilumina, tomados de las manos, inmóviles, hasta que el sol borra la visión y otro día crece.

Téllez, María de la Soledad

La gran casona

Ese día, como tantos otros, llovía mucho; era un día relativamente triste en el cementerio verde, amplio, de campo rodeado de pinos donde el horizonte se pierde y se mezcla formando un solo cielo. Ahí estaban presenciando el entierro de su padre. Ellos se sentían acompañados no solo por el calor de su familia, sino también por el amor que toda la gente del pueblo demostró en ese momento de tanta ausencia. Y sí, estaban despidiendo a su padre, era lógico; la tristeza, la nostalgia llenaban lo más profundo de los sentimientos. Ese triste motivo hizo que después de años se reencontraran. Morena se había ido a vivir al sur al igual que Sara, ambas estaban cerca pero poco se veían, en cambio Mary y Julia estaban viviendo en Buenos Aires y en el gran Buenos Aires; Albert fue el que más lejos se había ido, había partido a Ushuaia. La vida misma hacía que muy pocas veces se reunieran los cinco hermanos.

Así que, después de recibir los afectuosos saludos de toda esa gente que los vio nacer y crecer, la gente del pueblo quienes sabían perfectamente cada picardía que de chicos habían realizado y ahora ahí los veían ya grandes, parecía mentira que habían transcurrido treinta años desde que habían dejado el pueblo. Decidieron reunirse en la antigua casona, aquella que había sido refugio y contención de la familia en distintos momentos, en los que ni se imaginaban lo que les depararía el destino. El dolor por el que atravesaban era muy grande y allí fueron. Llegaron frente al enorme portón, estaba cerrado con un antiguo candado. Lo abrieron con un poco de dificultad pero, por fin, ahí estaban atravesando la avenida de árboles hasta alcanzar la blanca y musgosa casona. Reconocieron los lugares que de chicos tantas veces habían transitado, aunque ahora estaban cambiados. Algunas plantas no estaban, otras sí, y entre paso y paso, fueron acercándose a la puerta principal de la casa, una enorme puerta de dos alas muy grande de madera muy alta. Albert tomó la llave y con un poco de dificultad pudo abrirla. Tierra y más tierra cubrían los muebles, ya que, después del fallecimiento del abuelo, nadie más habría entrado. Ese día eran varios desafíos, el de la tristeza de la ida y la melancolía de la vuelta, el saber que al entrar ahí una nube de nostalgia llegaría a cada uno de ellos; pero, igualmente, allí estaban. Recorrieron, sin decirse mucho, todos y cada uno de los lugares de la casona; estaba igual, intacta, así como la recordaban de chicos. Decidieron quedarse esa noche a dormir ahí para poder decidir con más tranquilidad el destino de la enorme casona. A la luz de las estrellas y cuando la noche comenzaba a cubrirlos, nuevamente la nostalgia cayó sobre ellos y en ese momento no tuvieron más que esperar, comenzar a deliberar el futuro de la misma.

-Vendámosla- decían, pero sabían que en el fondo de su corazón, ese lugar, esa vieja casona, albergaba tanto amor de familia vivido que ninguno podía tomar la decisión; tampoco estaban en condiciones económicas de poder restaurarla. Se querían aferrar a la idea de quedarse con ella, pero no podían hacer frente a ninguna decisión. Después de debatir por más de dos horas, y bajo la luz de un farol y varias velas, porque la luz estaba cortada de tantos años de inactividad, decidieron tomar un descanso y cada uno haría por un momento solo lo que quisiera. Comenzaron a recorrerla; Julia se dirigió al cuarto de los abuelos, Sara al patio donde siempre estaba cubierto de flores, Morena miró con ojos inquietos los cuadros colgados de la pared, aquellos que de chica le daban tanto miedo. Mary se dirigió a la cocina, esa cocina donde tantas veces en la mesa redonda comían los chicos antes de la cena de los adultos. Hasta los doce años en la mesa de los chicos, luego en la de los grandes. Albert observaba el viejo escritorio de roble.

De pronto, comenzaron a escuchar un murmullo. Todos, los cinco, se reunieron en el comedor nuevamente. El murmullo era cada vez mayor; de pronto, sombras de personas se acercaban a ellos, a la gran casona. Con temor, Albert abrió la puerta y ahí con linternas, candiles, botas de goma, alpargatas, estaban todas aquellas personas que desde chicos los habían visto crecer...

-Pasen -murmuró Albert, y comenzaron a desfilar todas las familias del pueblo; aquella a la que mi abuelo había llevado al hospital y pudo curar su mal, los dueños de la panadería de la cuadra donde tantas veces después de los bailes con papá habíamos pasado a desayunar facturas recién salidas del horno, los dueños del comedor, ese al que tantos domingos habíamos ido en familia con papá y mamá. También nuestros amigos, los que pasaban interminables horas jugando con nosotros en ese inmenso parque o en la pileta, los vecinos de los campos cercanos, los del tambo del al lado, que habían trabajado con papá, los que trabajaban en el frigorífico, y así sucesivamente. Los cinco hermanos estaban tan impactados con esa visita que se miraban entre ellos sin saber qué hacer ni qué decir. Por fin, una voz de entre tantas les dice "bienvenidos, bienvenidos a este pueblo que los vio nacer, a este pueblo que los albergó en sus noches de infancia, a este pueblo que guardaba entre los muros de las casa y las calles de tierra las recorridas que de niños realizaban a caballo". Se sentaron como pudieron frente al fuego bajo esa luz naranja del fogón, comenzaron a dialogar y cada uno de los integrantes del pueblo expresó su más sentido recuerdo de su padre, de sus actitudes y del amor que todos tenían con ellos y ese lugar, así que, sin titubear, les ofrecieron todo el apoyo para poder restaurar esa gran casa para que ellos, desde ese momento, pudieran visitarlos cuando quisieran. Fue el amor de un pueblo y la motivación de todos que les dieron la fuerza necesaria para terminar de decidir que, si bien venderla hubiese sido la mejor inversión, apostarían a poder seguir teniendo ese lugar como punto de encuentro de la familia, y, por sobre todo, como lugar para no volver a perder ese vínculo tan intenso y grande que tenían con toda esa gente, su gente, su lugar

Tomassi, Nilda Mabel

Yuyos pa'el amor

En la mitad de la Pampa Húmeda, escondido entre frondosos árboles, rodeado de flores y macetas decorativas, se levantaba el rancho de adobe donde vivían Casilda y su abuela.

Un silencio tranquilo las acunaba, poca gente pasaba por ahí, y menos las visitaban.

Un día la abuela se puso a mirar a su nieta y, notando como había pasado el tiempo, decidió que estaba en "edad de merecer".

Ataron el sulky y se fueron al pueblo a ver a la Paulina.

Paulina era una mezcla rara de casentera, vidente, curandera, experta en ojeo y empacho y muy diestra en yuyos para el amor, era muy apreciada y requerida por aquellos pagos.

-¡Qué linda está la Casilda! — fue lo primero que dijo al verlas.

-Vas a tener que empezar a traerla a las tertulias del Club Comercio-agregó.

A Casilda le gustó la idea de las Tertulias, ella tenía formado su concepto acerca del amor y el matrimonio, pero hacía esto por no contradecir a su abuela.

-Y, sí — dijo la vieja — quizá está bueno lo de las tertulias, pero venimos por algo más rápido y efectivo.

-¿Un yuyo pa'el amor?— preguntó Paulina. -Acá va, anoten:

- * Una rama de ruda macho que no haya tocado el suelo.
- * Una pluma de lechuza, encontrada después de una noche nublada.
- * Hojas de albahaca, tres o cuatro.
- * Dos dientes de ajo picados.

Todo esto bien machacado y aguado con:

- *Media taza de alcohol de quemar.
- *Media taza de vinagre.
- *Un chorro fuerte de lavandina.

-Ahora lo más importante- dijo:

-Cuando esté todo listo, lo revuelven usando la cola del gato. Quien eso tome caerá rendido a los pies de Casilda.

Volviendo al rancho, la chica trató de persuadir a su abuela, insistiendo en la idea de las tertulias.

No hubo caso, la vieja empezó con el menjunje hasta que llegó el momento de revolver con la cola del gato.

Agarraron al animal y como pudieron introdujeron su cola en el brebaje, pero los estridentes maullidos del felino les hicieron notar que la pócima la había pelado.

Lavaron el rabo, lo desinfectaron, le dieron un Geniol para calmar el dolor y el frasco con la receta mágica fue a parar a lo más hondo del jagüel.

Vadell, Eduardo Miguel

En el amor, la locura del destino

Fue una obsesión inevitable, lo reconozco. Sentía entonces una fruición incontenible al observar la comisura derecha de la boca de cualquiera de mis interlocutoras. Hasta hace poco, no había encontrado a nadie con semejante manía. En ciertas ocasiones, me quedaba un tiempo imprudente, fijando las pupilas en ese punto en que confluyen ambos labios.

De acuerdo con el análisis estadístico de mi colección, de las 2756 fotografías y moldeados de comisuras derechas, la más exótica era la última. Sí. ¡La última! La más curiosa, enigmática, misteriosa, distinta, sin par....

Contaré la historia: La persona que tiene esta comisura es única y hoy la tengo cerca... Es la que había estado buscando desde hacía muchos años...

La que yo clasificaba como “N^o 2756” me dejó extasiado desde un principio. Conseguí varias entrevistas con la poseedora de esta beldad (Sofía) porque un común lugar de trabajo me facilitó las cosas. Al fin logré sacarle una fotografía en un momento de distracción, mientras conversábamos. Fui rauda. Reaccionó con pasmo y asombro ante mi hábil y rápida maniobra...La immortalicé para la mentada colección de comisuras...

Al día siguiente, le ofrecí mis sinceras disculpas. Al principio ella gritó; adujo argumentos como “irrespetuoso” y hasta “violador de la intimidad”. Jamás tuve segundas intenciones ni con ella ni con nadie en lo que respecta a mi colección, sino que me enfrasqué en el estudio analítico y sistemático de las comisuras y sólo las derechas!... No pude evitar, mientras me retaba, ofrecerle, por las buenas, un

tratamiento no invasivo de parafinado a los fines de sacar un molde; para mantener la perfección de tan exquisito detalle de su cara; de modo que los embates de la vida no estropearan tal encanto de su anatomía facial.

Abrió desmesuradamente la boca, me miró con ojos desorbitados y enormes, como se mira a un loco y se escapa de él... corrí asustada.

Era forzoso que Sofía y yo nos encontráramos a diario, por lo que volví a suavizar el entuerto. Unas disculpas, unas más endulzadas que otras, lograron apaciguarla. Ella me observaba de modo peculiar, inteligente, analizador. Se creó una fuerte empatía entre nosotros, luego una amistad...y mis encuentros con Sofía se hicieron más frecuentes...La comisura de Sofía se había consustanciado con el conjunto de las demás beldades de su rostro. En la sonrisa se formaban esos hoyuelos tan suyos y la expresión de sus ojos me impresionaba de tal modo que mi alma caía en el océano de los verdes azulados del iris, de cada uno de ellos...¿cuánto tiempo perdido en una obsesión, excluyendo a...¿a Sofía!

Nos complementábamos. La paridad de los labios me pareció -¡sorpresa!- excelsa. Abandoné mis estudios sobre las comisuras derechas y -¡qué cambio tan súbito!- encontré que no sólo era esa armonía simétrica la que tanto me atraía, sino la personalidad de quien ahora amaba... Toda ella no me permitía salir de un embeleso. El idilio comenzó. Sí, estábamos enamorados. Aquello que tanto había significado para mí, la colección de comisuras, carecía ya de importancia... y convenimos en vivir juntos.

¿Qué impiedad haber alguna vez llamado a Sofía "la N° 2756"! Ella, al tiempo, me convenció de que no me deshiciera de mi gran colección de moldes y fotografías...Sugirió que las piezas quedaran archivadas allí arriba en el altillo, junto a sus cajas embaladas que nunca abrió. Muy por el contrario a mis expectativas, se mostró interesada en que le hablara, de tanto en tanto, sobre mis viejos descubrimientos, sobre la lectura que hacía de las líneas de las comisuras derechas (como en la quiromancia de las manos), pese a mi reticencia y disgusto. Le parecía importante aquello que yo ya había superado.

¡Éramos muy felices!... no obstante éstas y otras superfluas pequeñeces.

En la mañana del 14 de febrero, día de San Valentín, día de los enamorados, desperté junto a ella; aclaro que lo hice frente a su rostro, entre chanzas y muestras de su amor...Bromeé, porque me pareció curioso: No podía moverme.... Sofía estaba apasionada, distinta.

—Bueno, ¿qué pasa Sofía? -interrumpí sus chistes. Me detuvo con un beso con labios como de algodones: no era uno de sus besos normales...

— ¿Sofía, qué te pasa? —me alarmé, porque sostenía una lupa enorme, me observaba y enseguida ordenó:

— ¡No trates de moverte!...- Sacó su máquina y tomó una foto instantánea; en un santiamén me aplicó la amalgama de fraguado rápido para el molde...

—La foto...-dijo- ¡Es perfecta! ¡Tu comisura izquierda es perfecta! Eres, querido, mi caso N° 3000. No hubiera podido amarte sin esto. No te muevas, que no he terminado. ¿Te he mostrado alguna vez mi colección?

Traté de incorporarme...estaba atado a la cama y con la cabeza inmóvil, esperando-sorprendido-que mi Sofía terminara el parafinado de la comisura izquierda de mi boca.

— ¡Sofía!, ¡Sofía, no sigas con esto! -grité sollozando...Me había curado de un trauma

ridículo, ella no... ¿Qué significué yo para mi amada? ¿Un número?

— ¡Sofía! ¡Sofía! -grité desahogado-. Mas no me soltó hasta que obtuvo el molde...

A Sofía la enamora su caso "Nº 3000": la comisura izquierda de mis labios, por lo que me someto a sus inofensivas rarezas (¡porque la amo apasionadamente!).

El resto de nuestra relación es muy normal...

Vidal, José Luis

El boleto

Todo era quietud en esa mañana llena de sol a la orilla del mar. Una leve brisa entraba por la ventana entreabierta invitándome a comenzar un nuevo día. Era un soplo de vida que invadía todo el ambiente, tornándolo cálido y acogedor a la vez. Me dispuse a leer el libro que había escogido de mi biblioteca, el cual ocuparía mis horas de ocio en el curso de estas vacaciones. Al abrirlo, cayó al suelo un pequeño papel; era un viejo boleto de tranvía presentando con color amarillento por el tiempo transcurrido una fecha al dorso. Se correspondía, por el día que estaba impreso, con aquellos momentos únicos e irrepitibles de mis años juveniles. Al recogerlo, súbitamente experimenté que no había levantado solamente un pequeño papel: se abrió ante mí un hermoso momento de mi adolescencia. Instintivamente cerré los ojos —vaya paradoja-, para ver con mayor claridad ese episodio del pasado. Me vi sentado en ese tranvía que acostumbraba a utilizar para concurrir a la escuela. En mi evocación, me encontraba junto a la ventanilla en esos asientos de madera, jugueteando en mi mano con el boleto de veinte centavos, importe del viaje. En un tramo del recorrido, se sentó a mi lado una niña, en mi interior la consideré como mi primera conquista, a pesar de haber otros asientos vacíos, se sentó junto a mí. Con el ímpetu que daban esos años juveniles, rápido comenzamos a conversar animadamente de temas que consideré fueran intrascendentes. Deslumbrado y sintiéndome afortunado por estar junto a ella, mi atención era toda para ese ser que hacía latir en forma apresurada mi corazón. Fue un momento único que duró solamente un sueño, un suspiro y que, sin duda alguna, despertó mi primera inquietud amorosa. Al cabo de unas cuerdas, se levantó, saludó modosamente y se bajó en la siguiente parada. La seguí con la mirada hasta que su figura se perdió a la vuelta de una esquina, fue el último y único recuerdo, nunca más volví a verla, pero su rostro y sus ojos azules quedaron grabados en mi mente. El sol pegó de lleno en mi rostro, terminando así con mi ensoñación. Me quedé observando el boleto un instante, para luego volver a colocarlo entre las hojas del libro donde vivió todos estos años, como un pasaporte presto a volver y trasladarme a un instante del pasado. Es notable como un boleto amarillento, arrugado y ajado, se convirtió en artifice de un reencuentro procesado por mi mente, que, escapando de entre las hojas de un libro, hizo retroceder el tiempo, logrando de tal modo revivir, gracias a ese simple trozo de papel, un momento feliz e inolvidable.

Villarreal Granata, Rodrigo

EL BESO INMIGRANTE

Maria, Estela y Antonia. Mis tres ex novias declaradas. No fue a ninguna de ellas. Las tres celebres mujeres que pasaron por mis arcas y se perdieron en la brutal expresión de mi incompetencia. El chiste era mentirlas a chicas con historias inventadas entre las dos y las tres de la mañana. Era mucho más divertido que decir la verdad. En el campo de batalla todo valía. Allí, en la zona de Los Bosques cerca del viejo aeropuerto. Entonces, uno iba con el equipo, pedía el trago más fuerte y emético posible -para economizar gastos- y a golpe de mentitas esperaba el momento para comenzar con el juego. Aquella noche íbamos muy bien, creo que la mentira de turno era simular que Cristian había tenido un accidente en moto y que la pierna que tenía era la mejor pierna ortopédica de la historia. El problema fue que el vivo de mi amigo se había ido en ojotas y si bien la mentira era algo creíble y las víctimas tampoco eran fanáticas de Miguel de Unamuno, un error podía hipotecar toda la ilusión.

De pronto era momento de sacarlas a la pista, una hora hablando pavadas tenía que valer la pena. Servir para algo. Para nosotros y para la inquebrantable voluntad de las presas, que por una cuestión de relación afectiva ya queríamos más que al principio. El alcohol hace maravillas. Y todo bien, hasta que apareció la que no era María, ni Estela y mucho menos Antonia. Julieta. Era Julieta Interlandi. Ésta sí tenía nombre y apellido. Ojos verdes y una sonrisa simple. La belleza de lo simple según Rene Lavand. Pero además era la más linda de todas, era la mía. Una de sus amigas parecía la súbdita, la llevaba para todos lados de la mano. Esas cosas de corporación repelente de hombres con buenas intenciones que tienen las mujeres. Cuidádale me decían, y yo que quería ser su todo esa noche. Esas caras que se estabilizan en la retina y no se borran más. Di mis mejores pasos. Ella asumía el despliegue y solo se dejaba llevar. Entonces recuerdo lo que dijo: nunca nadie me saca a bailar, debo ser muy fea. La carcajada fue inmediata. La mía, no tanto la de ella. No solo era por lejos la más hermosa del lugar sino que imaginen que hoy, después de 20 años, sigo hablando de ella. Al final de la noche la bese. Fue por impulso no por desubicado. Aunque seguramente las dos cosas se conjugaron. Juro que era el momento. Ella se quedó mirándome fijo y solo recibió el contacto. La súbdita, compañera, en posición dominante, me dijo que en el nombre la amistad debía retirarla de mis filosas manos de pre-adolescente. Le había dado un beso. Se transformó en el trofeo de la noche para mis amigos, pero lastimosamente yo ya la quería más. Nunca olvide el nombre. Julieta Interlandi. Que injusta que es la vida. Era obvio que ella se iba a olvidar de mí. Ya debía estar casada. Con cuatro hijos. No, mejor con dos. Conociendo el mundo y yo regurgitando cada partícula de arena de la misma playa de verano. Ella lúcida y yo arrepentido. Ella riendo y yo recordando ese instante en el que le robe un beso con descaro.

Julieta Interlandi, la chica de los ojos verdes y la sonrisa simple. Yo en pareja, pero debía resolver el tema. No por inseguridad sino por resistencia. Pero eran veinte años. Además, nunca le había dicho mi verdadero nombre. No sé si era Cristian, Alberto, o el conde Anitori. Era tan mentiroso. Me arrepiento.

Esa misma mañana fui al área de Diseño Gráfico. Hola señor, buen día señor, cien empleados haciendo reverencia y una maleducada que no se había dado vuelta.

- Buen día señorita no me piensa saludar. Hola le he dicho.

Los susurros eran sofocantes. Estaba claro que la empleada no se había dado cuenta de quien tenía en frente. Y yo mientras tanto, notaba como sudaba la cara del Supervisor General del Sector, del Supervisor Local de Área, del Jefe de Planta y hasta de los iguales que la veían con complicidad mientras rogaban que yo no empezara a los gritos.

- Buen día señorita. No me piensa contestar.

- Perdón. Es que hacía mucho que no te oía. Pero me imagine que algún día ibas a venir a saludarme.

- Discúlpela señor, es una chica que tomamos hace poco, casi no le pagamos. Se trata de Julieta Interlandi, una administrativa que quedó ciega de nacimiento, necesitaba salir de la casa y como nosotros solemos tener este tipo de gestos por una cuestión de imagen me pareció bien. Así es señor. Legajo número: 4322, Interlandi, señor. Pero si usted quiere la desvinculamos. Hoy mismo sería el último día.

Si les contara lo que es sentirse una piedra inmunda durante lo mas agotadores cinco minutos de la vida. Debía volver a entrar y terminar la charla con la irreverente. Pero ya sabía que era ella, una verdad tan innegable como digna de confrontar. Pero podía ser otra. Mi Julieta Interlandi no podía ser ciega. Debía haber más de una Julieta Interlandi en el pueblo de Magnesio. Tome coraje y entré. Allí estaba ella, como esperándome.

- Hola Rodrigo, tanto tiempo.

- ¿Julieta? ¿Sos vos?

- Si. Y vos sos Rodrigo. Esa noche en los bosques, te dije que no me pasaba muy seguido. Sin embargo después de escucharte cambie de opinión. Hasta que conocí a Ricardo, un veterinario amante de los animales. Es divino, nos casamos el año pasado. Le he hablado mil veces de vos, obviamente lo del nombre me pareció gracioso al principio pero después no. Como le iba a contar a mi marido que un tal Conde Anitori había sido el responsable de hacerme abrir los ojos a la fuerza. Se reirían de mí, parecía tan poco creíble la historia, como las posibilidades que tenía de estudiar. Pero lo hice. Antes de irme, escuche a un amigo tuyo decirte Rodrigo al oído. No me demore mucho en suponer que era tu verdadero nombre. Y acá estamos. Parados frente a frente y yo con ganas aún de agradecerle al que me robo aquel primer beso.